

nº 32

0/4/2

MUNDO HISPANICO



EL JEREZANO A LA ROMERIA DEL ROCIO



BODEGAS DEL
MARQUES DE HOYOS Y DEL
DUQUE DE ALMODOVAR DEL RIO

Qué contenta va Rosario,
a la grupa de mi jaca,
siempre riendo y cantando;
diciendo: ¡Viva la guapa!
que nos lleva al Santuario.



Sánchez Romate y nos
Exportadores
Pérez de la Frontera

FINO MARISMEÑO
AMONTILLADO N. P. U.
MANZANILLA PETENERA
COÑAC RESERVA CISNEROS
COÑAC CARDENAL MENDOZA

• ROMATE •

Correo Literario

ARTE Y LETRAS HISPANOAMERICANAS

La vida literaria y artística de los pueblos hispanoamericanos tiene amplio eco en las páginas de esta revista quincenal, que también informa del movimiento literario de Europa y Norteamérica.

Dos páginas están habitualmente dedicadas a creaciones: una en prosa, y otra en verso.

Memorias, crítica, ensayos, anécdotas y numerosas secciones fijas aparecen en cada número de **CORREO LITERARIO**



Redacción: Marqués de Riscal, 3.

Administración: Ediciones «MVNDO HISPANICO».
Alcalá Galiano, 4.—Madrid (España).

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

SUMARIO DEL NUMERO 16 (julio - agosto 1950)

1

GREGORIO MARAÑON: *Nuevo elogio de Toledo*.—EUGENIO DE NORA: *Siempre* (poemas).—LUIS ROSALES: *Apuntes para una estética vital*.

2

OSCAR BAUHOFFER: *El hombre y la técnica*.—FEDERICO SOPENA: *Prokofieff y la música soviética*.—LUIS AYCINEMA: *La Juana Chomihá* (cuento).—GUILLERMO DIAZ-PLAJA: *Raíz hispánica de Eduardo Mallea*.

3

MANUEL GARCIA BLANCO: *Tirso de Molina y América*.—DARIO SURO: *El mundo mágico táino*.—JOSE ARTIGAS: *Trilogía de lo actual*.

4

Brújula para leer: *En el ahora del mundo*, por BARTOLOME MOSTAZA.—*Actualidad de Cajal*, por PEDRO LAIN ENTRALGO.—*Tres temas en un libro de Lain*, por FERNANDO MURILLO.—*A la orilla poética de M. del Cabral*, por G. E. DE ORY.—Notas bibliográficas.

5

Asteriscos.

Portada y dibujos del pintor dominicano DARIO SURO. Ilustra los poemas de Eugenio de Nora, y el cuento de Luis Aycinena, el pintor español ANTONIO R VALDIVIESO.

Dirección, Redacción y Administración: MARQUES DEL RISCAL, 3
Teléfono 23 07 65 - MADRID (España)

Suscripción anual (6 números): 75 Pesetas.

Número suelto, 15 "

ARBOR

REVISTA GENERAL DE INVESTIGACION Y CULTURA

Redacción y Administración: Serrano, 117 - Teléf. 333900 - MADRID

NUMERO 59 CORRESPONDIENTE AL MES DE NOVIEMBRE DE 1950

SUMARIO

ESTUDIOS:

El providencialismo en los cronistas de los Reyes Católicos por José Cepeda Adán.
La crisis de las clases medias, por Manuel Fraga Iribarne.

NOTAS:

La Universidad y la enseñanza del Derecho, por Luis Sánchez Agesta.
Notas de la vida de un hombre de ciencia, por Sebastián García Díaz.

INFORMACION CULTURAL DEL EXTRANJERO:

Cincuenta años de poesía italiana.—I., por Juan Bautista Torelló.
Temas de Historia Universal. Reparición de "Die Welt als Geschichte", por Richard Konetzke.

La organización actual de la enseñanza en Francia, por Joaquín Sempere Castillejo.
Noticias breves: Para la historiografía de la última guerra.—La suerte de las bibliotecas francesas durante la guerra.—Subvenciones de la UNESCO a asociaciones científicas.

Del mundo intelectual.

INFORMACION CULTURAL DE ESPAÑA:

Crónica cultural española, por Alfonso Candual.
Carta de las regiones: Murcia, por Juan Candela Martínez.
Noticiero español de Ciencias y Letras.

BIBLIOGRAFIA:

Comentario: La lucha por la justicia en la conquista de América, por José Muñoz Pérez.
Reseñas de libros españoles y extranjeros.
Revista de revistas.—Libros recibidos.
SUPLEMENTO DE ARTE Y LITERATURA.

SUSCRIPCION ANUAL, 100 pesetas.-EJEMPLAR SUELTO, 12 pesetas
DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS LIBRERIAS

ADQUIERA USTED TODOS LOS MESES

"MVNDO HISPANICO"

CORRESPONSALES DE VENTA

PAISES	DISTRIBUIDORES
ARGENTINA	QUEROMON, EDITORES, S. R. L. Oro, 2455. BUENOS AIRES
BOLIVIA	AGENCIA ESPAÑOLA DE PRENSA Oficinas: Av. Santa Cruz. Teléfono 4729 Casilla de Correos 1547. LA PAZ
COLOMBIA	LIBRERIA HISPANIA Carrera 7.ª, núm. 19-49. BOGOTA LIBRERIA NACIONAL, Ltda. Calle 20 de Julio. Apartado 701. BARRANQUILLA CARLOS CLIMENT Instituto del Libro Calle 14, núm. 3-30. CALI PEDRO J. DUARTE Maracaibo, 49-13. MEDELLIN
COSTA RICA	LIBRERIA LOPEZ Av. Central. SAN JOSE DE COSTA RICA
CUBA	OSCAR A. MADIEDO Agencia de Publicaciones Presidente Zayas, 407. LA HABANA
CHILE	D.ª INES MUGICA DE PIZARRO Huérfanos, 1372. SANTIAGO
ECUADOR	Agencia de Publicaciones SELECCIONES Plaza del Teatro. QUITO Nueve de Octubre, 703. GUAYAQUIL
EL SALVADOR	EMILIO SIMAN Librería Hispanoamericana Calle Poniente, 2. SAN SALVADOR
ESPAÑA	EDICIONES IBEROAMERICANAS, S. A. Pizarro, 17. MADRID
FILIPINAS	LIBRERIA HISPANIA Escolta, 26, Equina Nueva. MANILA
GUATEMALA	LIBRERIA INTERNACIONAL ORTODOXA 7.ª Avenida Sur, núm. 12. D. GUATEMALA
HAITI	VICTORIANO GAMARRA Centro de Suscripciones. QUEZALTENANGO
HONDURAS	LIBRERIAS Y QUIOSCOS DE PUERTO PRINCIPE AGUSTIN TIJERINO ROJAS Agencia Selecta Apartado 44. TEGUCIGALPA, D. C.
MARRUECOS ESPAÑOL	HEREDEROS FRANCISCO MARTINEZ General Franco, 28. TETUAN
MEJICO	LIBROS Y REVISTAS ESPAÑOLES Av. de los Insurgentes, 206-17. MEJICO
NICARAGUA	RAMIRO RAMIREZ V. Agencia de Publicaciones MANAGUA, D. N.
PANAMA	JOSE MENEDEZ Agencia Internacional de Publicaciones PANAMA
PARAGUAY	CARLOS HENNING. Librería Universal Catorce de Mayo, 209. ASUNCION
PERU	JOSE MUÑOZ L. Monzón, 137. LIMA
PUERTO RICO	LIBRERIA LA MILAGROSA San Sebastián, 12. SAN JUAN DE PUERTO RICO
REPUBLICA DOMINICANA	INSTITUTO AMERICANO DEL LIBRO Y DE LA PRENSA Escofet, Hermanos. Calle Arzobispo Nouel, núm. 86. CIUDAD TRUJILLO
URUGUAY	GERMAN FERNANDEZ FRAGA Durazno, 1156. MONTEVIDEO
VENEZUELA	JOSE AGERO Edificio Ambos Mundos. Oficina 412. CARACAS
BELGICA	JUAN BAUTISTA ORTEGA CABRELLES 42, rue D'Arenberg. BRUSELAS AGENCE & MESSAGERIES DE LA PRESSE Rue du Persil, 14 a 22. BRUSELAS
BRASIL	BRAULIO SANCHEZ SAEZ Rua 7 de Abril, 34, 2.ª - Caixa Postal, 9.057 SAO PAULO
DINAMARCA	THANING & APPELS BOGHANDEL Kobmagergade, 7. Kobenhavn K. COPENHAGUE
ESTADOS UNIDOS DE NORTEAMERICA	LAS AMERICAS PUBLISHING COMPANY 30 West. 12 Ph. Street. NEW YORK, 11. N. Y. Librería La Moderna Poesía PAULINO SANCHEZ 643 Broadway. SAN FRANCISCO DE CALIFORNIA HISPANO AMERICAN BOOKSELLERS COMPANY 756 South Broadway, Suite 1122 LOS ANGELES (California) MANUEL J. ARREBOLA P. O. Box 4453, Miami, 27. FLORIDA
FRANCIA	Livrairie des Editions Espagnoles 78, rue Mazarine PARIS Livrairie Mollat 15, rue Vital-Carles. BORDEAUX
ITALIA	LIBRERIA FERIA. Piazza di Spagna, 56. ROMA
PORTUGAL	AGENCIA INTERNACIONAL DE LIVRARIA Y PUBLICAÇÕES Rua San Nicolau, 119. LISBOA
SUJZA	EDITORIAL THOMAS VERLAG Renweg, 14. ZURICH

Los LECTORES también escriben

Barcelona, 26 de octubre de 1950.

Soy un asiduo lector de la magnífica revista de su digna dirección, y, debido al gran interés que la misma tiene, estoy coleccionándola.

No obstante me faltan, para tener la colección completa de MVNDO HISPANICO sus números 1, 2, 6, 7 y 8, y ni en Barcelona ni en ninguna ciudad de la región es posible encontrarlos.

Así, yo le ruego que tenga a bien dar las órdenes oportunas en la Administración de esa publicación para que me sean enviados los citados números en la forma acostumbrada.

Le ruego que me perdone las molestias que esto pueda ocasionarle, y aprovecho la oportunidad para ofrecerme de usted afectísimo y s. s., q. e. s. m.,

Carlos Puig

Los números 1, 2, 6 y 7 están agotados. Del 8 le enviaré un ejemplar nuestra Administración. Y si traemos aquí esta carta es para conocimiento general, ya que son muchos los lectores que escriben solicitando el envío de números agotados.

Caracas, 1.º de octubre de 1950.

Leo con verdadero interés uno y otro número de su espléndida revista, siempre con la esperanza de encontrar en sus brillantes páginas algún reportaje que ponga de relieve ante el mundo hispánico lo que desde el punto de vista de la riqueza y la economía hispanoamericana representa Venezuela, tanto por su producción de materias primas como por su potencialidad industrial en pleno desarrollo.

También considero que tenemos valores folklóricos y artísticos, tan importantes al menos como los de otros países americanos, que deben merecer los honores de ser destacados en MVNDO HISPANICO.

Perdone, señor Director, mi atrevimiento y reciba un afectuoso saludo de su s. s.,

Carlos P. Belancourt

MVNDO HISPANICO se ha ocupado más de una vez de Venezuela. Y se seguirá ocupando, puesto que ya nadie olvida la fuerza económica que representa en el nuevo Continente.

Buenos Aires, 8 octubre 1950.

En el magnífico número especial número 9, del 12 de octubre 1948, iniciaron una Sección dedicada a heráldica y estirpes hispanoamericanas, Sección que puede contribuir extraordinariamente a unir más a estos países de origen hispanoamericano con la Madre Patria y a conocerse familiarmente más con el conocimiento de los linajes; pero dicha publicación, en las páginas de los números siguientes hasta el número 26, mayo de 1950, que es el último que ha salido a la venta en Buenos Aires, no ha aparecido más.

No dudo que la prosecución de dicha Sección en su publicación con los escudos correspondientes en colores sería bien recibido por la totalidad de los lectores de su hermosa Revista. No todos tienen el privilegio de poder viajar a España a indagar e investigar en los archivos, por lo que su Revista es el medio único y más adecuado para satisfacer ese conocimiento, en los países americanos.

Le saluda atentamente su afmo. s. s.,

José Roca.

(Paraguay, 1140. B. Aires.)

"Heráldica Hispanoamericana" es el título de una Sección fija que aparece en MVNDO HISPANICO desde el núm. 30 (septiembre último), en la 5.ª página. Está a cargo de uno de los mejores especialistas españoles y cumplirá, sin duda, los fines a que usted alude. Ahora bien, no es posible dar los escudos en colores, sistemáticamente. Resultaría monótono y carísimo. Nuestros lectores pueden interpretar los escudos fácilmente con la aclaración que figura al final de la Sección.

La Habana, 25 de septiembre de 1950.

Soy un asiduo lector de MVNDO HISPANICO, que recibo por avión gracias a la amabilidad de un pariente mío que reside en Asturias, región de la que soy oriundo, y vengo observando con agrado el éxito de los números monográficos como los de Navidad y Año Santo y que la Revista, a partir de julio, parece que va a tomar con mayor frecuencia esta orientación.

En este sentido, el número de Galicia ha sido un gran éxito, y tendría usted que ver a los gallegos de aquí cómo la buscan, pagándola al precio que sea, y cómo hacen alarde de la potencialidad de su región y

nos meten las páginas por la cara, sobre todo a los que somos asturianos.

Yo no creo, honorable señor Director, que Asturias sea una región de segunda categoría, así que espero, y como yo muchos asturianos residentes aquí, con los que he hablado, que esa digna Revista, que tanto nos enorgullece a los que vivimos lejos de la madre Patria, se ocupe en un número próximo de "ofrecernos una visión actualísima" de Asturias. Creo que podrían hacerle unas páginas bonitas mostrando a Hispanoamérica la actividad siderúrgica, minera, hidroeléctrica, pesquera y agrícola de Asturias. Yo tengo entendido que Asturias ocupa el número uno entre las regiones españolas en minería y producción eléctrica y el segundo en siderurgia, y que el puerto del Musel, de Gijón, donde yo embarqué hace muchos años en el *Infanta Isabel* para venirme acá, es el primero de la Península en todos los órdenes.

También sabemos, por los que tienen la suerte de pasar alguna temporada en Asturias, que las villas del Principado han prosperado considerablemente en estos últimos años y que Oviedo está totalmente reconstruido, siendo ahora una ciudad nueva con edificios hermosos.

Perdone usted, digno Director, si encuentra alguna inconveniencia en esta carta de un asturiano que ama mucho a su tierra, y reciba un saludo afectuoso de su s. s.,

Manuel Piñera

No se preocupe. Y que no se preocupen sus paisanos astures aclimatados en La Habana. Asturias tendrá su número monográfico, y así lo hemos anunciado ya en el mes de julio último. Este número saldrá en el próximo año, antes o después de los dedicados a Bilbao y su ría, a Cataluña y a Andalucía. No está decidido aún, aunque artículos, reportajes, fotografías y estudios de los cuatro puntos anden ya por nuestras mesas. Asturias no es de segunda, sino de primerísima categoría, y ya llegará el momento en que puedan replicar ustedes a los gallegos, sin lesionar la fraternidad, que ni en el norte de España ni en Cuba puede separar un amable Eo. De momento, y por las buenas, ya se defenderán ustedes con la clásica zumba astur.

Buenos Aires, 18 de octubre de 1950.

Lector siempre encantado de la espléndida Revista que usted dirige, tengo la amargura de referirme a un par de inconvenientes que a mi juicio, una vez subsanados, acrecerían la circulación de MVNDO HISPANICO en este país. Uno de ellos es el atraso de su aparición, que se cuenta por cuatro o cinco meses, lo cual quita gusto e interés por el asunto capital que trata, sea Navidad, iniciación del Año Santo en Roma, etc. Ello es incomprensible en un país de vida vertiginosa como éste, donde lo cinematográfico es índice de vitalidad y grandeza.

Y el segundo, que ya no es circunstancial, se refiere al despegue o frialdad u olvido de vulgarizar convenientemente la creación o invento españoles en el terreno de la física y sus técnicas, pues en cuanto al de la metafísica y letras estamos enterados de su altura cumbre. Por ejemplo, sabemos que hay un tren "Talgo", por noticias esporádicas, pero ignoramos qué es, para qué es y cómo es este invento español. Sabemos, por casualidad, que un ingeniero apellidado Duque ha inventado un artilugio para la captación de la fuerza del mar que el Gobierno español ha aprobado votando una buena cantidad de pesetas para su puesta en marcha; pero, ¿qué es eso?

Ahí parecerá un poco pueril. No lo es, sin embargo, si consideramos que un país o un pueblo es como es, y no como nosotros quisiéramos que fuera. Los americanos, de una punta a la otra del Continente, apre-

cian y valoran más que nada el progreso material, pues deducen que lo demás viene por añadidura; estén o no equivocados. Y si España es también algo en este "progreso", ¿por qué no decirlo, como lo hacen todos los demás países?

Añada a cuanto le digo, señor Director, que todos los periódicos de aquí no publican de España sino los derrumbamientos, inundaciones, etc., y todo lo que es suciedad y miseria, como si fuera su único patrimonio.

Quedo su atto. s. s.,

Manuel Fírot

Llega su amable carta en el momento en que MVNDO HISPANICO tiene ya realizado un reportaje del "Talgo", tomado sobre la ruta Madrid-San Sebastián, en la que dicho tren entró en servicio a principios de este último verano. Daremos la información en momento oportuno y trataremos de continuarla con otras sobre temas científicos. Por ejemplo, ya tenemos preparado un documentado trabajo sobre leucotomía, una nueva técnica para curar la locura por medio de operaciones quirúrgicas en el cerebro. Corresponde esta innovación al doctor portugués Egas Moniz, Premio Nobel.

Bucaramanga (Colombia), 9 novbre. 1950.

Soy lector afortunado y devoto de la bellísima Revista que usted dirige con notorio acierto. En esta ciudad la he hecho conocer con entusiasmo. Sus lectores son numerosos y de la mejor condición intelectual. Admiran ellos, con evidente justicia, la novedad estética de cada ejemplar, los interesantes y variados temas de que siempre trata y ese amor entrañable que llega de España en cada una de sus páginas primorosas.

Mil felicitaciones, pues, por tan laudable empresa intelectual.

Desde hace mucho tiempo soy admirador sin ocaso de Eugenio Montes. Su prosa es una colección de prodigios: "mueve y conmueve". Su estilo todo, el de un maestro sin par. En "Acción Española"—esa Revista inolvidable de Ramiro de Maeztu—leí algunas de sus producciones, que me dejaron maravillado. Ahora necesito saber si Montes ha publicado algunos libros, cuáles son ellos y en qué librerías se pueden hallar.

Usted, que es tan gentil y tan buen señor, me puede indicar, toda vez que tengo suma urgencia en lograr las obras de Montes.

Le ruego el favor de crearme siempre como un amigo muy cordial.

Elberto Ortiz Lozano.

(Junta de Asistencia Social de Santander (Colombia). Apartados: postal, número 30; aéreo, 564.)

Eugenio Montes ha publicado "El viajero y su sombra" (1940) y "Melodía italiana" (1944). Para la primera, diríjase a: Ediciones FAX, calle de Zurbano, 80, Madrid. Para la segunda, a: Editorial Cigueña, calle de Martínez Campos, 15, Madrid.

ESTAFETA

María Karman (calle A, núm. 112, entre 8 y 10. La Sierra, Marianao, Habana, Cuba) desea mantener correspondencia con jóvenes españoles estudiantes de dieciocho a veintidós años.

El profesor Dottore Sordini Gino (Piazza Manzoni, 2, Génova) desea mantener correspondencia con jóvenes españoles sobre literatura, filosofía y costumbres y estudio de las lenguas española e italiana.

Don Carlos Sagredo Araya (Agustinas, núm. 925 of. 414, Santiago de Chile) desea correspondencia con señoras y jóvenes españoles, especialmente con personas versadas en canto y bailes de España.

Don Patricio J. Fernández Martín, residente en la Escuela de Suboficiales de la Armada (San Fernando, Cádiz, España), desea iniciar correspondencia con jóvenes hispanoamericanos, filipinos y portugueses, de uno u otro sexo.

RESUMEN

INFORMACIONES ECONOMICAS Y FINANCIERAS DE ESPAÑA Y AMERICA

Con esta Revista, EDICIONES MVNDO HISPANICO ha creado un órgano regular y especializado en asuntos económicos y financieros, que informa a los lectores de ambos Continentes, en forma objetiva, de cuanto acontece en el campo de la economía en los dos mundos.

A través de sus Secciones fijas—"Población", "Agricultura", "Industria", "Comercio" y "Finanzas", abarca toda la realidad económica y en sus crónicas, elaboradas por los mejores especialistas, se encuentra, no sólo la información precisa, sino también una orientación adecuada sobre estas cuestiones.

EDICIONES MVNDO HISPANICO—Alcalá Galiano, 4—MADRID

Concurso de Ideas

SEXTO FALLO DEL "CONCURSO DE IDEAS" DE MVNDO HISPANICO

El sexto fallo del Concurso de Ideas de MVNDO HISPANICO corresponde a las cartas recibidas durante el mes de junio último: setenta y dos. La cifra baja de mes en mes, no por agotamiento de la capacidad inventiva de los lectores, sino, naturalmente, por agotamiento de los temas. De entre todas hemos seleccionado las tres que en extracto figuran a continuación. La mayoría de las recibidas toca temas ya expuestos en este Concurso, y aun esta reincidencia aparece en parte en alguna de las tres misivas hoy seleccionadas, las tres, por cierto, procedentes de la Península; hasta ahora la primacía correspondió a las cartas trasatlánticas.

Don Jaime Barberá (Doctor Albiñana, 20, Enguera, Valencia) propone: Reproducir a todo color los grandes cuadros o decoraciones murales que, representando a las regiones españolas —con colorido y vigor extraordinarios—, pintó Sorolla en la Hispanic Society, de Mr. Huttington, por encargo de este prócer hispanista. Dar, igualmente en color, las pinturas de Sert en Vich; en el Hotel Astoria, de Nueva York; en el Palacio de la Sociedad de las Naciones y en el domicilio de D. Juan March, en Mallorca. Y publicar un reportaje sobre la vida y la obra de Manuel Tolsá, gran escultor y arquitecto valenciano del siglo XVIII, quien fué director de la Academia de Bellas Artes, de Méjico, y autor de «El caballito», «una de las mejores estatuas ecuestres del mundo».

Don Bartolomé Miró Piza (C. Infanta, 106, Mahón, Baleares) propone: 1.º Que se publique en cada número una sección filológica en la que se refleje el «limpia, fija y da esplendor», de la Real Academia de la lengua. 2.º Crear una sección de intercambio de «todos a todos», a la que los lectores pudieran acudir formulando consultas y peticiones; las demandas serían publicadas por la revista y contestadas por los mismos lectores, ya directamente al interesado (si hubiese indicado sus señas), ya por medio de la publicación de las respuestas en la misma revista. Aunque a veces se trate de casos particulares que no interesan a todos ni a la mayoría, son leídos, sin embargo, por todo el mundo, y apreciados, porque en ellos palpitan las inquietudes y necesidades de muchas personas. Solicitar un libro que uno no sabe dónde podrá encontrar; rogar se faciliten datos sobre tal o cual población, Museo, Institución, etc.; preguntar quién es el autor de tal frase, de tal poesía; interesarse por el significado de una palabra, de una expresión; interesarse por el paradero de un pariente; rogar el envío de un periódico, de una copia, de un escrito, etc., serían temas que pondrían en relación a centenares y miles de personas. Así, MVNDO HISPANICO avivaría las corrientes de simpatía, de hermandad, entre las personas hispánicas.

Don Andrés Oliva Marra-López (Marqués del Vado, 5, 2.º, Alicante) dice y propone: «Entiendo que esa revista, dentro de su carácter asequible, grato y general, no puede desprestigiar determinado sentido polémico, o al menos de convencimiento, en lo que se refiere a los valores indestructibles de la Hispanidad, pudiendo siempre, con toda discreción, y dándole una forma amena, recoger los últimos ataques, por cierto bien trasnochados y sin valor alguno para quien tenga preparación, e incluso proporcionar las fuentes ortodoxas correspondientes. Me refiero a artículos que sobre el pasado histórico español e hispánico siguen apareciendo en revistas y prensa de distintos países (concretamente recuerdo uno sobre Hernán Cortés, del general Rubén García), de los que MVNDO HISPANICO debe hacerse eco, en sencillas notas críticas, que formen a la opinión que pueda sentirse deformada por tales especies calumniosas a un pasado histórico, al que debemos absoluta devoción y lealtad».

El premio mensual de junio corresponde a D. Bartolomé Miró, de Mahón (Baleares), por la segunda de sus ideas: crear una sección de intercambios, de «todos a todos». Que, dicho sea ya aquí, puede empezar cuando los lectores quieran. Para conocimiento del vencedor reproducimos la base cuarta del Concurso: «El premio mensual consistirá en un lote de libros por importe de 500 pesetas. El comunicante premiado podrá seleccionar estos volúmenes de los catálogos de las librerías españolas. MVNDO HISPANICO adquirirá los libros que se le indiquen, si no estuvieran agotados, y los remitirá a la dirección postal del interesado.»

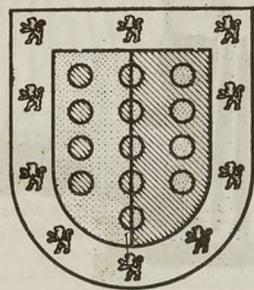
TABLONCILLO

A falta de cosas pasadas, en este Tabloncillo vamos a dar noticias del porvenir. Por ejemplo: nuestro próximo número, del mes de diciembre, será también monográfico y estará dedicado a la historia retrospectiva del medio siglo—el siglo XX peina canas—, en el que se recogerán los aspectos más pintorescos, emotivos y de mayor interés que nos ofrece el panorama retrospectivo de los primeros cincuenta años de este siglo. Entre los temas destacados figuran «Los "ismos" de medio siglo en la pintura española». «Europa baila al son que le marca Hispanoamérica—la habanera, el tango, la rumba, la samba y otros ritmos hispanoamericanos que alcanzaron renombre mundial—. «Nuevas suertes para torear», las innovaciones introducidas en el toro desde «Chicuelo» hasta Aparicio. «De los futbolistas con bigote a las nuevas tácticas». «Lo que la vestimenta masculina cambia en cincuenta años. Y «el medio siglo en poesía, teatro, investigación, invención, modas, pentagrama, canción popular, cine hispanoamericano, tertulias, periodismo, industria, automóvil, aviación, publicidad, gastronomía y las palabras «nacidas» en medio siglo».

Por omisión involuntaria, en nuestro número 30, dedicado a los toros, y en su página 13, la «foto» titulada «Caída al descubierto» apareció sin la firma de su autor, el fotógrafo señor Cervera.

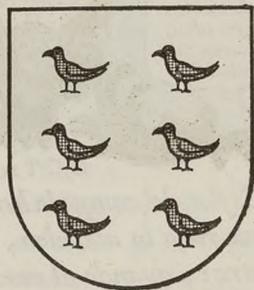
En la relación de colaboradores artísticos del número último de esta revista no apareció el nombre de César Ginés Liébana, autor de la ilustración de la página 23 de dicho número, ni el de Luis González Robles, que nos ayudó en la confección de dicho número.

Heráldica Hispanoamericana



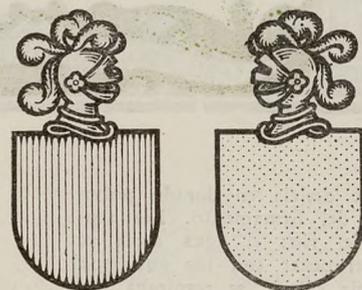
J. Entrerrios. Lorca.—¿Qué armas usan los Marbán, de Villalpando?

En cierta Carta Ejecutoria de Hidalguía, dada por la Real Chancillería de Valladolid a Francisco Marbán Villardiga, con fecha de 30 de septiembre de 1586, aparecen iluminadas las armas del aludido hijodalgo pleiteante, vecino de Villalpando. Y son: Escudo partido, primero de plata y segundo de azul; brochantes sobre el todo trece roeles del uno al otro. Bordura de plata, cargada de diez leones de oro (sic). (Entiéndese, pues, salvado un error del oportuno dibujo, que pinta verde —"sinople"—y no "azur".)



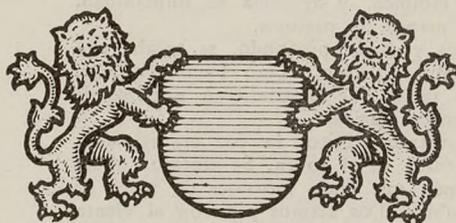
J. L., L. U. Santiago de Chile.—Madrid.—Entroncado con la familia Arango, de Asturias, me interesaría conocer alguna descripción del escudo de dicha familia que fuese fidedigna y antigua.

Una descripción de tal heráldica—de plata, seis cuervos de sable, puestos de dos en dos—figura en las pruebas de ingreso en la Orden de Santiago de D. Sancho de Arango y Leyguarda, aprobadas en 8 de octubre de 1665, cuando el reconocimiento practicado por los caballeros informantes de la Casa Solar de Arango, en el valle de su nombre: «La qual es una torre de cal y canto de quatro esquinas, con sus almenas y dos barbacanas, con cada dos troneras, todo fabrica, que denota mucha antigüedad, y contigua a ella una Cassa en bastante proporción de Altura, de cal y canto, y al lado del oriente una muralla con sus saeteras, y junto a la dicha cassa ay una Capilla de la advocación de Nuestra Señora de la Bega, cuyo edificio es a la manera de dha. cassa; sus entierros, de unas piedras altas, y en la pared del altar mayor ay dos Escudos, a cada lado el suyo, y en cada uno de ellos seis cuervos andando en campo blanco, y las targerass son al modo y manera de las que reconocimos en la Iglesia de Inclán». (Arch. Hist.º Nac.; Santiago, exp. 520, fol. 50 v.)



Juan Varela. Orense.—Tengo una piedra armera, con el casco a la derecha, y en la fachada de la misma casa otro escudo igual, a unos metros del anterior, pero con el casco mirando a la izquierda. ¿Qué interpretación debo darle a esto?

Sin duda, ambos escudos, pertenecientes a la misma familia—ya que dice usted que traen idénticas empresas, igualmente organizadas—, al esculpirlos sobre la fachada de la casa por razones meramente decorativas, los timbraría el cantero con las celadas o yelmos situadas como usted indica; y ello es bastante frecuente de observar, aunque se contravenga así algún precepto de la moderna Heráldica, que reserva para el bastardo timbrar su escudo con celada mirando a la izquierda de éste.



Juan Carlos del Olmo. Sevilla.—Nada entiendo del Blasón. Desearía, pues, saber qué significan los leones empinados a ambos lados de un escudo, que aparece en cierto documento del siglo XVIII, obrante en mi poder.

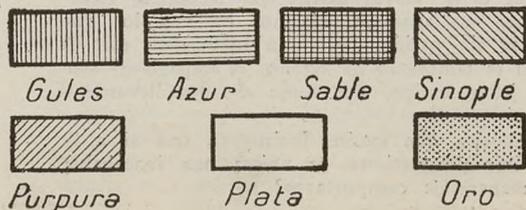
Esos animales, u otros—llamados «soportes» en la terminología heráldica, que reserva su sinónimo vocablo de «tenantes» para figuras humanas—pintados en el escudo a que usted alude, como sosteniéndolo, carecen casi siempre—hablo de nuestro país—de simbolismo alguno, teniendo una mera finalidad artística.

J. Ruiz de la Torre. Buenos Aires.—¿Qué tratamiento tienen los Títulos del Reino?

Su pregunta es ajena a lo heráldico—objeto de esta página—; vuélvase a decir que relacionada únicamente con el blasón. No obstante, le indicaré que los Duques y demás Grandes de España, lo mismo que sus primogénitos, tienen Excelencia. Una Real cédula del Monarca (Don Carlos III, dada en Aranjuez a 10 de abril de 1807, disponía que los títulos de Castilla gozasen de tratamiento de «señoría», salvo los Barones. Para el vulgo, todos los titulados son «excelentísimos», y en las corporaciones nobilíscas suele precederse su denominación de un «Ilustrísimo señor», tratamiento que en realidad sólo les corresponde si les alcanza por otros motivos de cargo oficial, condecoración, etc.; y lo mismo puede decirse del de «excelencia», unido a las grandes cruces y muy elevadas jerarquías del Estado, Academias, etc.

Juan Guillermo López. Santiago de Cuba.—Desearía conocer el escudo de los Limonta, cubanos.

Ignoro si dicha familia tenía blasón, que no he visto descrito en Armorial alguno. En 1856 ingresó en la Orden militar de Alcántara D. Luis de Salazar y Echavarría, nieto de Doña Isabel de Limonta, cubana, como su primogénito, el teniente coronel D. Rafael de Limonta, pero en sus probanzas no se hace ni alusión a la heráldica de tal apellido. (Doña Isabel recibió las aguas bautismales en la catedral de Santiago de Cuba, el 22 de julio de 1744.) A. H. N.: Alcántara, núm. 155 moderno, fol. 18.



Como aclaración, para nuestros lectores, de la simbología heráldica damos en el grabado de la izquierda la interpretación de los semaltes y colores de las armerías, aceptados en todos los estudios nobiliarios y heráldicos.



De cómo el autor sorprende el diálogo entre un hombre viejo y uno joven

Por el Doctor CARLO BLANCO-SOLER

CALMA la tarde; el amatista de nácar del poniente se desleía en dorado polvillo, que, como gracia divina, se ofrecía al azul del firmamento. Era septiembre. Cabeceaban los sauces, fieles al pretil del río; el agua decía su oración, poniendo en su rezo quejidos de letanía al tropezar con los guirjarros. Era verde y oro el pensamiento de la Naturaleza. Había calma, se respiraba paz y el ambiente tenía un color rosa de jacinto.

El hombre viejo encendía su barba blanca, cuidada, sobre el negro de su traje. Llevaba sombrero de anchas alas, negro también, y apoyaba su humanidad, recia y viril, sobre bastón de haya, hecho por manos de pastores.

El hombre joven, moreno, de inquietos ojos y mirar profundo, se tocaba con camisa clara, que dejaba al descubierto su cuello. El pelo, como buen celtibeno, luchaba rebelde con el viento, a semejanza de raíces que pretendieran nutrirse de las ideas que en el aire viven para las inteligencias curiosas.

Tenían los ademanes del uno y del otro sentido bíblico; la voz era reposada y profunda en el viejo, y respetuosamente contenida en el joven. Se sentaron sobre las piedras, casi acariciadas por el agua clarísima, que traía mensajes de nieve de la montaña para apagar la sed de los trigales rubios. Los álamos pidieron al viento la gracia de una reverencia.

H. V.—La misma que han tenido los ancianos llenos de autoridad que han gobernado en el mundo.

H. J.—Teodoro cambió su complaciente política por una crueldad insospechada en sus últimos años.

H. V.—Por la incompreensión de los mismos a quienes favorecía. Su crueldad fué un entregarse a la ley que la vida le dictaba. Un sentido religioso hubiera puesto freno a sus desengaños, como le ocurrió al Emperador Carlos V, que, dueño de Europa, ocultó su poder en Yuste.

H. J.—¿Y el amor de mujer?

H. V.—¿Por qué no suponer rescoldo bajo las cenizas? Si aventas los leños ya quemados, de sus grietas surgirá sin duda el resplandor azul y rojo de un nuevo fuego entre el chisporroteo de un universo de puntos de oro. El amor de mujer es dable a todas las edades, y es absurdo suponerle privativo de los años mozos. Marcial, el satírico, el cínico, no supo del verdadero amor hasta que los sesenta años le condujeron a su Bilibis Ibérica, y entonces, sólo entonces, aquella musa agreste y desvergonzada se trocó en suave y armoniosa, comparable a la de Horacio. En la declinación ama el hombre con dulzura, con gratitud y hasta con vehemencia. Pone en el nuevo amor aquellas añejas heridas de su corazón, e injerta en cada una un esqueje de esperanza para que cicatricen al fin floreciendo. Se juega todo, sabe que es la última carta, y por ello tienen esos amores el encanto y añoranza de la despedida; abandona las bagatelas, saboreando la humanidad que el amor de mujer lleva consigo. Por todo ello es tan curioso como verdadero que jóvenes mujeres sean felices con hombres de mayor edad. No, no os burléis de un amor de viejo... y comprended que un hombre maduro desdénado es hombre muerto; ya no se repone porque no tiene tiempo de olvidar, y sobre todo porque los años nos van haciendo fieles a nuestros propios sentimientos.

¡Y libreme Dios de compartir el elogio del viejo verde! Este es un bailarín cduco de la vida. Y ya que de Marcial hemos hablado, recuerda aquello de:

“Por más que quieras traer—melena y barba fingida,—no engañará tu invención,—que quitando el máscarón—te jubilará la vida.”

H. J.—¿Y no crees que hay especial delicia en la violencia? ¿No abruma la quietud del mar? ¿No cansa la demasiada serenidad?

H. V.—La vejez no es serenidad, sino dominio. Si vuestra violencia es flor de artificio, nuestra sensación es profundo sentimiento de victoria. La necesidad de la fuerza es demostración de imperfecciones a corregir; vosotros la usáis por el solo placer de doblegar otros ímpetus, y nosotros como arado que escarba profundamente en las entrañas y arranca hierbas malignas en beneficio del fruto de la espiga. Los años jóvenes sueltan el manantial de sus lágrimas, que gran número de veces son, como decía Horacio, fuente de risa continua; el hombre maduro, en cambio, sabe guardarlas, nadie las ve, formando un lago interior, perenne de amargura que destruye el corazón, pero en el que baña los dolores ajenos.

H. J.—¿Y no estimas en la juventud un valor educativo, aunque algunas veces sea inconsciente?

H. V.—Es posible; pero os falta comprensión, que es simiente de buen juicio y artefice de voluntad sincera. Al paso de los años, cuando muchos inviernos han caído sobre los hombros, del fondo mismo del alma sube hasta la conciencia aquello de: no pidas para los demás lo que a ti no te dieron; no hagas el daño que a ti te produjeron.

H. J.—Pero el hombre, pensando así, se estancaría en la inacción.

H. V.—En el ocio inteligente dirás. Escucha: en la quietud de las aguas mansas, que no proporcionan energía, ni cantan al abrigo de los olmos, ni viendrían al sol con el alboroto de los regatos, bulle la vida con un frenesí que no es dable a los ríos ni al propio mar. Una gota de un estanque eternamente quieto, encierra mil existencias diferentes y maravillosas. En el lago en calma sube el tallo y se desperleza la hoja del loto sobre la superficie, como última consecuencia de una vida que supo vencer la resistencia en su deseo de saludar el Sol. El pensamiento requiere también de quietud, para que pueda brotar magnífico, como la flor que te refiero.

H. J.—Te equivocas; las ideas serían cadáveres que soportaríamos difícilmente. Cada sujeto llevaría a cuestas el cementerio de ideas de sus antepasados. La acción es el verdadero motivo de la felicidad; el progreso es el ansia de todo humano.

H. V.—¡Progreso! ¡Felicidad! Vais tras el primero, pero no tras la segunda; lo que llamáis progreso es lo más distante de la dicha. Para alcanzar el progreso abandonáis la perfección moral. Esto os hace desgraciados eternamente. ¡La felicidad brota del alma! Civilización y comodidad es lo mismo en la mente del

hombre moderno y debía repugnarnos, pues que la comodidad es compensación de limitaciones físicas, y esto debe quedar para nosotros los viejos. De seguir así, me parece que las generaciones que se sucedan beberán en la fuente Salmacis, en Haliarnaso, cuyas aguas, al decir de la mitología griega, femineizaban a quien las probase. Felicidad, joven amigo, es conformidad y aceptación de la propia pequeñez. Progreso lo hacéis sinónimo de desacomodo, inquietud, seguridad en las propias fuerzas, convencimiento de que el hombre viene a ordenar un congénito desorden de la naturaleza. Felicidad es creer en que somos una parte—la más bella quizá—de un todo. El hombre es el amo del universo—afirmáis en cambio—, de ilimitado poder, para trazar a su manera el mundo físico y el intelectual. ¡Soberbia que no perdonó Dios y que hundió en el abismo al ángel predilecto! Soberbia, que es el pecado que más nos acerca al Creador, que, fiel a su propia naturaleza, no consiente que disminuya la distancia que ha trazado entre El y los seres humanos. El mito de Luzbel se halla en la memoria de las primitivas religiones, lo que nos ratifica de la verdad que encierra.

Un tipo de acontecimiento no perdonado por los dioses griegos es el que conturba la paz del mundo físico, que suponen obra suya. Así, las grandes empresas que cambian el aspecto de una comarca son verdaderos crímenes; la cólera de los dioses en los Persas, de Esquilo, se ocasiona por calzar un puente sobre el Helesponto. Sófocles lo explica diciendo: “está bien que el mortal no pretenda lo que excede de lo humano”. ¡Magnífica sentencia que debería servir de base a ese progreso de que hoy se alardea!

H. J.—Déjame dudar, viejo amigo, y sabré luchar.

H. V.—Te dejo, te animo; es natural y necesario que lo nuevo se suponga mejor; pero no olvides que se empieza en Protágoras y se puede acabar en Zenón, para el que no existe nada absolutamente, y entonces sí que se es viejo para toda la eternidad. Además, la duda crece con el conocimiento, ha dicho Goethe, y el conocimiento debe aumentar con la edad. Las personas ancianas serán menos propensas que los jóvenes a “la certeza fanática”, origen de todas las agresiones y vivero de todas las guerras. Los pueblos tradicionales, que os sirven de mofa, poseen una rara quietud que arman de ironía. Os ven ir de prisa, y con prisa nada germina, porque las leyes de Dios tienen un ritmo inmutable. ¿Y para qué la prisa de que hacéis gala? Vuestra burla por las razas que suponéis atrasadas es una mínima parte de la que ellas sienten por vosotros. Al terminar la vida todo se deja, menos el alma, y de ésta no os habéis ocupado un momento. Arábitos quietos, semitas consumidos como pavesas, asiáticos llenos de arrugas, impertritos en la meditación, ¡cómo van construyendo su alma!, y cómo en ella sienten una sublime dicha que vemos florecer también entre nosotros, en esas nonjitas y en esos frailecicos, que nos sirven de atroz incompreensión cuando hablan, con una sonrisa que sabe a niño, de una felicidad insospechada que les permite las mayores y más elevadas heroicidades del espíritu. ¡Qué importa!, dicen las razas centenarias, cuando las jóvenes presentan entre aspavientos un supuesto avance de la técnica. ¡Qué importa! Qué importa que se tarde más o menos en llegar a la muerte, si al fin a ella abocaremos. Nada importa, joven amigo, y el arrebatado trascendencia al pormenor da serenidad al alma, pero esto sólo se conquista con el tiempo y es además el secreto de la dulzura con que nos miran los viejos pueblos. ¿Acaso creéis que no han participado del mismo estado de ánimo que vosotros, los antepasados de esos hieráticos orientales? Y que en el árabe es pereza, sus piernas trenzadas entre sí, su orgullo, su displicencia y aquella mirada que transforma nuestra curiosidad en pensamiento metafísico. Como hoy, la inteligencia se afanó en balde, y al fin llegaron, cansados y maltrechos, al convencimiento

MUNDO HISPÁNICO

LA REVISTA DE VEINTITRES PAISES
MEXICO - BUENOS AIRES - MADRID

CONSEJO DE REDACCION

PRESIDENTE: ALFREDO SANCHEZ BELLA
VOCALES: JULIO GUILLEN - ANTONIO LAGO CARBALLO - ERNESTO LA ORDEN MIRACLE - MARQUES DE LAS MARISMAS DEL GUADALQUIVIR - LUIS MARTINEZ DE FEDUCHI - MARIANO RODRIGUEZ DE RIVAS
DIRECTOR: MANUEL JIMENEZ QUILEZ
REDACTOR-JEFE: MANUEL SUAREZ-CASO

NÚM. 32 • NOVIEMBRE, 1950 • AÑO III • 12 Ptas.



	Pág.
PORTADA: SAN MARTIN EN LA BATALLA DE BAILEN, por Ernesto Scotti...	4
LOS LECTORES TAMBIEN ESCRIBEN ... TABLONCILLO, CONCURSO DE IDEAS Y HERALDICA HISPANOAMERICANA ...	5
DE COMO EL AUTOR SORPRENDE EL DIALOGO ENTRE UN HOMBRE VIEJO Y UNO JOVEN, por el Dr. Blanco Soler ...	6
SUMARIO ...	8
EL RESPETO A LOS MUERTOS Y EL DESPRECIO A LA MUERTE, por Miguel Castro Ruiz ...	9
A ROMA EN PIRAGUA, por Carlos Piernavieja ...	12
TRUJILLO, por Faustino G. Sánchez Marín ...	14
MADRID DE TEJAS ARRIBA, por Lucas González Herrero ...	17
LOS TRAFICOS DEL FERROCARRIL EN ESPAÑA ...	20

CENTENARIO DE SAN MARTIN

PORTADA, por Castro Arines ...	21
EL MOMENTO HISTORICO EN QUE SAN MARTIN DECIDIO SALIR DE ESPAÑA, por Ricardo Levene ...	22
SAN MARTIN FRENTE A ESPAÑA, por Ignacio B. Anzoátegui ...	24
CANCION EN ALABANZA DE SAN MARTIN, por Horacio J. de la Cámara ...	27
SAN MARTIN EN LA ARGENTINA, por Héctor Sáenz Quesada ...	28
EL PASO DE LOS ANDES ...	30
SAN MARTIN EN EL PERU, por Violeta Angulo ...	32
REMEDIOS DE ESCALADA Y JOSE DE SAN MARTIN, por María Elena Ramos Mejía ...	34
LA MAGNANIMIDAD DE SAN MARTIN, por Carlos Ibarguren ...	35
SAN MARTIN EN CHILE, por Jaime Eyzaguirre ...	36
FORMACION ESPAÑOLA DE SAN MARTIN, por el general Luis Bermúdez de Castro ...	38
SAN MARTIN EN EL ARTE, por Juan Zocchi ...	41
HUELLAS SANMARTINIANAS (Reportaje gráfico) ...	44
MALAGA, LA TIERRA DONDE VIVIO LA FAMILIA DE SAN MARTIN, por Sebastián Souvirón ...	46
EPISTOLARIO DE SAN MARTIN, por Sergio Delgado ...	53
DOCUMENTOS INEDITOS DEL GENERAL SAN MARTIN, por Jaime Torner ...	56

TERTULIA DE "MUNDO HISPANICO". (Un viaje al mes, anecdotario, etc.) ... 58

Colaboración artística: Gabriel Viladomat, Castro Arines, Valdivielso, Zaragoza, Gil, Fernando Sáez, Clorindo Testa, Segaria Llamas, Lara, Goico-Aguirre, Lorenzo Góñi, Ferrer, Luis y Daniel del Solar.

Colaboración gráfica: Diario *Marca*, Santos Yubero, Portillo, Revista *Trenes* y Dirección General de Turismo, de Madrid; Casamayor, de Málaga; Montero, de México, y G. B. Poletto, de Roma.

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION:

MADRID - ALCALA GALIANO, 4 - TELEFONO 23-05-26 - APARTADO 245
DIRECCION TELEGRAFICA: MVNISCO

EMPRESA EDITORA:

EDICIONES «MUNDO HISPANICO» - ALCALA GALIANO, 4 - MADRID

EMPRESA DISTRIBUIDORA:

EDICIONES IBEROAMERICANAS (E. I. S. A.) - PIZARRO, 17 - MADRID

Prohibida la reproducción de textos e ilustraciones, siempre que no se señale que proceden de MUNDO HISPANICO.

TIPOGRAFIA Y ENCUADERNACION, MARSIEGA, S. A. (MADRID) * HUECOGRABADO, ARTE (BILBAO) * OFFSET, INDUSTRIA GRAFICA VALVERDE, S. A. (SAN SEBASTIAN) * FOTOGRABADO, LANGE Y FUGUET.

(Viene de la pág. 7.)

miento de su limitación. No olvides que Dios, en su infinita sabiduría, consiente que el conocimiento labre el propio fin del individuo que lo emplee desorbitadamente. El fenómeno nos recuerda el castigo de Babel, que refieren los sagrados libros. Otra cosa sería si se fundara el progreso en la perfección del espíritu. Únicamente la luz de un nuevo misticismo podrá avivar el corazón y el juicio en el mundo. Los hombres de hoy vivís para sentir el placer de vuestros juegos, que revestís de rugidos de león, y nosotros, los hombres de ayer, presenciámos vuestros travesuras de chiquillos. En esto tenemos un reflejo del Creador. Sólo una raza vieja puede decir con el poeta de la delicia del canto de los pájaros al amanecer. ¡El canto de los pájaros! ¿Has reparado tú en su música? Pues hasta que la atención humana no quede suspensa en ese malinal concierto—sin el menor deseo de especulación—el mundo caminará hacia el más espantoso embotamiento.

H. J.—La inconsciencia que suponéis a la juventud, ¿no es ya casi felicidad?

H. V.—La inconsciencia, si no es tontería, es pasión, y en ambos casos es peligrosa y destructora.

H. J.—¿No se te hiela el alma al pensar en la muerte?

H. V.—Sería una verdadera educación hacerse al desprecio de la vida; pero sin definir el menor desamor por ella. Si sólo piensas en prolongar la existencia nada harás de provecho; será entonces un constante morir, porque el temor angustiará tu alma. ¿Has pedido nacer? Pues entonces, ¿por qué te empeñas en vivir? Volverás a donde viniste, escribió Séneca, y si no hubo dolor en tu llegada, ¿por qué lo has de tener en la despedida? Concluyes, pero no perces; el espíritu es eterno, porque es, al fin, chispa de la hoguera divina. Cuida de vivir bien y no de vivir mucho, decían los estoicos. No temamos a la muerte, que es demasiado general el fenómeno para no ser natural, y lo natural siempre es bueno. Morir es salir de la vida, y hay que hacerlo dignamente, no sea que parezca echado o huído. Marcha, pues, sonriendo de donde llegaste llorando. Piensa que será entonces cuando continuarás la senda que interrumpiste en tu parentesis vital. Lentamente el hombre va caminando. Y un año, ¿cuál? se sienta y contempla el paisaje de sus hermanos jóvenes. Y entonces se da cuenta del absurdo que encierra la mayoría de las ambiciones, egoísmos, afanes y amors que fermentan en el corazón de los humanos. Una luz de ocaso, pero llena de oro y serenidad le inunda el alma y comprende que la razón, el juicio, la voluntad y tantas potencias de las que nos ufamamos no son más que cenizas que enturbian el panorama de la emoción y el sentimiento, alas divinas que nos salvan y nos llevan a Dios, empujados por el venticillo suave de la fe y el amor. Y te agradezco que me hayas dejado hablar. Buena señal para tu porvenir. Se ha cumplido así el proverbio chino de que "el joven debe tener oídos y no boca".

H. J.—Pero óyeme una última pregunta:

H. V.—Dime.

H. J.—¿Se puede ser el dueño de sí mismo?

H. V.—¡Psch! Los dioses griegos tuvieron sobre ellos el Destino.

EN LAS PAGINAS DEDICADAS AL CENTENARIO DEL GENERAL SAN MARTIN FIGURAN COLABORACIONES DE LAS SIGUIENTES PERSONALIDADES HISPANOAMERICANAS:



RICARDO LEVENE.—Ex presidente de la Universidad Nacional de La Plata (República Argentina) y catedrático de la de Buenos Aires; historiador ilustre, presidente de distintas juntas y organismos de Historia y Numismática americana y figura preeminente de la intelectualidad hispanoamericana. Autor de *Lecciones de Historia argentina*, *La revolución de l'Amérique espagnole en 1810*, *Introducción a la Historia del Derecho indiano*, etc., etc.



HECTOR SAENZ QUESADA.—Escritor, periodista, abogado y político argentino. En Buenos Aires, donde reside, fué director del periódico *Aduna*, redactor de *Nueva Política* y colaborador de *Sol y Luna* y *Orientación española*; secretario letrado de la Facultad de Derecho de la Universidad bonaerense. Está especializado, entre otras ramas culturales, en historia naval, y es autor de *Las guerras de religión en Argentina* y *En la lengua del agua*.



JAIME EYZAGUIRRE.—Catedrático de Historia de Chile y de Historia del Derecho, en la Universidad de Santiago de Chile; secretario de la Academia Chilena de la Historia; director de la revista *Estudios*—de la citada capital—, orientadora del pensamiento hispánico; Premio Nacional de Historia (1945), etc. A su firma, y a su especialidad, corresponde la evocación chilena del General San Martín que aparece en las páginas 36 y 37.



JUAN ZOCCHI.—Ensayista y crítico de arte, hondo y original. Es director del Museo Nacional de Bellas Artes, de Buenos Aires, al frente del cual ha realizado una labor eficaz, y una de las primeras autoridades hispanoamericanas en el campo artístico. D. Juan Zocchi colabora en estas páginas con un agudo y completo trabajo, en el que se estudia la iconografía del General San Martín y su figura al través de las distintas interpretaciones artísticas.



ERNESTO SCOTTI.—Pintor argentino, que ha expuesto repetidas veces en Europa y en América. En 1926 ganó en la Argentina el "Premio Estímulo"; en 1936, el tercero en la Nacional, de Buenos Aires; en 1937, el "Premio Sivorí" (B. A.), y la Medalla de Plata de la E. Internacional, de París, y en 1939 y 1940, el Primer Premio y el Gran Premio Nacionales argentinos. Scotti ha pintado expresamente para MUNDO HISPANICO la portada de este número.



IGNACIO B. ANZOATEGUI.—Periodista, poeta y escritor argentino, es uno de los mejores y más originales escritores americanos de hoy. Su obra, personalísima, se desparra en numerosos artículos y ensayos aparecidos en la prensa suramericana. En los últimos años ha dado diversas conferencias en España, donde es muy conocida y aplaudida su obra. Ha publicado *La niña del ángel*, *Genio y figura de España*, *Mitología y vispera de Georgina*, etc.

No ha llegado a esta Redacción la fotografía de D. Carlos Ibarguren, ilustre presidente de la Academia Argentina de Letras. "M. H." sabe que la ocasión de publicarla se dará en otro número, D. M.



ESTATUILLA
TÍPICA DE LA
DIOSA COA-
TLICUE, LA
DIVINIDAD
AZTECA DE
LA TIERRA
QUE ESPERA
EL RETORNO
A ELLA DE
LOS HUMA-
NOS DES-
PUES DE LA
MUERTE

EL RESPETO A LOS MUERTOS Y EL DESPRECIO A LA MUERTE

ESTAMOS ante una «ofrenda» de las acostumbradas en los pueblos indígenas. La encontramos—día 2 de noviembre— en el camposanto, sobre la tumba de los deudos de la familia que la ha elaborado. Es un sencillo armazón de varas, cubierto con flores entre las que predominan los cempasuchiles. Sobre la tierra misma y en candeleros producto de la cerámica de la región, tantas velas cuantos son los miembros de la familia muertos. En platos de la misma elaboración y hechos especialmente para el día, encontramos algunos alimentos entre los que predomina el pan: un pan, aunque elaborado también para la ocasión, de forma sencilla o de «ánima», polvoreado con azúcar y pintado de solferino.

Aquí encontramos el primer atrayente dato, sobre la forma como conciben la muerte los diferentes núcleos de la población en México y las diferentes artes a que da lugar esta concepción y la celebración del Día de Difuntos, celebración en que parece descubrirse la feroz diosa de los aztecas, la Coatlicue, divinidad de la tierra, que espera pacientemente el retorno a ella, como máximo homenaje de los humanos. Como si se tratara de una amarga réplica del cristiano polvo eres y en polvo te convertirás.

Nuestras observaciones no pueden llegar hasta las viejas ideas del indígena precortesiano, a la filosofía materialista que han creído encontrar en ellos algunos autores. Hemos de limitarnos al México actual, y si hemos de observar lo que acontece en los núcleos indígenas que aun perduran, es preciso no perder de vista que en ellos se encuentra la influencia de largos años de vida cristiana.

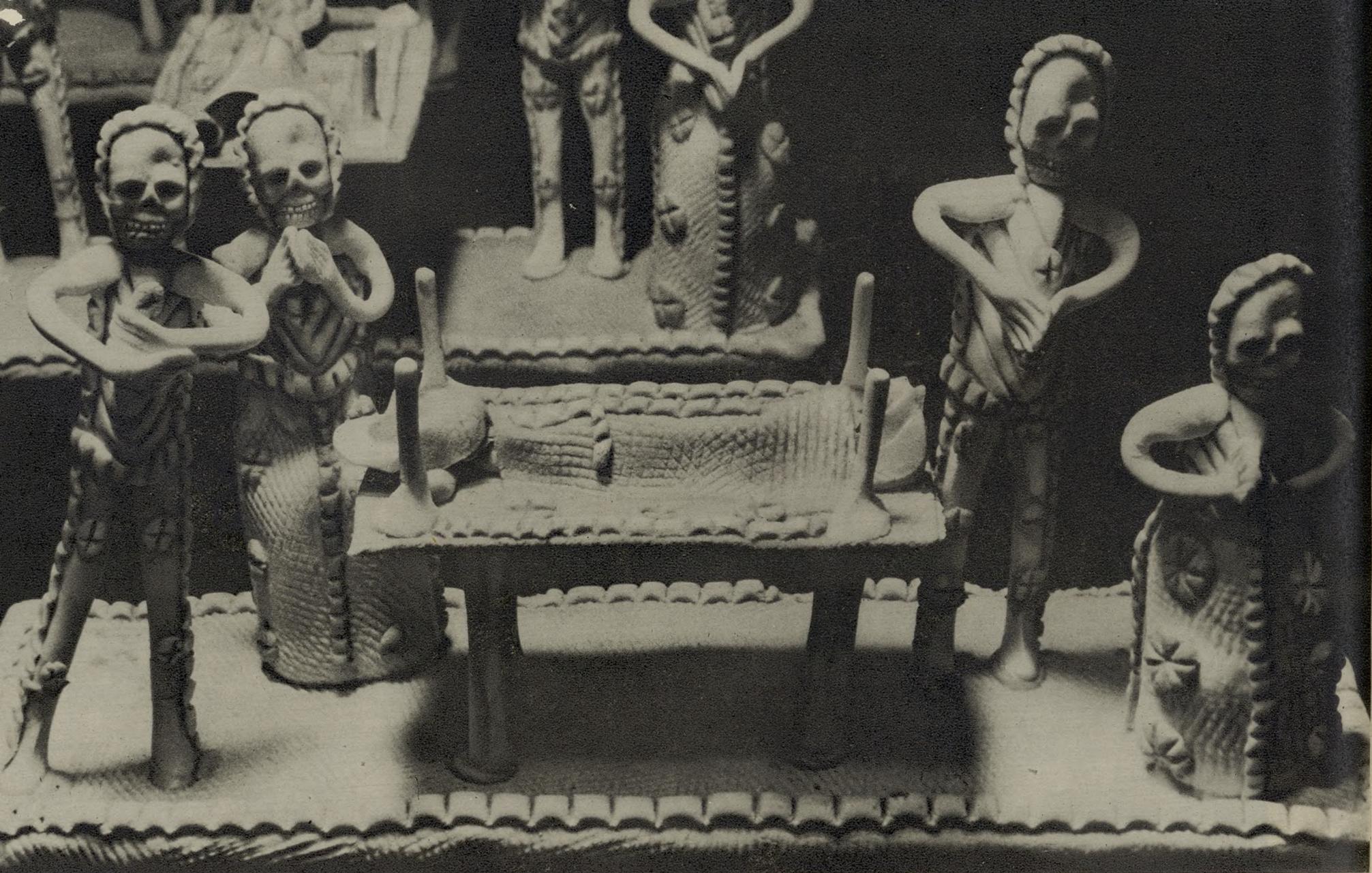
Y porque fueron los indígenas desde el primer momento cuidadosos relicarios de la nueva religión, no es de extrañar que aún hoy día guarden con gran recogimiento las fiestas religiosas, y muy especialmente aquella que parece pregonar la existencia de un mundo superior y venidero cuando la carne haya vuelto al seno de la Coatlicue.

Por ello los vemos el día de muertos recogidos, atentos al cumplimiento de los deberes para con sus muertos, en espera quizá de que, cuando a su vez ellos hayan dejado este mundo, haya alguien que continúe la tradición reverente y repitan en provecho de las almas de los difuntos, los mismos actos que ahora ellos realizan.

El indígena piensa que debe estar agradecido con los que antes que él vivieron, porque a ellos debe la vida misma y la situación y bienes de que disfruta. Debe, por tanto, corresponder a los servicios que ha recibido, tratando de comportarse



«LA CALAVERA CATRINA DE POSADAS» (FRAGMENTO DE UN MURAL DEL PINTOR DIEGO RIVERA)



EN EL ESTADO DE MICHOACAN SE OFRECEN A LOS DIFUNTOS ESTOS DULCES DE PASTA DE ALMENDRA EN FORMA DE ESTATUILLAS

con los muertos en la forma precisa para que el dolor no haga presa en ellos. Le parece necesario cubrir las necesidades de los difuntos.

Una de éstas es, sin duda alguna, la de alcanzar el cielo. Por ello las oraciones y los cánticos y el «encargar responsos» en el mayor número posible al sacerdote del templo más cercano.

Pero vienen a mezclarse con lo anterior elementos en que podrían descubrirse notas de materialidad o influencias de paganismo. El indígena teme que sus muertos regresen a este mundo.

Lo teme, por él mismo, pues el encuentro con un «difunto» o con un «ánima», acarrea trastornos tales que casi siempre conducen a la muerte. En los labios de los viejos sobre todo, abundan las historias de hombres que se encontraron un «difunto» y les hizo algún encargo o les indicó el lugar en que se encontraban fabulosos tesoros; pero la vida se les acabó sin darles tiempo a hacer el descubrimiento o alcanzándoles apenas para cumplir con lo que se les había encargado. Los muertos que vuelven a la tierra tienen así características parecidas a las que los antiguos autores griegos y romanos señalaban a las almas de aquellos cuyo cadáver había quedado insepulto.

El indígena teme también el retorno a la tierra, por los propios difuntos, ya que su presencia en el mundo que debería haber dejado para siempre, a más de serles dolorosa, está demostrando que no disfrutan todavía de la paz eterna.

Entonces es preciso precaverse y a las ofrendas espirituales agregar algunas de tipo material que tenga el defecto de hacerles innecesario presentarse a los vivos y al mismo tiempo les sirvan de remedio para sus necesidades.

Y decimos de tipo material y no materiales simplemente, porque si bien el objeto que se ofrece es material, no acontece lo mismo con lo que de él toma el difunto. El muerto está sobre la faz de la tierra e indudablemente tiene necesidades parecidas a las de los humanos. Habrá de alimentarse y por ello es preciso llevarle panecillos expresamente elaborados, frutos y dulces. Pero la necesidad de alimentarse que tiene el difunto no requiere, para ser satisfecha, la ingestión de aquellos alimentos. A él le basta con tomar de ellos el olor y el sabor.

No es raro encontrar conglomerados indígenas en que parte de este rito se haga consistir en llevar, cuando el día de muertos ha concluido, aquellos alimentos que sirvieron para el difunto, como obsequio al sacerdote que hubiera estado rezando durante el día o aun como estipendio por los mismos responsos.

La primera variación ha de encontrarse en que ya la ofrenda no se coloca en el camposanto sino en el hogar mismo, en uno de los cuartos mejores y perfeccionada hasta constituir un verdadero altar, en cuya mesa se colocan los alimentos. Estos, naturalmente se vuelven más complicados. No deja de usarse el pan; pero se busca su mejor sabor y aparecen así los «hojaldres» especiales del día de muertos. Los platillos preferidos por los vivos también figuran allí. Las velas, los candeleros y todos los objetos de cerámica necesarios, se refinan más y más y aun se llega a encontrar el caso en que «la ofrenda» viene a constituir un verdadero alarde de las posibilidades económicas de quien la pone o de los valiosos objetos con que cuenta. No es raro encontrar que en éstas, los objetos de barro nativo, son substituídos por otros de las más finas porcelanas y que en vez de los sencillos alimentos de la ofrenda indígena, se encuentran los más suculentos platillos.

Los muertos siguen siendo respetados en grado sumo. Se les recuerda, se trata de ayudarlos a salir de los duros trances en que puedan encontrarse en ese otro mundo desconocido a que han llegado. Para ellos, con la ofrenda, hay siempre la oración, considerada como el mejor auxilio que pueda serles proporcionado.

Pero la muerte es otra cosa. Sentimiento común al mexicano es el desprecio que por ella siente. Casi podría decirse que a los ojos de todos no es buen mexicano quien no sienta ese desprecio. Y no, por cierto, porque se tenga una idea fatalista, porque se esté convencido de que la muerte es algo tan inevitable que más vale dejarla a un lado, sin mirarla siquiera.

Las cosas son en este punto bien distintas. Se sabe que la muerte es la autora de la máxima prueba a que se ve sometido el humano; por ello, despreciarla, es una verdadera afirmación de que se tiene la entereza de llegar a esa prueba sin temores.

Este sentimiento se expresa con frecuencia y con cualquier motivo; pero es el día de difuntos también, cuando tiene sus más claras manifestaciones, porque ha llevado a la creación de costumbres que claramente lo expresan. Año tras año en este día, por ejemplo, hacen su aparición en los mercados las tradicionales «calaveras».

Trátase de una figura que imita una calavera humana y que se elabora de los más diversos materiales; pero especialmente de azúcar. En ella se marcan los rasgos más salientes con algodón, escarcha, anilinas o papeles de colores y no debe faltar en cada una o la leyenda burlesca—a mano tenemos una en cuya frente se lee: «así te verás, Tongolele»—o un nombre propio. El comprador escoge la calavera que lleve el nombre propio o, si de regalarla se trata, el de aquella persona a quien desea obsequiar.

Conduce el mismo sentimiento a la elaboración de multitud de objetos burlescamente relacionados con la muerte. Así los «entierros» en que sacerdotes y deudos hechos de palitos cubiertos con vistosos colores y con cabezas de garbanzo, van llevando a enterrar a su «difunto».

Así también la reproducción de escenas, las más importantes de la vida real, en que se descarna a quienes en ella participan, para presentarlos como esqueletos o como calaveras.



ESTADO DE JALISCO.—«ORQUESTA DE MUERTOS». FIGURILLAS DE BARRO COCIDO Y POLICROMADO, BURLA O DESPRECIO DE LA MUERTE, POPULARES EN AQUELLA REGION MEJICANA



«LA CALAVERA TAPATIA», GRABADO HUMORISTICO DE POSADAS: «NO ES BUEN MEXICANO QUIEN NO SIENTA EL DESPRECIO DE LA MUERTE».

Esto, lleva, en fin, a publicaciones literarias llamadas «calaveras», que consisten en pequeños poemas sobre personajes vivos en que se les da por muertos y se señala como causa de la muerte precisamente alguna de sus particulares características. Sin afán de seleccionar, simplemente con el fin de presentar un ejemplo de este tipo de manifestaciones literarias, recordaremos la «calavera» de una persona de apellido Loza, cuya principal característica se encontraba en su escasez de carnes:

Quiso la Parca segar—la triste vida de Loza;—mas yo le he de preguntar—a esa Parca goloza—¿qué es lo que se va a llevar?

Claro es que estas publicaciones van ilustradas en forma que concuerde con la intención de cada «calavera». Aparecen entonces los dibujos de panteones grotescos de tumbas en las que se entremezclan elementos de la vida diaria, de caricatura de los hombres aludidos, en que la base está constituida también por el tema de la muerte.

Pero quizá las más interesantes manifestaciones tanto de la forma como se concibe la muerte, como del hábito de rendir culto a los muertos, las encontremos en los objetos de cerámica de manufactura casi siempre indígena que, especialmente en las vísperas del Día de Muertos, son puestos a la venta en los mercados.

Entonces es posible admirar el primitivismo de las concepciones artísticas de los indígenas del Estado de Morelos, la sencillez y colorido de los orfebres del Estado de México, la finura de los de Puebla, el exquisito «vidriado» de los Michoacanos, los caprichosos dibujos que en todas partes logran mediante el sencillo procedimiento de recortar con unas tijeras sobre un papel cualquiera, para hacer los manteles que habrán de colocarse en la «ofrenda» o que serán utilizados para vestir algunas de las caprichosas figurillas.

Es posible admirar, en fin, y gustar los dulces que entonces se elaboran, saliendo muchas veces de los límites de lo popular, para introducirse en las casas de las familias más acomodadas o aun en los conventos. En todas las capas sociales y en todos los estados, no falta mujer que se precie de sus especiales habilidades tanto para elaborar las pastas para tales dulces, como para «esculpir» con toda propiedad, las figurillas que tradicionalmente han de emplearse.

Una y otra vez tenemos que volver al recuerdo de la forma como se celebra el Día de Difuntos, en busca de las características a que hemos venido aludiendo. Estamos seguros de que sería difícil encontrar algún otro país en que los camposantos reciban tan gran número de visitas el día 2 de noviembre.

En México, en toda la República Mexicana, es tan generalizada la conciencia de la obligación de todos, de asistir en este día a un camposanto a visitar a los propios «muertos» aun a aquellos de quienes, por cualquier circunstancia se tiene noticia, que prácticamente ha desaparecido la fiesta de Todos los Santos, primitivamente celebrada con gran solemnidad, para fundirse con la de Difuntos. Aun llega a considerarse que los deberes religiosos son para el día 2 y no para el día 1 de noviembre.

Largas filas de hombres, mujeres y niños desde muy temprana hora, en aquel día se ven llegar a todos los camposantos. Allí donde existen varios que se distinguen por las diversas posibilidades económicas que tuvieron en vida sus actuales moradores, simplemente varían el vestido y las costumbres incidentales de los visitantes; pero el número y la finalidad, son los mismos.

A las puertas de cada camposanto se encuentran ramos de flores u objetos de varias figuras—preferentemente cruces y coronas—también de flores, velas sencillas o cubiertas de los más caprichosos adornos—grecas, palomas, cruces, calaveras—, todos ellos de venta para que nadie se quede sin dejar sobre la tumba que va a visitar, el testimonio de haber cumplido con un deber.

Y, puesto que las necesidades de los vivos no desaparecen durante este día, y la permanencia en el camposanto suele prolongarse durante varias horas, allí pueden encontrar también las masas populares los alimentos y bebidas que sean de su preferencia.

Así es posible la realización de esta verdadera romería: cargados con los objetos para su «difunto» penetran los deudos en el camposanto. Se arregla con los mejores cuidados la tumba y cuando se encuentra en un conveniente estado de aseo, principia el ir desgranando oraciones en sufragio de su alma.

Tal como aconteció en la fecha de su muerte. Después de haber rezado un poco, la conversación se impone y versa casi siempre en torno a las virtudes del difunto o a los actos salientes que hubiera realizado durante su vida.

Se siente alguna conmisericordia por las tumbas abandonadas que parecen pregonar que están habitadas por quienes ya no cuentan en este mundo por quien se preocupe de ellos y entre charla y charla no llega a faltar un momento o para una oración por él o de arreglar un poco el aspecto exterior de su tumba.

Y no llega a faltar tampoco, no podía hacerlo el tiempo necesario para que los visitantes injieran sus necesarios alimentos, allí junto o sobre la tumba, tal como si se tratara de una ofrenda colocada en el interior de la casa o de una ofrenda indígena colocada sobre la tumba.

Pero, eso sí, como si hubiera una prohibición expresa, nadie pone ante sus ojos la posibilidad de la muerte propia con tales ocasiones. Hacerlo, sería dar demasiada importancia a un incidente que no la tiene.

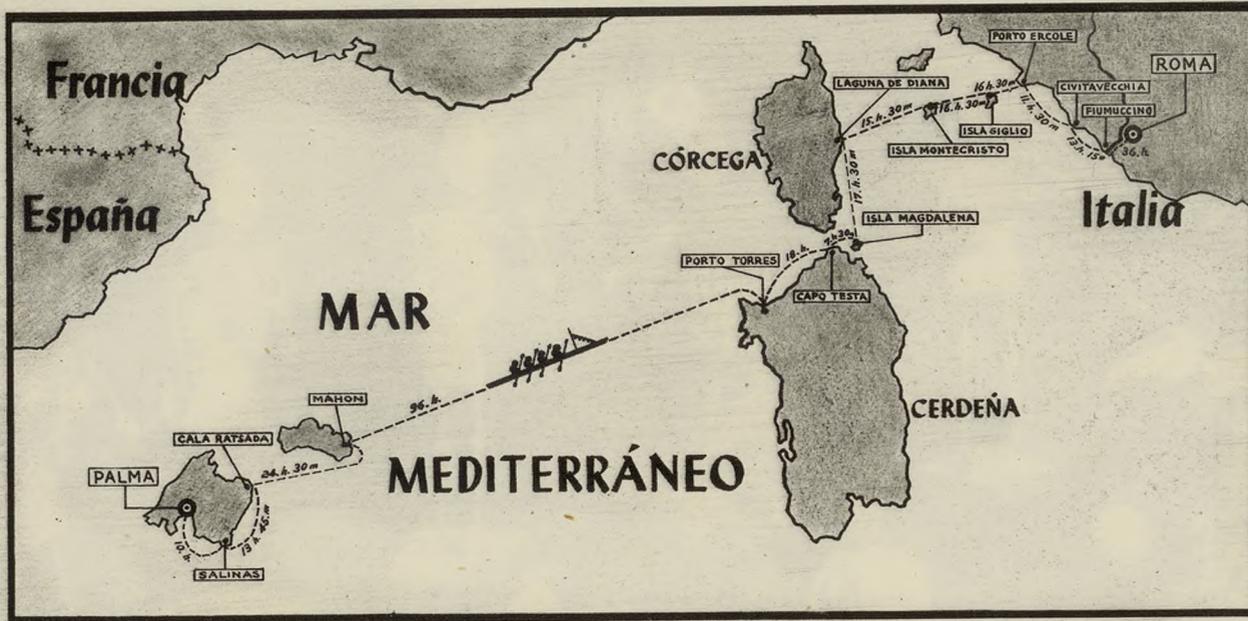
M I G U E L C A S T R O R U I Z
FOTOGRAFÍAS: TOMAS MONTERO TORRES
(DEL I CONCURSO DE REPORTAJES «MUNDO HISPANICO».)



PEBETEROS VIDRIADOS DE BARRO COCIDO, DEL ESTADO DE PUEBLA, DE MANUFACTURA INDIGENA, QUE SE PONEN A LA VENTA EN LAS VISPERAS DEL DIA DE LOS DIFUNTOS.

A ROMA EN PIRAGUA

POR CARLOS PIERNAVIEJA



El lance fué porque un día... se reunieron en un céntrico café madrileño un cuarteto de «viejos marinos» universitarios españoles. Jesús Luque Recio, Hernando Calleja García, Virgilio Hernández Rivadulla y Mariano Sánchez Covisa Carro, eran los personajes de esta escena. Su vieja solera en las filas del Sindicato Español Universitario y su espíritu inquieto, les había llevado a organizar, en anteriores ocasiones, arriesgadas travesías fluviales y marítimas, que habían sido coronadas siempre por el más halagador de los éxitos. En el recuerdo de todos permanecerán grabados los descensos del Tajo y del Ebro, desde Toledo a Lisboa y desde Zaragoza, después de abordar el Mediterráneo, hasta Barcelona, respectivamente; el audaz cruce del Estrecho de Gibraltar, desde Algeciras a Tetuán, siendo esta travesía precisamente la que dió fe de vida, en el mundillo marítimo, de las virtudes y características marineras de nuestros estudiantes, pues no en vano era la primera vez que, en frágiles piraguas, se abordaba la confluencia, siempre peligrosa, del Atlántico y del Mediterráneo.

España tenía que dar una prueba incontrovertible de su fe cristiana y de su catolicidad y ése fué precisamente el motivo, el porqué, por el cual los representantes del Sindicato Español Universitario concibieron la idea de llegar a Roma en la más asombrosa peregrinación que registra la Historia. A la Ciudad Santa se había arribado a caballo, a pie, sobre patines... Los más dispares medios de transporte habían servido para que los peregrinos ganaran el Jubileo. Pero a nadie se le había ocurrido una peligrosa travesía marítima, desde Palma de Mallorca a Roma, en la que la dureza de 1.350 kilómetros, aparte de la violencia de los elementos desatados, iban a poner a prueba el espíritu, la moral y la fe, si, la fe, de los expedicionarios. Tres frágiles embarcaciones de ocho metros de eslora y de ochenta y cinco centímetros de manga, iban a surcar las aguas del Mediterráneo y del Tirreno, dejando atrás las costas españolas de Mallorca y Menorca, «saltar» a Cerdeña, de aquí a Córcega y después de establecer singladuras en Montecristo y Giglio, alcanzar la península italiana en Porto Ercole, para descender hacia Civitavecchia y Fiumicino y, por último, remontando el Tiber, llegar hasta el mismo puente de San Angelo, a unos quinientos metros escasos de la Piazza de San Pietro.

Las ambiciones eran elevadas, no cabe dudar. Con el ferviente deseo de demostrar que España no concede ninguna primacía al resto de los países cristianos, nuestros estudiantes quisieron demostrar palpablemente que a nadie mejor que a ellos correspondía tal honor. Los nombres de la «Virgen del Pilar», «Virgen del Carmen» y «Virgen de Loreto», con el que fueron bautizadas las tres embarcaciones, parecían elevar hacia las alturas una súplica reclamando el amparo de las Patronas de España, de la Marina y de la Aviación. Con el escudo Imperial y del SEU grabados en las mismas y con la más recia moral en los corazones de los dieciocho remeros, la compañía de un capellán de Valladolid, Reverendo Padre Félix Monedero, en la mañana del día 15 de Agosto, festividad de la Asunción, las tres piraguas se hicieron a la mar en busca de la primera etapa: Palma de Mallorca-Salinas. Antes se había seleccionado a los componentes de la expedición. En ella se dió cabida con preferencia a aquellos que, en otros acontecimientos similares, siempre habían estado dispuestos a empuñar el remo, uniéndose o ensamblándose a su veteranía marinera —valga la denominación—, el concurso de un sexteto representativo del Distrito Universitario de Valladolid.

Pretender hacer un estudio técnico de las catorce etapas que constituyeron la travesía, sería inútil. Hoy en día, ese «diario de a bordo» ha perdido toda la actualidad periodística. Interesa, eso sí, conocer que, por lo avanzado de la estación, el cumplimiento del proyecto fué mucho más meritorio. Todo estaba previsto para tomar la salida el día 18 de Julio. Se había buscado intencionadamente una efeméride gloriosa. Sin embargo, por las razones indicadas, tuvo que retrasarse casi un mes. Los marinos «de verdad», fueron los primeros en anunciarnos los posibles peligros que íbamos a correr. «No se puede responder del estado de la mar» —nos decían. «Es mala época» —agregaban. «Hace un mes hubieran encontrado el Mediterráneo como un auténtico lago»... Y así, sus comentarios, lejos de ser optimistas, provocaban en nosotros muchas cavilaciones que tan sólo la firme moral y el alto espíritu que nos animaba nos hacían desterrarlos.

Hablar de que se ha navegado durante diecisiete días y que a lo largo de ellos cada uno de los piragüistas ha dado más de 700.000 paladas, parece que no tiene ninguna importancia, y más, cuando se lleva al lado, un remolcador, el «RR-20», o un destructor, el «Almirante Miranda», por lo que concierne a la Marina Española, o un remolcador de altura, cual el «Atleta», unidad perteneciente a la Marina Italiana. Si, indudablemente, para nosotros era una garantía material, pero, ¿es que los fallos físicos no tenían importancia? Cuando se rema durante más de tres días, como en la etapa Mahón-Porto Torrez, de ciento noventa millas de recorrido, en una ideal línea recta, que nunca se cumple, los dedos llegan a ponerse como auténticas morcillas, las manos se agarrotan sobre el remo, los músculos se envaran, el cuerpo está tullido



↑ Ruta seguida por los piragüistas universitarios españoles en su viaje a Roma, a través del Mediterráneo.

← Los piragüistas del S. E. U., durante su proeza deportiva en la etapa Mahón-Porto Toner

A su llegada a Roma los esforzados piragüistas españoles son recibidos en el Círculo Cantieri. ↓





Las tres piraguas españolas en el río Tiber, en el momento de rendir viaje en la Ciudad Eterna. →

por la postura incómoda que se adopta en la «bañera» de la piragua, el sueño no es fácil de vencer y el sol, el aire y la mar, sobre todo la mar, cuando se encrespa, hacen falta arrollarlos con un caudal inagotable de riqueza física que ni el «RR-20», ni el «Almirante Miranda», ni el «Atleta», pueden proporcionar el «suministro» necesario para nivelar el desgaste. Es el propio individuo el que se abastece a sí mismo y entonces la moral, el espíritu y el firme deseo de vencer, unidos a esa riqueza física de que hablo, son el fundamento de la victoria final. Esta fué sin duda la parte más fundamental de la travesía. Nuestro pánico no se cifraba en las posibles contingencias del mar, ni en el sueño, ni en el agotamiento... Temíamos no llegar a Roma.

Describir lo que se llegó a luchar sería inútil. Eso sólo lo saben los propios interesados y aquellos que, siendo testigos presenciales desde las cubiertas del «Almirante Miranda», «RR-20» y «Atleta», siguieron paso a paso el esfuerzo titánico de los piragüistas. Sin embargo, en la mente de todos quedarán grabadas las etapas de Calaratjada-Mahón y las de la entrada y salida del Estrecho de Bonifacio. En la primera se «peleó» durante veinticinco horas consecutivas y en las segundas se llegó a dominar, a fuerza de brazos, un mar de fuerza siete, mientras el viento, que barria materialmente la cubierta del «Atleta», cegaba a nuestros camaradas que, en más de una ocasión no supieron si navegaban por encima o por debajo de las olas. Esto, contado así, en frío, parece una exageración. Pero para nosotros, que presentíamos los peligros que íbamos a correr antes de salir de Palma de Mallorca, nos da la impresión de que lo hemos soñado despiertos.

El Tiber, mansurrón y tortuoso, también quiso darnos una muestra de su orgullo y, precisamente en las últimas etapas, cuando la luminosidad de Roma nos deslumbraba, las treinta y seis horas que llevábamos sin dormir y la necesidad de arribar a la Ciudad Santa, precisamente el sábado, pusieron aún más a prueba el espíritu de todos, que ya era indómito. Viento, frío, agua y hasta hambre, pasamos a lo largo del caudal del Tiber que, engrosado por las lluvias pertinaces que cayeron sobre Italia durante toda la noche, se resistió a nuestras paladas haciéndonos saborear, gota a gota, el gusto de una victoria que ya teníamos en nuestras manos.

Todo ha terminado. Nuestra peregrinación estaba cumplida. Nos postramos a los pies del Padre Santo, en la Basilica de San Pietro, en la audiencia pública y de sus labios se escapó un susurro de admiración — cuando portado en la silla gestatoria, se inclinó hacia nosotros — al decirnos: «¡Bravo por los españoles!» Después, en Castelgandolfo, besamos su anillo y recibimos de sus egregias manos una medalla que todos llevamos colgada de nuestro cuello. Aquel «porqué», motivo de nuestro viaje, había alcanzado ya un relieve histórico.

Nos faltaba aún lograr una ambición: la de cumplimentar a nuestro glorioso Caudillo. Y Franco nos concedió el honor de recibirnos en El Pardo. ¿Qué más podíamos pedir? Nosotros habíamos salido de Madrid sin ambicionar nada, absolutamente nada. Ya dije que nos habíamos impuesto un acto de servicio por propia voluntad, y con nuestras manos aún maceradas por los días de remo, estrechamos la suya recibiendo, con la más viva emoción, la felicitación de aquel que, precisamente, había forjado una nueva juventud y que en los días de mayor gloria de la Historia de nuestra Patria, tampoco concedió importancia a sus triunfos militares y políticos.



Los remeros universitarios, curtidos por los vientos de la durísima travesía, se agrupan y hacen un descanso en alta mar. (Foto tomada desde un buque acompañante.) →

TRUJILLO

ANCHA ES CASTILLA, PERO HONDA Y DURA ES EXTREMADURA. POR SUS RASTROJERAS CORRE EL INVISIBLE INCENDIO de sus ánimos; por sus berrocales ansia de águila real; por sus encinares la voz, vocación de la historia. En torno a Trujillo, el berrocal lo es por excelencia y denominación. Hombre sobre cantería, los caracteres son enterizos. Lo pensado ha de ser obrado, lo soñado ha de ser vivido. Pero lo soñado ha de ser grande. Los sueños pequeños nacen a la sombra de lo fácil, lo tierno o lo frívolo. Mas a la sombra de la encina áspera y épica, sobre la relumbre de los canchales, sobre la tierra en sementera o sobre los rastrojos heridos de locura ustoria del sol, hay que soñar a lo inmenso hacia dentro o hacia fuera, o no soñar. El fuera extremeño ha sido un mundo al otro lado de la mar oceana. Una gran región del mismo, ha salido de Trujillo, de la sesera, la tenacidad, el brazo y el corazón de Pizarro. Extremadura, por el sol, por el suelo y por el hombre, es solera y vehemencia de España. Sólo hay momentos de gran tono extremeño cuando los hay de gran tono español. Entonces vale la pena soñar y realizar, cueste lo que cueste, lo soñado. En esto está desde siempre Extremadura, en esto estuvo Trujillo con Pizarros, Garcías de Paredes, Alvarados, Carvajales... De sus berrocales ásperos salieron estos hombres de espíritu.

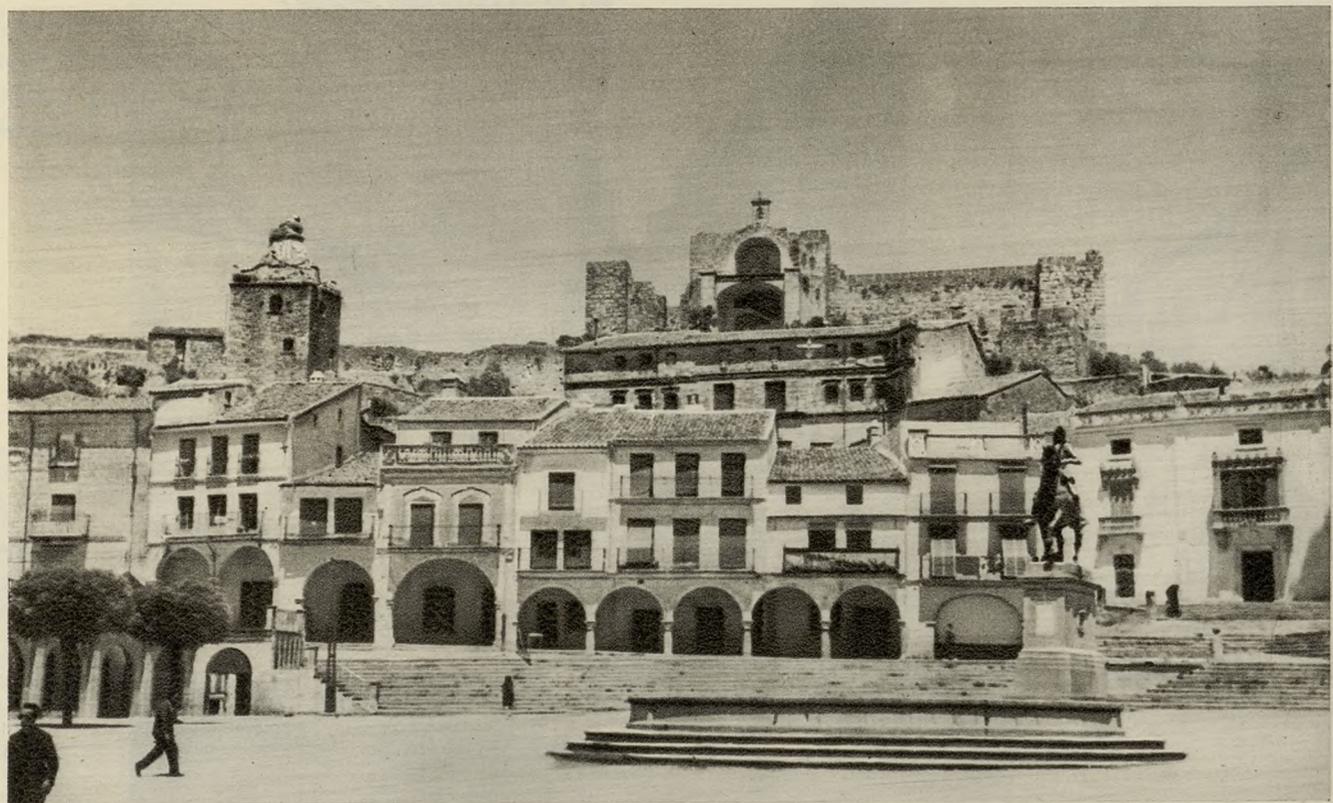


← ESTE es Trujillo hacia abajo. Es la ciudad nueva extendiéndose hasta los barrios, bajando a la llanura ancha, abierta, camino tal vez de Logrosán y Guadalupe donde el secreto de la hispanidad habita. Arriba queda la villa antigua con sus cimientos primitivos, romanos y medievales en superposición y buena traba. Por las entradas de la ciudad aún se mueve el aire que arremolinaron los héroes al salir para sujetar tierras lejanísimas, cuando... los extremeños nacían en Extremadura.



↑ TRUJILLO EMPIEZA ¿CUANDO? Y DURA siempre. La arquitectura, impronta del hombre sobre la piedra y la edad, tiene casi todos sus estilos en la breve ciudad trujillana. He aquí un aspecto del barrio gótico con las torres de Chávez Sotomayor y de la parroquia de San Martín. Pero por la época de la Conquista americana, Trujillo termina de hacerse como ciudad en cuanto a fisonomía en el tiempo, esto es, en cuanto a formas típicas arquitectónicas. Desde el XVII, Trujillo es igual a sí misma «repetidamente igual», como la ha cantado el grave y fino numen de Leopoldo Panero: «Sola, aguileña, caída —de muro en muro su edad, —deshabitada del tiempo, —vuelta al reposo natal —de su historia y de su sino, —insomnio en pic, la ciudad —es, como el agua en el río —repetidamente igual», dijo el poeta.

ESTA ES LA PLAZA. PIZARRO ESTA AHI, y avanza hacia el centro de esta plaza lugareña, plaza de armas, fuerte, palestra, palenque para torneos y para juicios de Dios y para espectáculos de los hombres. Los caballeros vivían de la plaza hacia arriba, en la villa alta, roquera y bélica. Hay un graderío hacia la plaza, una plaza de armas tomar y de historia hacer. En lo alto, el alcázar de los Bejarano. En el castillo, la Virgen de la Victoria. He aquí la plaza con todo lo que debe tener: su pilón, como lugareña; su cuadratura como municipal; sus soportales como tradicional; sus palacios en torno como aristocrática; sus torres medievales hacia arriba como antigua; su gradería hacia la iglesia y la fortaleza como patio de fiestas y de espadas; su Pizarro, más perenne que el bronce, como matriz de historia; y su extremado y extremeño sol en julio. →





← SOL Y SOMBRA DURCS SOBRE LA PLAZA TRUJILLANA, única en el mundo. Es una vista parcial, pero a través del ojo seguro y ordenador de un arco de los soportales. De la plaza hacia abajo se extenderá la ciudad moderna, burguesa, comercial, artesana, con islotes solariegos. Porque la plaza de Trujillo está en medio separando y uniendo todo. Hay que subir a ella desde los barrios, hay que bajar a ella desde las fortalezas, hasta este punto ensamblador de milicia y municipio. Pizarro, miradlo, hiende el aire airosamente. ¡Por Hércules!, no hay que estar en reposo cuando llama un mundo a través del oscuro rumor de un océano. Se lo ha dicho así al César: «por engrandecer vuestra corona, por engrandecer *nuestra* nación».



ESTE ANGULO DE LA SOBERANA PLAZA DE TRUJILLO se cierra con la parroquia de San Martín, gótico plateresco y con sus bolas herrerianas. Las cigüeñas, la tradición, la constancia y la continuidad, viven sobre sus torres. Un día vieron partir a Pizarro. Hoy lo ven minuto tras minuto, sujeto por el bronce que quisiera ser nervio, sobre su caballo también rígido.



← ARCO DE SANTIAGO ENTRE LA TORRE DEL palacio de Luis Chaves y el campanario de la Parroquia de Santiago, del siglo XIII. En el palacio de Chaves vivieron varios meses doña Isabel y don Fernando y allí se concertó el protocolo de la unidad española. Para esta España que nacía a la grandeza por la unidad, Trujillo estaba dispuesto a todas las hazañas. Un Pizarro será capitán en Italia, pero un hijo suyo será capitán general en el Perú y *Marqués de la Conquista*. Los héroes de Trujillo aspiraron siempre más a gloria que a tesoros. Ennoblecen y ennoblecerse, ésta es la consigna y la ambición de los extremeños, «sufridores de trabaxos y que suelen emprender cosas temerarias que parece que exceden al ser natural».



Iglesia de Santos Justo y Pastor.



Iglesia de San Manuel y San Benito.



Palacio de Comunicaciones.

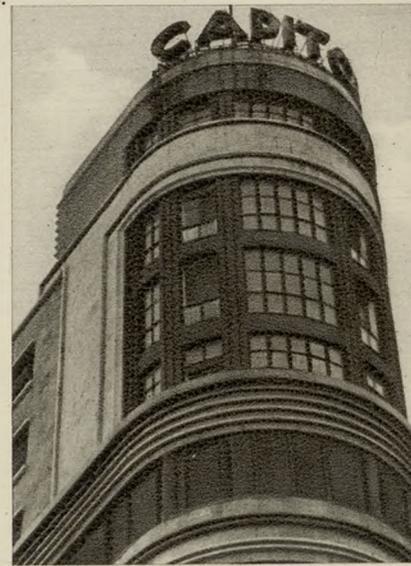
MADRID, DE TEJAS ARRIBA

HOY el cronista de Madrid ha decidido subirse a los tejados de la Villa y Corte para hablar de las cosas «de tejas arriba», o mejor, de azoteas arriba. No se trata, como pudiera suponer algún lector, de destapar a imitación del travieso y donoso «Diablo Cojuelo» —tan madrileño y castizo él— las viviendas, ni de oler y fisgar intimidades hogareñas por claraboyas y patios de vecindad.

Tampoco vamos a ocuparnos de las cosas «de tejas arriba», en el sentido teológico de esa frase popular, tantas veces empleada por «Clarín», sino de algo más simple y estrictamente terrenal; de lo que está ciertamente de tejas arriba, pero sólo a unos cuantos metros sobre el nivel medio de los tejados. Se trata de los remates, cúpulas y veletas, que se destacan sobre el ondulado y geométrico «paisaje» de los techos de Madrid.

El cronista, un tanto saturado de las cosas de tejas abajo, quiso otear horizontes de tejados, para ver de cerca esa abundante y pintoresca fauna —entre heráldica y mitológica— de las torres y veletas de Madrid, que va desde el plantigrado con el madroñal —símbolo heráldico de la Villa— veleta que a pesar de sus doscientos kilos de peso gira con el más leve céfiro gracias a un ingenioso mecanismo, hasta esa loba romana que amamanta a Rómulo y Remo sobre un conocido hotel, las cuadrigas de piafantes potros de bronce que rematan el edificio del Banco de Bilbao en la esquina de Alcalá y Sevilla, con sus buenas doce toneladas de bronce por cuadriga, conducidas por unos Mercurios de cuatro metros de estatura, y el popular remate de «El Fénix», un pájaro de grandes dimensiones, sobre el que cabalga un gentil efebo y que a la entrada de la Gran Vía abre su vuelo mítico, y es como la nariz identificadora en el rostro de Madrid. También son notables los Pegasos que coronan el Ministerio de Fomento.

Y si abandonamos los remates escultóricos más populares para dirigir nuestra mirada a las torres y cúpulas características de Madrid, necesariamente hemos de destacar ese campanario civil que cobija el reloj de la Puerta del Sol, el más popular de todos. Las cúpulas neoclásicas llamadas también de estilo herreriano madrileño, como las de la Casa de la Panadería, en la Plaza Mayor, las de la Casa de la Villa y la de Las Calatravas, en la calle de Alcalá entre otras. La barroca de Montserrat, en la calle ancha de San Bernardo, la medieval torre de los Lujanes, célebre por haber sido prisión del Rey Francisco I, de Francia, y otras muchas más modernas de diferentes estilos, como las Iglesias de San



Capitol (Gran Vía).



Telefónica (Gran Vía).



Rascacielos (P. España).

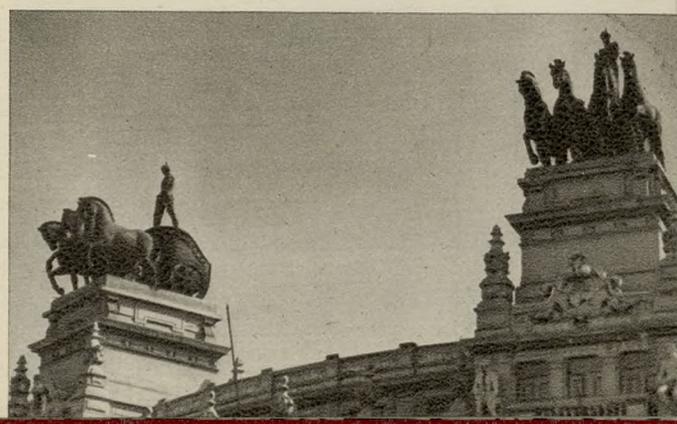
Ministerio de Obras Públicas.



Antiguo Hotel Roma (Gran Vía).



Banco de Bilbao.





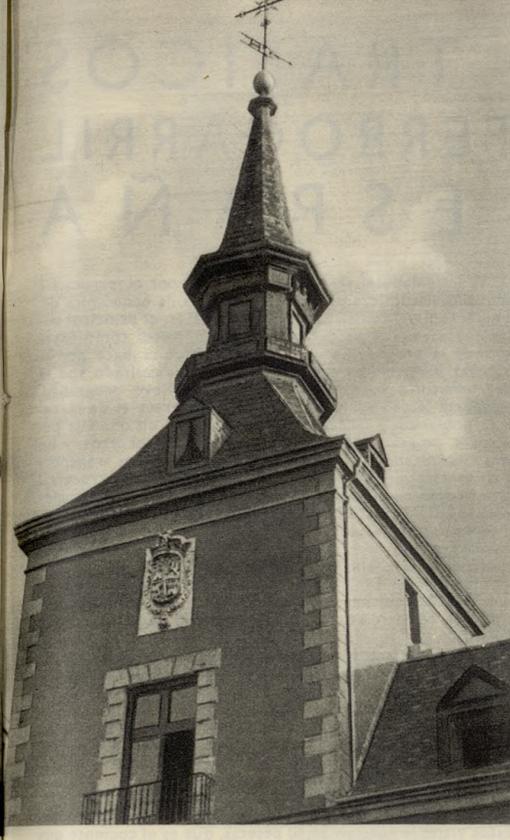
Reloj —y su bola— de la Puerta del Sol.



Casa de la Panadería (Plaza Mayor).



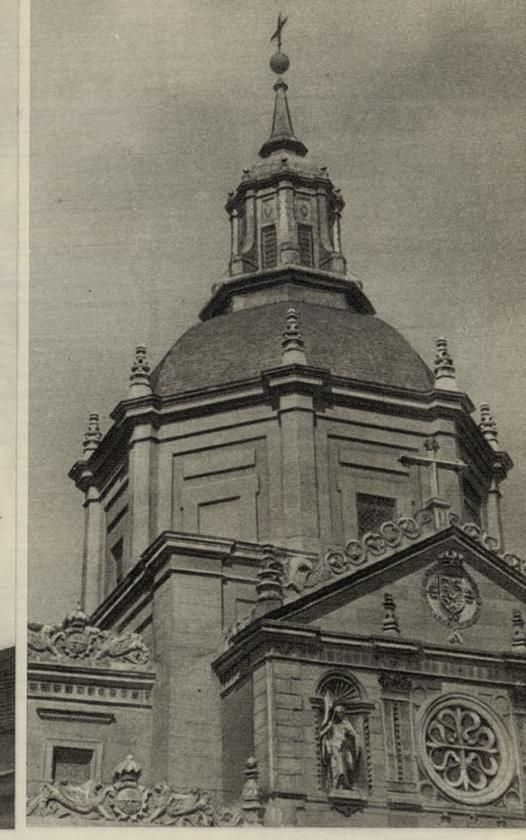
Casa de la Villa (Ayuntamiento).



Casa de la Villa (Ayuntamiento).



Palacio de Santa Cruz (M.º A. Exteriores).



Iglesia de las Calatravas (Alcalá).

Manuel y San Benito, Basílica de Atocha, Iglesias de San Justo y Pastor, San Francisco el Grande, Buen Suceso y otras muchas de menor importancia. Estas torres, con los remates del Palacio Real y otros edificios civiles y populares, han sido durante varias centurias las que caracterizaron el horizonte urbano de Madrid. El Madrid de tejas arriba.

Para el Madrid actual es obligatorio volver a la Gran Vía. Toda la arquitectura del Madrid moderno, arquitectura cúbica y universal de gran trasatlántico, giraba hasta ahora en torno al palo mayor de la Telefónica, pequeño «rasca-

cielos» de catorce pisos y 80 metros, con un remate neobarroco levantado en la Red de San Luis en 1920. Pero desde ahora, el barco de Madrid tiene dos palos. El otro es el edificio comercial «España», de 26 pisos y 100 metros de altura, el más alto de Europa —de hormigón armado, se entiende— y de colosales proporciones. Muy por debajo de estos dos remates de Madrid quedan los edificios de la Prensa y Capitol, en la Plaza del Callao y el de un Banco, también en la Gran Vía, rematado en la estatua de una diosa de bronce de grandes dimensiones que no tiene más gracia que el estar firmada por Victorio Macho.

Antes de terminar nuestro paseo sobre los tejados de Madrid, recordemos algunas de las nuevas cúpulas que en estos años se están destacando sobre el horizonte urbano de Madrid. En primer lugar citemos las dos torres nuevas, en todo idénticas a las antiguas, también madrileñas, que le han sido agregadas al Palacio de Santa Cruz, antigua cárcel de Corte y actual Ministerio de Asuntos Exteriores. Todavía más recientes, tan recientes que algunas están dentro de sus embalajes aéreos, destacan las cuatro torres del nuevo Ministerio del Aire, en la Moncloa, y la del Museo de América, en la ciudad Universitaria,

que modifican la silueta de Madrid, para quienes lleguen a él por la carretera de La Coruña. Esas y otras torres de iglesias nuevas o restauradas, surgidas en estos años, sobre los techos de Madrid —nuevas y graciosas veletas para devanar, bajo el cielo velazqueño de la capital de España, esos finos vientos que para ella fabrica expresamente el Guadarrama— son las que han cambiado, más ostensiblemente, su externa topografía de mamposterías.

L U C A S G O N Z A L E Z H E R R E R O

Torre de los Lujanes (P. de la Villa).

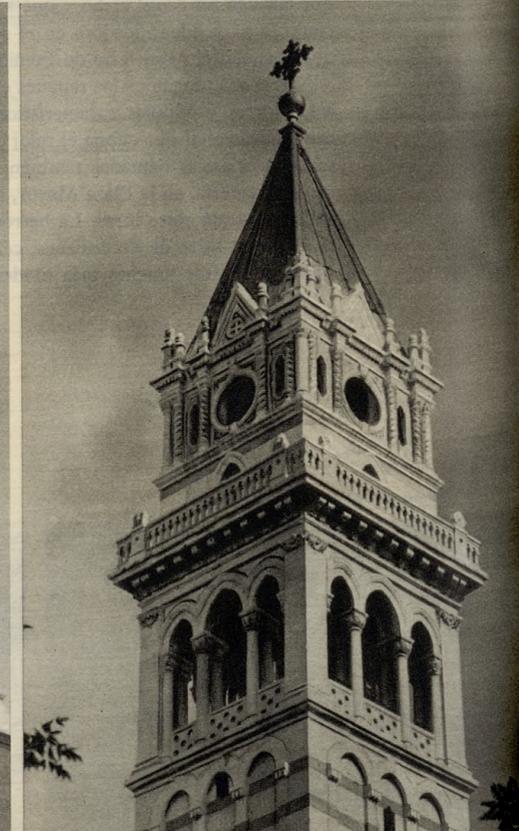
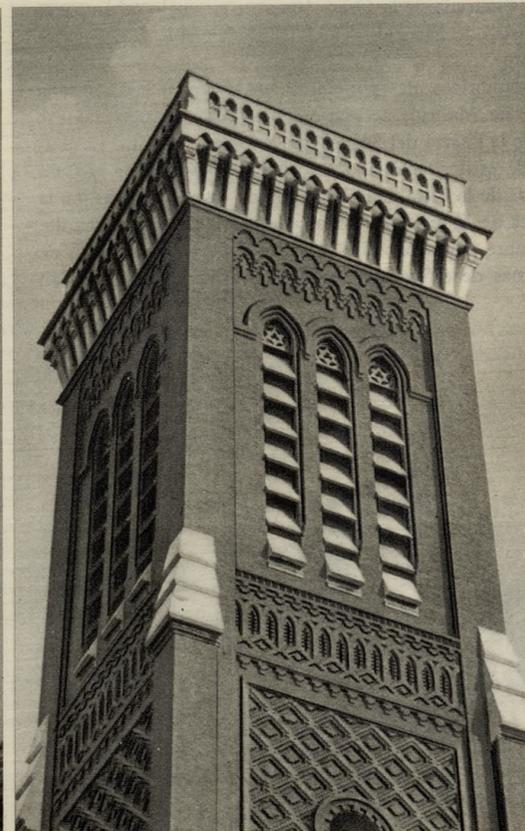
Iglesia de Santa Cruz (Atocha).

Basílica de Nuestra Señora de Atocha.

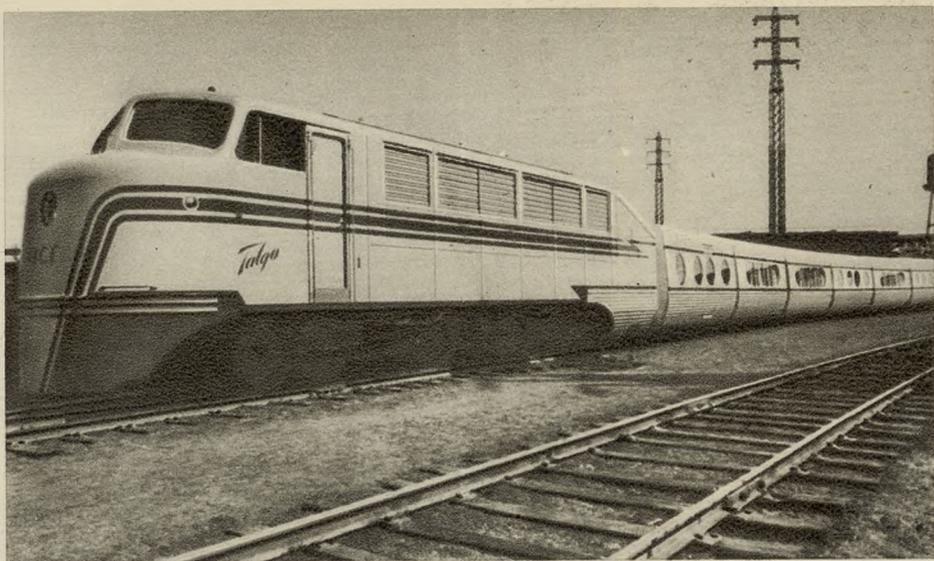
San Manuel y San Benito (Alcalá).

Iglesia de Nuestra Señora de Montserrat.

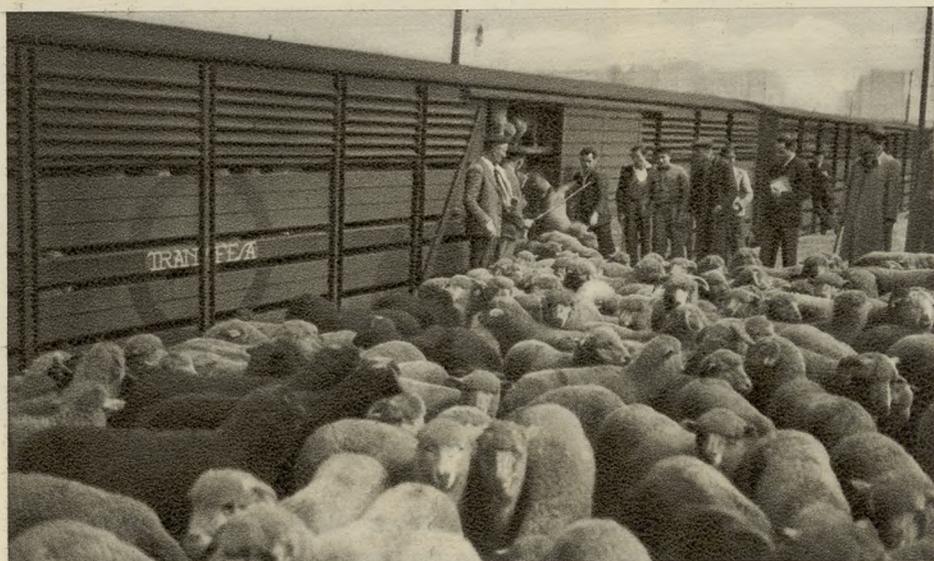
La Unión y el Fénix Español (Alcalá).



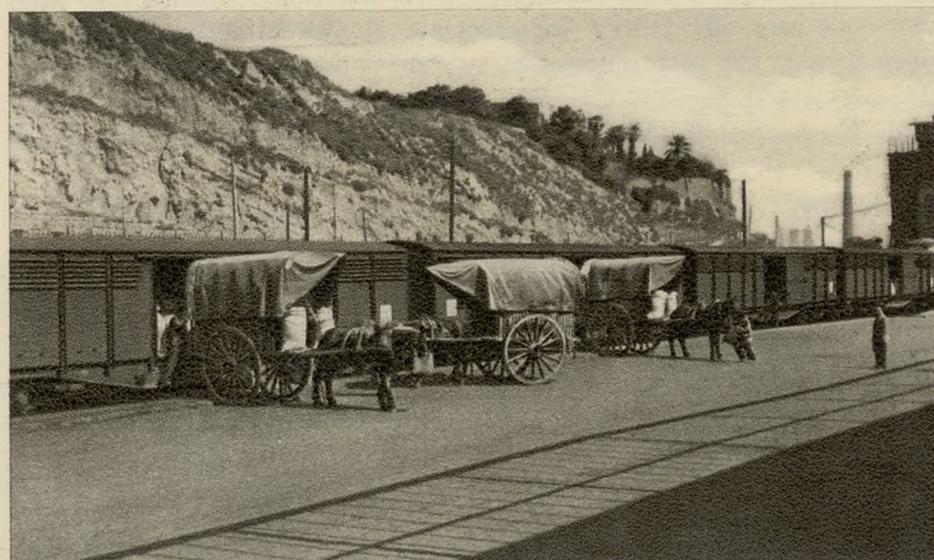
LOS TRAFICOS DEL FERROCARRIL EN ESPAÑA



El moderno y lujoso tren «Talgo», que presta servicio entre Madrid y Hendaya.



Vagones de un tren puro de ganado descarga su mercancía en una estación.



Desde los centros agrícolas la mercancía va en trenes puros a las zonas de consumo.



Tren puro de material metálico, frenado, para el transporte de abastecimientos.

EN todos los países, la actividad del transporte realizado por el ferrocarril refleja, directamente, la naturaleza e intensidad de la vida económica de la nación, ya que el ferrocarril constituye, en todas partes, el principal sistema de transporte. Más acusadamente se da este hecho en países como España, en donde es muy grande la proporción del transporte que se hace por la vía férrea. Las circunstancias particulares que producen este resultado son la misma configuración del territorio nacional, con acusado relieve orográfico, que si hace difícil el transporte férreo, dificulta también y encarece el de carretera; la distribución de la población y de las zonas productoras en una faja periférica a lo largo de la costa, de gran población densa y rica en recursos, y un centro consumidor, cuyas circunstancias exigen que la mayoría de los transportes hayan de hacerse a distancias medias o largas. Es sabido que el ferrocarril es el medio de transporte propio para las largas distancias. Además, las actuales circunstancias económicas españolas vienen imponiendo un régimen de restricción en los productos de importación, como son los carburantes, cubiertas y otros artículos indispensables para el transporte automóvil, y los propios vehículos en los que ha de realizarse. Todo ello produce el resultado de que, actualmente, los ferrocarriles efectúen en España más del 70 por 100 del tráfico de viajeros y más del 85 por 100 del de mercancías. Se comprende, por lo tanto, que la actividad del tráfico ferroviario sea, como al principio decimos, un reflejo fiel de la vida del país.

En el año de 1949 se han registrado en los ferrocarriles españoles de vía ancha un número total de 110 millones de viajeros transportados. De estos viajeros, el 2,5 por 100 corresponde a primera clase, el 11,6 a segunda y el 85,5 a tercera.

El recorrido en kilómetros, por término medio, de cada viaje efectuado, ha sido en el mismo año, de 66,2 kilómetros; esta cifra es algo superior a la que se obtiene en países europeos de análoga extensión superficial, en razón a las circunstancias de las que hemos hecho mención.

Teniendo en cuenta la cifra de población últimamente censada, que es de 28,6 millones de habitantes, resulta que el español medio efectúa al año 3,85 viajes por ferrocarril. Estos viajes le cuestan 34,40 pesetas, que es el cociente que se obtiene de dividir los ingresos totales por viajero obtenidos por los ferrocarriles en el año 1949, por aquella cifra de población.

El transporte de mercancías que hicieron los ferrocarriles en el último año, alcanzó una cifra total próxima a los 25 millones de toneladas, y el número de vagones cargados en el mismo año, fué de 3 millones. El recorrido medio de las mercancías transportadas, fué de 227 kilómetros, acerca de cuya cifra podríamos dar una explicación parecida a la que se ha dado sobre el recorrido medio de los viajeros.

Un examen detallado de la naturaleza del tráfico de mercancías efectuado, lo podemos hacer examinando las cifras de vagones cargados con cada una de las clases de mercancías, ya que un 70 por 100 del total de los cargues se ha hecho por vagones completos y puede clasificarse por la naturaleza de la mercancía cargada.

Nos encontramos con que el principal de los tráficos de mercancías que desarrolla el ferrocarril en España es el del carbón, del cual se cargaron el 15 por 100 del total de vagones en el pasado año. Esto supone que más del 60 por 100 de la producción carbonífera de España se transporta por ferrocarril.

Siguen en importancia, con cifras de vagones cargados en el año superiores a los 80.000, cada uno de los tráficos de cemento, mineral, materiales de construcción y madera. También estas mercancías son de las que se transportan muy preferentemente en ferrocarril. El cemento, por ejemplo, puede calcularse que se transporta, en más de la mitad de la cifra producida, por vía férrea.

Aparecen después, con cifras de vagones cargados comprendidas entre 70.000 y 80.000, los piensos, la remolacha y los abonos. La remolacha azucarera que se produce en España en cantidad del orden de los 12 millones de quintales al año, se transporta por ferrocarril desde las zonas productoras a las fábricas azucareras, en una proporción de un 70 por 100, aproximadamente. Después del ganado, tanto en vivo y trashumante, como en ganado de abasto y leche, con el que se cargó en total una cifra de 59.000 vagones, aparecen por orden de importancia los cargues correspondientes a los artículos comestibles de mayor producción en España: aceite, patatas, naranjas, cereales y harinas, con cifras de cargues de vagones que descienden desde los 50.000 vagones para el aceite, a los 20.000 para la harina. Cifras también superiores a los 20.000 vagones cargados, se registran en los tráficos de leche y de carbón vegetal. Y siguen, por último, los tráficos de algunas otras mercancías que se producen en España, en menores cantidades y cuyos tráficos, efectuándose también en gran proporción por el ferrocarril, son consecuentemente menores; tales son la sal, con 12.000 vagones cargados; el esparto, con 11.000; el corcho y el azúcar, con 9.000; el vino, con 8.000; el arroz, con 5.000; las legumbres secas, con 4.000, y el pescado, con 3.000.

La preponderancia de la producción agrícola sobre la industrial en España, queda reflejada en estas líneas, si bien hay que aclarar que la natura-

leza de los cargues a que da lugar la producción industrial, hace que ésta no se haga tanto en régimen de vagones completos, a los que corresponde la clasificación por naturalezas de mercancías, reflejada en las cifras que acabamos de dar.

Estos grandes tráficos que hemos indicado, se atienden por el ferrocarril en España, en todos los casos en que ello es posible, con material móvil apropiado, y en régimen de transporte de trenes puros. Se obtiene con ello la mejora posible de las condiciones de transporte y la reducción del tiempo del mismo, resultado que es tan interesante en el transporte de muchas de las mercancías, en especial las de abasto.

Las fotografías que ilustran estas líneas completarán, mejor que lo que pudiéramos decir, la idea de cómo se realizan, prácticamente, los grandes tráficos de viajeros y de mercancías en los ferrocarriles españoles.



«Containers» que utiliza la RENFE para el transporte de ciertas mercancías.



CENTENARIO
DEL
GENERAL
SAN
MARTÍN

COLABORAN

Violeta Angulo • Ignacio
B. Anzoátegui • Gral. Ber-
múdez de Castro • Floracio
J. de la Cámara • Sergio Delgado • Carlos
Ibarguren • Ricardo Leyens • M.^a Elena
Ramos • Héctor Sáenz Quesada •
Sebastián Souyiron • Juan
Focchi • Jaime Eyzaguirre

Castro-arines



EL MOMENTO HISTÓRICO EN QUE SAN MARTÍN DECIDIÓ SALIR DE ESPAÑA

EL momento histórico en que San Martín decidió salir de España, dirigirse primero a Londres y entrar en Buenos Aires (en marzo de 1812), acusa la cualidad que siempre caracterizó su genio político: una aguda visión sobre la aguda y el destino del Continente.

Hasta entonces en España no se creía, en general, que la Revolución de Mayo tuviera por fin la Independencia. En vano los españoles de Buenos Aires y Montevideo, instituciones como la Audiencia y autoridades como las de Salazar y Soria pedían el envío de un Virrey, "pero que sería inútil el viaje si no llevaba fuerzas suficientes"; proclamando a voces que se trataba de una revolución emancipadora, en tanto el Gobierno de España decía, suave y débilmente, que en el movimiento de estas Provincias "no había malignidad o indiscreción de un nuevo sistema".

Contribuía a sostener esa opinión común en la Península la circunstancia de que se invocaba en los documentos oficiales de Buenos Aires la obediencia al Rey preso.

Hoy puede afirmarse, sobre la base de los estudios realizados en la Península últimamente, y entre nosotros, relacionados con la prensa de España en la época de la Independencia, en 1810 y 1811 (1), que el Gobierno peninsular reducía a su menor importancia la insurrección del Nuevo Mundo y que el Gobierno británico aparecía también en la prensa como su fiel aliado. Los que creían principalmente en los impulsos revolucionarios de América eran los franceses, en ese momento los enemigos contra quienes peleaban los españoles en la Península. Pero cuando asomó la manifestación del pueblo americano por la emancipación—lo mismo de España que de Inglaterra y Francia—, no pocos de los americanos que peleaban en la Península junto a España dejaron de hacerlo, respondiendo al sentimiento acendrado de la Patria de origen.

Entonces San Martín dió muestra de su grandeza de alma, al renunciar a su brillante carrera militar en la Península, en holocausto de la causa americana.

No me detengo a rebatir las versiones calumniosas, exteriores e interiores, de San Martín que han afirmado como razón profunda de su salida de España "una devorante ambición" por escalar los altos cargos, o que la idea inspiradora del viaje no fué su amor al suelo natal, sino el consejo de un general inglés, de los que deseaban la emancipación de Sudamérica para las necesidades del comercio británico (2).

Tampoco es exacto que San Martín se embarcara con destino a Inglaterra y América porque había creído que España estaba perdida, como se ha dicho y repetido, convulsionada y en estado de crisis política. El historiador que ha sostenido esa tesis es G. Gervinus, en su

Historia del siglo XIX desde los Tratados de Viena (1) (la edición alemana es de 1855 y la de París es de 1865), que al ocuparse de la Guerra de la Independencia de la América Española y de San Martín recomienda la consulta de los historiadores Miers, Stevenson y María Graban, que, como se sabe, son autores que se inspiraban en el pirata Lord Cochrane. Además es pobre e inconsistente el argumento desde todo punto de vista, porque quien lo afirma admite la idea simplista de la destrucción, por imperio de la fuerza, de un Estado histórico con personalidad propia como España, y porque vuelto al trono el Rey Fernando VII, oportunidad en que hubo mayor peligro, se preparó el Ejército de los Andes, formulóse la declaración de la Independencia y se inició la ofensiva general en América.

San Martín había actuado en la Península en guerra regular y de guerrillas durante veintidós años, combatiendo "bajo sus banderas contra moros, franceses, ingleses y portugueses, por mar y por tierra, a pie y a caballo, a campo abierto y dentro de muralla"... "El discípulo era un maestro en estado de dar lecciones" (2).

Ahora, convencido que la Revolución de Buenos Aires lo era por la Independencia, ya no podía seguir peleando desde España contra su Patria naciente. Y tal fué la razón por virtud de la cual San Martín y otros argentinos ilustres vinieron a ofrecer su espada a la causa de Mayo, como he dicho.

"Al abandonar mi fortuna y mis esperanzas—expresó San Martín refiriéndose, en un rasgo magnánimo, a los bienes que renunciaba—, sólo sentía no tener más que sacrificar al deseo de contribuir a la libertad de mi Patria."

Esta salida de España no fué subrepticia, habiéndose esclarecido que lo hizo con amplia autorización por un decreto del Consejo de Regencia de España y visado su pasaporte por el representante del Gobierno inglés, Lord Fife, residente en Cádiz, ciudad donde se efectuó una reunión de americanos, resolviendo que sus miembros regresarían cada uno al país de su nacimiento.

San Martín confió a Lord Fife su decisión de pasar a América, y este amigo le proporcionó, por recomendación, pasaje en un bergantín de guerra inglés hasta Lisboa, ofreciéndole con la mayor generosidad sus servicios pecuniarios, que aunque no fueron aceptados—ha dicho el propio San Martín—no dejaron nunca de ser reconocidos (3).

(1) Jaime Delgado, *La independencia de América en la prensa española*. Madrid, 1949, pág. 19.

(2) Juan B. Alberti, *El origen de la guerra*, edición del Consejo deliberante de Buenos Aires, 1934, pág. 106.

(1) G. Gervinus, *Histoire du dix-neuvième siècle depuis des Traités de Vienne*. Paris, 1865, t. VII, pág. 2. Como digo en el texto, la edición alemana de Gervinus es de 1855.

Este autor es quien agrega que: "Una devorante ambición se hallaba oculta en el fondo misterioso de su alma, de manera que nadie podía descubrirla", pues en el Río de la Plata sus servicios serían de un precio inestimable.

(2) B. Mitre, *Historia de San Martín...*, cit., tomo I, pág. 119.

(3) "Apéndice. Contestación a las preguntas del general Miller", en "un documento de San Martín con referencias históricas", por Alfredo G. Villegas. (*Anuario de la Sociedad de Historia Argentina*. Buenos Aires, 1947, t. V, pág. 367.)



El pedido de retiro de San Martín después de haber prestado veintidós años de servicio "con sólo uso de uniforme de retirado y fuero militar", lo hizo con destino a la ciudad de Lima, "para atender a sus intereses y cuidar de la subsistencia de dos hermanos que deja en los Ejércitos de la Península" (1).

La causa invocada para su salida era una excusa necesaria y obligada en virtud de su posición revolucionaria. El pedido de retiro obedecía a un alto objetivo y no para realizar un viaje a Lima, donde no tenía intereses que defender, aunque esa referencia a la ciudad del Perú haya alcanzado, con el desenvolvimiento de la trama de los sucesos, el significado de un símbolo, porque aquel distrito del Virreinato del Perú era el corazón y la política de América Hispana, el escenario de las últimas campañas libertadoras de este Continente.

Venía a Buenos Aires para combatir por el mismo ideal político con que lo había hecho en la Península: por la independencia, ahora en favor de los pueblos de un mundo nuevo creado por España.

Como era lógico esperar, en el fragor y estruendo de las batallas se cruzaron contra la metrópoli palabras terribles como proyectiles, pero no fueron pocas las oportunidades en que San Martín ha vuelto a evocar sentidamente la imagen de la Madre Patria: en bandos, como gobernador de Cuyo, llamando a los españoles a la paz; en el oficio, seis días después de Maipú, en que proclamó los derechos de los vencidos; en las entrevistas de Miraflores y de Punchanca; en el nuevo oficio de 19 de noviembre de 1820, en que invita al Virrey Pezuela "a hacer la guerra con humanidad, ya que hasta aquí no hemos podido hacer la paz, sin contrariar los Gobiernos libres de América"; en su actitud caballeresca con el citado Virrey Pezuela, cuando se conocieron personalmente por una circunstancia inesperada, episodio hoy documentado; e igualmente en la conferencia con el Virrey La Serna, a quien le manifestó "que la independencia del Perú no era inconciliable con los más grandes intereses de España", anticipando—con visión iluminada del porvenir—la trascendencia de la Unión de los Estados Libres de Hispanoamérica al decirle que eran "relaciones fundadas en la concordia permanente entre hombres de la misma raza, que hablan la misma lengua y sienten con igual entusiasmo el generoso deseo de ser libres".

Puede agregarse que sus últimos planes fueron los de gestionar el reconocimiento de la independencia de estos Estados por parte de España—pues se escribía a este fin con un hermano suyo, que era oficial primero de la Secretaría de Guerra en la Península—, y después de abdicar en el Perú, ofrecía sus servicios desinteresados al Presidente José de la Riva Agüero para desempeñar esa misión "con el honor que nos es propio".

Explicación histórica sobre las raíces hispanas del americanismo y

(1) José Pacífico Otero, *Historia del libertador D. José de San Martín*. Buenos Aires, 1932, t. I, pág. 190; Augusto Barcia Trelles, *San Martín en España*, cit., t. II, páginas 291 y 309.

del amor a la libertad en el Nuevo Mundo dada por San Martín, que poseía en su corazón "como ningún otro la reserva de la raza de Peñayo", según escribió Manuel de Olazábal, el que había sido su antiguo cadete en el Regimiento de Granaderos a Caballo y fué a esperarlo a su regreso del Perú en la cumbre de la cordillera.

Ya en Londres, San Martín se vinculó al núcleo de los revolucionarios de América, incorporándose a la asociación secreta Sociedad Lautaro, fundada por Francisco Miranda, de la que existía un núcleo en Cádiz. Allí había prestado juramento Bolívar e hizo lo propio San Martín.

En sus entrevistas con Manuel Moreno y Tomás Guide—los dos jóvenes secretarios de Mariano Moreno, fallecido en alta mar, que serían después: el uno, su inesperado adversario, y el otro, su dilecto amigo—San Martín confirmó todas las noticias demostrativas de que la Revolución de Mayo era un movimiento emancipador, como he dicho, aunque había entrado ya en un estado de crisis interna, desde la conferencia de 18 de diciembre de 1810, que operó el cambio de la Junta Provisional en la Junta Grande al Consejo de Guerra.

San Martín también ha hecho la crónica de esta época de su vida en la carta al general Ramón Castilla—de 11 de septiembre de 1848—, en que dice que, como él, había servido en el ejército español hasta el grado de Teniente Coronel de Caballería desde la edad de trece a treinta y cuatro años, y recuerda su llegada a Buenos Aires a principios de marzo de 1812.

Fué recibido por uno de los vocales "con favor (se refiere a Juan Martín de Pueyrredón, en cuya oportunidad nació una amistad histórica), y con los dos restantes con una desconfianza muy marcada". Con pocas relaciones de familia en su propio país—explica—sufrió ese contraste con constancia.

En los diez años de su carrera pública "en diferentes mandos y estados", agrega en seguida, la política que se propuso seguir fué invariable "en dos solos puntos", revelando así que era un hombre capaz de trazarse un sereno plan de ideas directrices y seguirlo en la acción, pero con la libertad indispensable para hacer posible su cumplimiento.

Esas dos ideas políticas superiores fueron: no mezclarse en los partidos "que alternativamente dominaron en aquella época" en Buenos Aires, a los que había contribuido, él lo dice, su ausencia de la capital por espacio de nueve años y contemplar "todos los estados americanos en que fuerzas de mi mando penetraron, como Estados hermanos".

Fueron ideas políticas superiores, he dicho, pero fueron ideas puras, a las que se mantuvo fiel; ideas incontaminadas de todo interés personal y de toda ambición de mando por el mando mismo.

La década histórica de su actuación en América ha proyectado luz retrospectiva sobre el pensamiento que le movió a dejar España a este caballero andante de la Independencia, dejando ver el diáfano origen de los sentimientos de quien dijo "que sólo sentía no tener más que sacrificar al deseo de contribuir a la libertad de la patria".

R I C A R D O L E V E N E

(Presidente de la Academia Nacional de la Historia, de Buenos Aires)



Gabriel

Yo sé que una buena parte de vosotros (perdonadme, españoles, estamos hablando entre nosotros) cree que el general José de San Martín fué un traidor, un traidor públicamente convicto y confeso del crimen de lesa patria española. Empiezo entendiéndome con esa mala parte de vosotros; efectivamente, San Martín perteneció a la patria española—y si no, que lo griten entre llamas las almas de los franceses muertos por él en Bailén—; perteneció a la patria española y sigue perteneciéndole, porque, separando administrativamente a América de España, salvó a España en América. Como Portugal trasladara su corte a Brasil para salvaguardar la dignidad del reino, San Martín llevó a América—raptó para llevar a América—el honor español, despedazado aún a dentelladas de envidias y de traiciones tras la cínica componenda de Bayona.

San Martín, es cierto, combatió contra las fuerzas peninsulares destacadas en América, pero lo hizo con hombres que—como él—se consideraban y se llamaban españoles americanos: los hombres de la España americana, a la que vuestra Península de entonces no podía comprender porque había perdido, con el sentido universal, el sentido imperial que la obligaba.

Ningún Imperio se justifica si no es por su destino; ningún Imperio subsiste si no es cumpliéndose. El Imperio tiene la permanente obligación de asegurar su unidad a todo trance, por las buenas o por las malas: por las buenas, asistiéndole el derecho; por las malas, con su derecho y con fuerzas suficientes para legar esa empresa a las generaciones futuras. Porque los Imperios empiezan a morir con la primera enfermedad imperial. Y el nuestro padecía de anemia desde hacía más de un siglo; padecía de esa anemia que para llamarse con un nombre a la moda se llamó liberalismo. Nuestro Imperio tenía toda una orgullosa historia señorial. Señorialmente, generosamente, había pasado por Europa sus armas sacudiéndola del sueño parálítico que engrillaba sus miembros y que helaba su corazón. Señorialmente había conmovido a la Cristiandad en ruinas, y jugándose el alma, en un arranque de juventud, había saqueado a Roma, el corazón de la Cristiandad. Había saqueado a Roma, mejor dicho, a la molición de Roma, en nombre de ese derecho que le asistió desde el día en que se incorporó a su Iglesia: el de ser más papista que el Papa. Había saqueado a la Ciudad Universal no para destruirla, no para anularla en su universalidad, sino para universalizarla, para instalar otra vez en ella la Roma universal. Había provocado una fuga de monjes para convencerlos de la necesidad de ser señores. Había puesto en apuros al Papa para apurarlo a ser Papa. A serlo y a saberse y a proclamarse dotado de la dogmática infalibilidad papal que nuestro Imperio defendería en Trento contra la conspiración de los obispos atacados del morbo gálico de la libertad.

Nuestro Imperio vivía todavía su cuento de hadas y de guerreros: lo vivía para todos y contra todos.

Mientras los otros pactaban su derrota con el Turco, él pactaba con Dios el triunfo de Lepanto. Mientras los otros oficiaban las misas negras de su tristeza—de su tristeza ni siquiera desesperada—, él, a puno de caer derrotado, a medio derrotar en todas partes, organizaba con Lope el *Tedum* de su esperanza. Es que España no quería entregarse; no quería entregarse a la pornografía política de la nueva historia europea; no quería ser ella una pupila más de la rufianería internacional.

Pero un día su Rey se quedó dormido. Los pastores del Tajo—"pastores los del Tajo en su ribera"—lloraban a Garcilaso, muerto a manos francesas en el revoloteado trémulo de un palomar. Pastores de Nochebuena preguntaban al cielo por la Estrella, mientras la mano temblona de un Rey hechizado estaba en Palacio nuestra perdición.

La anemia triunfaba sobre la historia. Y, a poco, la historia de unas favoritas, que tenían la desventaja de ser feas y legítimas, triunfaba sobre la misión imperial. El Reino no pasaba de ser un cortijo, mientras el Imperio—la España verdadera—trataba de ignorar que carecía de metrópoli.

Y amaneció un día, españoles, en que el Imperio tuvo otra vez una metrópoli. No estaba en Buenos Aires. No estaba en la rebelión de una minoría leguleya que intentaba justificaciones abstrusamente liberales para explicar a los pueblos su rebeldía. No estaba el Imperio en la prepotente aldea que intentaba su primer imperialismo allanando los derechos de un territorio que no le pertenecía. No estaba en la apatencia aislada de un grupo de energúmenos de media voz que procuraba simular la reclamación de un clamoroso territorio. Nuestro territorio, españoles, nuestro continente, clamaba por una metrópoli, y esa metrópoli, esa jefatura, era José de San Martín, el Jefe. Era el americano que tornaba de la Península Madre cubierto de fognozos de gloria, dispuesto a perderlo todo, a perder el honor de su carrera y de su apellido, en el sacrificio de una patria que él había de apadrinar. Así llegó a América ya patriótico, destinado ya a morir en olor de proceridad, ya comprometido a vivir en rigor de heroísmo.

Llevaba de Europa—de España—su universalidad, en misión de patria, con el mandato de rescatar nuestras provincias del estado político que amenazaba convertir las en colonias. Factores del Imperio, no podían trocarse en factorías. Coobligadas al destino imperial, parte integrante del Imperio en las duras y en las maduras—más en las duras que en las maduras y más en las guerras que en los tratados—, integrantes del Imperio, decía, no podían asistir indiferentes a la indiferencia de la metrópoli. Ellas, nuestras provincias, estaban cansadas, cansadas de desesperanza; querían luchar contra sus invasores, y la Península les imponía la paz y las obligaba a devolver—a devolver, sí, españoles; así como suena—, las obligaba a devolver sus propias tierras invadidas; querían caudillos, y la metrópoli les enviaba administradores; querían gobernantes, y España les enviaba señores medio castigados.

Con el mandato de desbaratar todo aquello llegó San Martín a América. No lo mandaban las logias, como algunos

pretendieron y como lo pretendieron las logias masonónicas. Escribase lo que se escriba, demuéstrase lo que quiera demostrarse, San Martín no era un muñeco de las logias; las logias, si, fueron en algún momento sus titeres. Las de Cádiz y de Londres podrían exhibir su nombre inscrito en sus registros; pero ni la de Londres ni la de Cádiz se atreverán a negar jamás que San Martín les sirvió poco en sus designios, que su incorporación a ellas no fué sino el medio de que él se valió para valer a su patria: no para servir a ellas, sino para servir a la causa de la independencia americana por encima de la masonería y contra la masonería.

Ya es hora de que los masones dejen de llamarle el Libertador, para llamarle el Embaucador: el embaucador de tontos defraudados en la pobre creencia de que tenían en él un instrumento, mientras él instrumentaba la liberación de América con un claro sentido antimasonónico, con una clara conciencia de su misión constructora.

Si en Buenos Aires crea la logia Lautaro, no lo hace para fundar una filial, no lo hace para servir a una logia dirigida, sino para dirigirla y para que sirva a sus propósitos; para levantar ante una minoría de snobs aficionados a las operetas liberales un teatro de marionetas cuyos hilos él movía y cuyas figuras administraba con una sagacidad dictatorial. Hasta que, asegurada su empresa, traspuestos ya los Andes, superados los pequeños menesteres de la política, suelta los hilos y su mano toma las riendas de la acción. Ya San Martín no es el hermano San Martín. Ya no es el presunto aspirante a un grado de la masonería, como lo creyeron los mandriles de Londres y de Cádiz. Ya no es el candidato a Gran Maestro de un Oriente local. Ahora es el Gran Maestro de una orden de caballería, que, por el hecho de no ser un sirviente, se ha convertido en un traidor.

Desde su vuelta a América se le sospechaba de tal. Su presencia molestaba a los que debían ser sus aliados, porque la presencia callada ha molestado siempre a los charlatanes. A los charlatanes les molestaba aquella decisión suya de no hablar sino lo indispensable; de no hablar sino para pronunciar las palabras indispensables, de hablar sólo para proclamar. Y eso les dolía a los parlanchines de la revolución. Les dolía que un hombre al que adivinaban superior, al que tenían como superior, callara. Les dolía sentirle prócer mientras ellos andaban haciendo los primeros palotes de una fama que quizá no conquistarían jamás. Quizás hasta le envidiaran su masonería europea, ellos que jamás podrían salir de su condición de sacristanes, de aspirantes a sacristanes de una masonería provincial.

Quizá le envidiaran su porte de señor, ellos que vivían pendientes de su atuendo de señoritos endomingados. Quizá le envidiaran ya su adivinado título de padre de la patria argentina, ellos que para denigrarlo, sin saber que le honraban, le llamaban el Gallego. Masones de medio pelo le temían a no poder; políticos de medias aguas—de medias aguas revueltas—le envidiaban a más no envidiar. Porque él estaba por encima de políticos y de masones; porque él, pronunciándose por la independencia americana, no se había puesto al servicio de ellos; pronunciándose por su patria, se había puesto al frente de una gigantesca partida, y baténdose por la liberación, no fué nada más y nada menos que el príncipe de los guerrilleros, el príncipe de los comuneros americanos, que en la hora de la ineptitud peninsular afirmaba la principalidad de América.

No podía servir a masones quien era clásico de la cabeza a los pies; clásico para caminar y para pensar sobre la realidad de la Tierra. No podía servir a masones quien, como él, era antirrevolucionario con toda su alma. Así como lo oís, españoles: San Martín, el antirrevolucionario por excelencia—por excelencia y por excelente—. El no inventó la revolución; fué a su encuentro, no para sumarse a ella y a su política, sino para realizar, con un país en estado emocional de guerra, el perseguido fin de la independencia americana. Asumió los hechos, hizo conscripción de hombres y se lanzó con ellos a su empresa; con los hombres y con los hechos, a reconstruir una patria que amenazaba perderse, víctima de la incomprensión de los unos y de la guerra de los otros. El—quizás el único—no peleaba por palabras vanas; no peleaba por la palabra "libertad", ni por la palabra "independencia", ni por la palabra "gloria", ni siquiera por la palabra "patria", ni mucho menos por la palabra "democracia"; peleaba sencillamente por la patria, a la que quería liberar de la administración española por la sencilla razón de que quería mejorarla. No hacía anarquismo romántico; no luchaba contra un gobierno por el hecho de ser gobierno, sino porque quería un gobierno real; porque—aunque se enojen todos los demoliberales de todas las demoliberatocracias del mundo—San Martín era esencial y públicamente monárquico; porque él—aunque se escandalicen todos los teorizadores—, el vencedor de los realistas, era esencialmente realista; realista por encima de doctrinas y aun de medios; realista hasta el punto de enrostrar a la revolución de 1810—la revolución que él había asumido como hecho histórico irreparable—el más vergonzoso de los fracasos. El 1.º de febrero de 1814 escribía a Tomás Guido, su corresponsal de siempre: "Visto que veinticuatro años de ensayos no han producido más que calamidades, y por el principio bien simple de que el título de Gobierno no está asignado a la más o menos liberalidad de sus principios, pero sí a la influencia que tiene en el bienestar de los que obedecen, ya es tiempo de dejarnos de teorías hasta que no vea un gobierno que los demagogos llamen tirano y me proteja de los bienes que me brinda la actual libertad". Y concluía el héroe: "El hombre que establece el orden en nuestra patria, sean cuales sean los medios que para ello emplee, es el sólo que merecerá el noble título de su libertador".

Pocas veces la historia ha registrado un espectáculo semejante: el del hombre ya estatuario que cede sus derechos de inmortalidad a un hombre por llegar; el ejemplo de libertador que, renunciando a su título, se contrae al de precur-



POR GNACIO B. ANZOATEGUI

por a cederlo efectivamente a quien efectivamente liberó a su patria de los criminales teorizadores de la libertad.

Es claro que el héroe no aprendió esas cosas en *El contrato social*, de Juan Jacobo Rousseau, ni las aprendió en los opúsculos preantifascistas de los abates franceses, ni tampoco en los pequeños ensayos de un Jacobo Maritain—cancionista del neotomismo—. Las aprendió naciendo en la realidad americana, las aprendió peleando en la invasión de España, las aprendió luchando en la soledad de América. Por que también él sintió allí la soledad de los conquistadores; solo él entre todos, solo él contra casi todos; dueño del gobierno del Perú con el título de Protector, se vio precisado a desbaratar un complot organizado por sus propios oficiales para derrocarlo; por sus propios oficiales, a los que condujera de la mano, como a niños, por los caminos de la gloria; por sus propios oficiales, que, antes que a la patria, servían a una teoría extranjera y extranjerizante en la que la patria no era más que un pretexto sentimentalmente útil y livianamente geográfico; por sus propios oficiales, por su propio mundo, que lo envió, ya derrotado, a entrevistarse con Bolívar en Guayaquil. Ya derrotado, no; ya sin ánimo para triunfar, ya con el "¿para qué?", con el "no vale la pena", que es el trágico despertar de un sueño para entrar a la pesadilla del desengaño.

Y, personalmente vencido, él no daba por vencida a la patria. Dejó su suelo, pero siguió viviéndola; siguió tomando el pulso a la patria moribunda y hasta se atrevió a llegar a su puerto—él, que la había hecho—, y allí, entre mensajes y contramensajes que parecían condiciones de desembarco, se decidió a deterrarse por última vez antes de haber tomado tierra, antes de tocar su propia tierra, que como a ringuno le pertenecía en propiedad. Y es que, en su fervor aristocrático, respetaba aún al intruso que pudiera considerarle un intruso: un intruso a él, que era el señor; un intruso a él, que era el creador del nuevo Estado nacional.

Desde su retiro de Francia, él, José de San Martín, él, que entregó su destierro a los suyos como antes les ofreciera su vida, ofreció todavía su brazo armado al Supremo Caudillo cuando temió amenazada la soberanía de la Nación. Pero su brazo no era indispensable; era demasiado brazo su brazo para que lo tajeara un francés cualquiera metido a almirante o cualquier pirata inglés ascendido a comodoro. San Martín era demasiado San Martín para utilizarlo en una refriega de marineros envejecidos. Su sable era demasiado sable para meterlo en otra guerra que no fuera contra españoles. Y—sin saberlo, pero Dios lo sabía—el Supremo Caudillo, D. Juan Manuel de Rosas, declinaría el honor de su sable en lucha para recibir el honor de su sable en premio; de su sable, legado como certificación de su título de libertador contra el atentado anglofrancés y contra sus aliados de dentro, contra la liberalidad de los principios de gobierno y contra las calamidades políticas que azotaban antes al país; de su sable, legado en la persona del dueño de un gobierno—para repetirlo con las propias palabras del soldado—de "un gobierno que los demagogos llamen tirano y que me proteja de los bienes que me brinda la actual libertad".

Me referí antes al hombre ya estatuario; quise decir "el hombre digno ya de su estatua", no "el hombre estatua". Porque San Martín no fué jamás, ni pudo serlo, ni es una estatua; fué el hombre viviente, el hombre inmortal—perdonadme la paradoja—, inmortal, sin muerte.

Conspiradores de todas las layas quisieron convertirlo en estatua para escamoteárnoslo como hombre. De su carne hicieron bronce y de su vida hicieron monumento, para inmovilizarlo. Unos de buena fe y otros de mala fe, lo encerraron vivo y lo pasearon y lo siguen paseando desde los Andes hasta los libros y desde los libros hasta los Andes. Historiadores y poetas atronaron el espacio con sus ditirambos para tapar su voz. Unos de buena fe y otros de mala fe, nos entregaron un prócer; pero los de mala fe nos lo robaron hombre para robarnos su realidad, para quedarse ellos con la patria y sus ventajitas. Nos entregaron un idolo momificado en distancia, un tieso abuelo, todo el dignidad, todo el divinidad, todo él lejanía.

Bartolomé Mitre dirigirla la tramoya. Para eso escribió su *Historia de San Martín*, para convertirlo en estatua y acotar su vida; para que su vida ejemplar fuera un ejemplo imitable y para que su postura estatuaría nos lo hiciera inimitable. "Si el bronce se animara"—exclamó en una de sus más repetidas frases sobre el héroe—; porque a partir de su *Historia* San Martín no fué otra cosa que una estatua de bronce: un inanimado objeto al que podía decirse cualquier cosa con la doble impunidad de que él no podía desmentirla y de que el osado que la desmintiera era por lo menor un criminal capaz de turbar el sueño del abuelo.

Vosotros, españoles, no tuvisteis la culpa si le llamasteis traidor. La tuvieron nuestros historiadores, nuestros vendedores de historias, que nos lo presentaron como antiespañol para que nosotros fuéramos, por solidaridad con él, antiespañoles, y para que vosotros fuérais, por reacción contra él, antiargentinos. La conspiración no podía ser más perfecta. Año a año, mes a mes, día a día, nos separaba la estatua, que no el hombre: una palabra suya pronunciada en el dolor de la batalla, quizás una interiección suya lanzada en el fragor de la incomprensión recíproca, bastó a nuestros vendedores de historias para ofrecérselo y para que nosotros os lo ofreciéramos por los siglos de los siglos como una especie de Savonarola de la libertad, como un *naquí* de la antihispanidad. He hablado de la incomprensión recíproca, españoles: de la nuestra y de la vuestra, porque unos y otros nos desentendíamos de nuestros problemas. Nosotros, juzgándonos definitivamente atados al destino de un Gobierno sin remedio. Vosotros, negándoos a la paz que San Martín, con todos los triunfos en la mano, os ofreciera sobre la base del reconocimiento de un Imperio ligado a España con los indestructibles lazos de una común filiación. Aquello que Pizarro no hizo porque a la metrópoli le sobraban fuerzas para ser cabeza de un Imperio, San Martín lo quiso cuando la misma metrópoli, perdida la cabeza, entre derrotas y triunfos, entre guerrilleros



mitológicos y políticos que coqueteaban todavía con las últimas *cocottes* del enemigo, había perdido ya su derecho de metrópoli. Y lo quiso por amor a su tierra. Había peleado contra la "dominación española", había expuesto su vida y su todo luchando contra los funcionarios españoles entonces dominantes, y vencedor de ellos en tres naciones, reclamaba todavía el derecho de no apartarse de ser español, de consolidar para América su título de España americana.

A pesar de todos los requerimientos del estado de guerra en que vivíamos; a pesar de todas las estridencias de la ocasional enemistad en que moríamos, jamás sus labios ni su pluma se tiñeron en la tinta de la leyenda negra antiespañola. Mientras sus aliados americanos renegaban de su sangre y pintaban a sus abuelos con los más crudos colores; mientras los nietos de los conquistadores—los detentadores de su herencia—los llamaban tiranos y ladrones, él, José de San Martín, se limitaba a rescatar esa herencia de manos de peores administradores, como lo eran los delegados de la Península. A él no le importaban las tiradas declamatorias de los nietos: le importaba América, que padecía el gobierno tontamente tiránico de los sobrinos y nietos adueñados de la voluntad de las autoridades metropolitanas. Por eso y contra eso luchó, para dar vida a la verdadera vida; para dar vida a la realidad americana, a su realismo y a su realeza; para hacer reconocer la justicia de los nietos, que aunque se equivocaran alguna vez en la propaganda, aunque hablaran con injusticia de sus abuelos, tenían su razón de nietos siquiera para equivocarse de medio a medio y también de fin a fin, porque si el fin justifica a veces los medios, los medios adulteran a veces el fin. Y así llegó la hora en que los medios del Gobierno español en América, adulterando el fin del Gobierno justificaban medios que de otra manera hubieran resultado groseramente injustos.

A San Martín no le interesaba la libertad por la libertad, como les interesaba a los partidarios de todo desorden; a él le interesaba la libertad de América. No le interesaba la declamación de la independencia, sino la independencia misma de la Patria para la recuperación de su destino. No le interesaba el gorro de cascabeles que una oligarquía con máscara de democracia pretendía ceñir sobre el pelo de trigo de la Patria argentina; le interesaba la Patria clásica, la Patria vertical, clamorosa de lanzas y de espigas, de robles y de laureles; la Patria de pelo de trigo por quien pudiéramos morir como se muere por una mujer; no la Patria casera, sino la Patria con casa puesta; no la Patria con olor a encierro, sino la Patria con olor de novia; no la Patria-recuerdo, sino la Patria-presencia; no la Patria para decirle requiebros, sino la Patria para afirmarla con argumentos de letanías. Así entendió San Martín la realidad argentina, en función de América como continente y en función de España como contenido; no para, libre, fuera de cualquiera, sino para que fuera ella misma dueña de su ser y dueña también de su sentido.

Para algo era él un clásico: para querer una Patria clásica, una Patria patricia. No la Patria chillona que los románticos de la libertad pretendían, en su afán de separarse de España para darse el gusto de extranjerizarse, sino la Patria indispensable a la que él aspiraba para darle el gusto de vivir en su propio orden soberano, de asumir en derecho su propia responsabilidad de Estado que de hecho vivía desde los primeros años de la Conquista.

Por algo era él un clásico. Por algo, como en una tormenta griega, asistió, con su dolor de padre desmentido, al fracaso de una empresa a la que había consagrado la integridad de su vida. Por algo, españoles (y perdonadme que me duela todavía confesarlo ante vosotros, nuestros enemigos de un día), por algo, españoles, él se compadeció de su propio triunfo.

Para algo era él un clásico: para angustiarse callando y para esperar después de haberlo dado todo. No para esperar el premio, sino para esperar el triunfo de una nacionalidad soñada: de una nacionalidad que se impondría contra viento y marea primero y contra viento y mareos después. No para pordiosear de la lucha civil una venganza, sino para exigir con su silencio una definición: la definición indispensable para que la Patria fuera una realidad definitiva. Por eso se negó a desembarcar otra vez en Buenos Aires: porque ya la esperanza tenía sitiada a la ciudad rectora; porque a sus puertas acampaba aquel que los románticos llamarían el Tirano y al que el Libertador saludaría con el título de Libertador. Y legándole su sable en la hora de disponer de su muerte, comprometió a mi Patria a su destino, ligándola, para salvarla, a la viva presencia de su destierro angustiado.

Siempre mi Patria se salvó por la angustia; siempre, como Don Quijote, halló su justicia en la reparación de la injusticia; siempre, como hija pródiga lanzada tantas veces a las más pobres aventuras, se encontró a sí misma, repatriándose. Ubérrima de ganados y de mieses, dueña de una prosperidad burguesa casi inigualada, reaccionó ante ella, casi contra ella, y se adelantó al encuentro de la historia para reclamar su nombre de Patria y protestar contra su renombre de emporio. Porque a ella, antes que las cosechas y las pariciones, le interesaba su honor. Por algo nació a la vida española de una manera enloquecidamente española; por algo se enraizó en la tierra españolamente y luchó contra las potencias antiespañolas de alarde en alarde y de capricho en capricho de no dejarse ganar; por algo movió guerra contra la Corte metropolitana, por aquella costumbre nuestra de ser más papistas que el Papa; por algo vivió su feudalismo, que otros llamaron anarquía; para hacer su gimnasia preconstitucional, para, tomando por las astas a la nueva realidad, medir sus fuerzas con ella y pulsar el pulso de su resistencia. Hasta que un día un gran señor feudal sentó su real de príncipe entre los primeros, y empezó mi Patria a vivir la dura y paternal monarquía de aquel hombre a quien San Martín anunciara, cediéndole su título de Libertador: D. Juan Manuel de Rosas. Llamado el Ilustre Restaurador de las Leyes. Militarmente vencido por una coalición de enemigos internos y de ejércitos extranjeros, tuvo tiempo suficiente, tuvo años suficientes para organizar, si no el Estado argentino, para organizar, sí, el alma nacional, para dejar inmoviblemente asentada la Patria que San Martín quería, con un gobernante fuerte como suprema condición.

Porque San Martín, españoles, no se separó de vosotros para librarnos del Gobierno de una metrópoli: lo hizo para librarnos de una metrópoli sin Gobierno. Intentad siquiera imaginar un San Martín rebelándose contra un César, Carlos V, y fracasáis en vuestro intento; porque San Martín no se alzó contra la majestad de España; se levantó contra una España sin majestad.

Este y no otro fué su propósito; no otra fué su acción ni el sentido de nuestra liberación. De nuestra liberación, sí, españoles de Europa: de la liberación de la tutela de nuestros hermanos de Europa—con modas de cortesanos pero sin modas de caudillos—, a los que apañaba nuestra madre viuda, rendida a la prestigiada comodidad de la vejez.

No era la vejez de España, sino de la Corte. Y frente a esa vejez se plantó la América segundona reclamando su privilegio de primogénita en América. Es cierto que a alguno se le fué la mano en el tono; es cierto que alguno, levantándose de la mesa, dió con su silla en tierra y se alejó de la casa y renegó de su sangre; es cierto que más de uno, aunque blanco por los cuatro costados, tuvo su pequeño complejo de mulato, porque tenía su complejo de asegundado; es cierto, sí, españoles, que alguno se salió de madre.

Pero hubo uno entre todos que salvó la empresa española renovando el honor español, el modo español, al que jamás traicionaría porque no podía traicionar a su propio ser: el hombre que derrotó a los ejércitos metropolitanos en auxilio de un Imperio que se deshizo, se deshizo hacia arriba, no derrumbándose, sino alzándose en llamas dejando sola a la metrópoli, sí, pero jamás uniéndose a nadie para combatirla.

Así quiso San Martín la guerra contra vuestros funcionarios ocasionales, antes enemigos encubiertos de la auténtica España que enemigos públicos de nuestra América. Contra ellos combatió—como lo hiciera en Bailén para contenerlos en la Península—, contra ellos combatió en América para batir en aquellas tierras, todavía imperiales, a los mandaderos de quienes hicieron posible el desastre de Bayona.

Así nació mi Patria, españoles; así, españolamente, nació nuestra Argentina, vuestra Argentina, porque decir *nuestra* es una manera de decir *vuestra*.



Canción en alabanza de San Martín

Tal como vienen,
desde el fondo fecundo de la tierra,
el árbol y su sombra,
y la forma de las ramas y los nidos,
y el arco de las aves en el vuelo,
y las voces en el canto,
y el canto definido en el paisaje;

tal como traen
su tono vegetal y su estatura
la fronda,
la selva honda y la honda grama,
que fundan la ecuación
de la égloga entera con sus mitos
propicios;

tal como bajan
las estrellas al agua y la pueblan,
y es el milagro
de la noche crecida en los cristales
del remanso;

tal como del fondo de la tierra
vienen
los nombres, y los hombres, y la historia,
y las horas agudas,
y las horas que nunca se destruyen,
y las que son en sí, tiempo de Dios,
infinitas
y augustas y totales,
para saldar los aires invencibles,
para herrumbrar las albas del ensueño,
para exaltar las ansias derrotadas
o derrotar las muertes y sus podas;

tal como viene
del fondo de la tierra preferida
el hijo:
Así vino,
desde el fondo certero de la casta.

Realidad de la sangre
inaugurando sus vértices maduros
y sus himnos centrales.

Así vino:
Desde el fondo y el alma de la raza.
Y a deslindar al hombre en la bandera.

Así:
¡Verbo augural!
Y a resolver, desde las cumbres,
la nueva geografía libertada.

¡Toda la pampa suelta!

Y libres las praderas y sus faunas
macizas.
Y el risco, y el racimo,
y las veredas del agua, derramadas
sobre los campos germinales.

Y libres las semillas sancionadas,
y el ademán labriego,
y las manceras,
y el aura de las tardes prodigiosas,
cuando la hespéride exacta
alza la espiga traductora del esfuerzo.

Y libres los empeños viriles del hachero
bajo los bosques sonoros.
Y libres los árboles del bosque
que echan su libertad hecha de pájaros.

Y los vientres henchidos,
donde la Patria enciende los metales
que han de imponer sus soles venideros.
¡Oh, el sarmiento de carne y pulso
en que la carne vuelve y se repite

para soñar la eternidad del gesto,
más allá de su tiempo y su medida!

Así:
José de San Martín,
Capitán de la rosa de los vientos
para elegir la estrella y su camino.

Así:
A dibujar un pueblo y sus razones,
bajo el nombre de Dios
y hacia el fin de los siglos esenciales.

Desde el fondo certero de la casta.
Como del fondo de la tierra vienen
el árbol y su sombra,
y la égloga entera y sus verdades,
y la noche en el vidrio del remanso,
renacida...

Su libertad
no cabe en la palabra que la enuncia.
Es un ámbito pleno.
Hacia adentro del alma
y hacia afuera de la nimia entidad
que se levanta
sobre el trance del hombre y sus perfiles.

Más atrás de la edad
y las edades
y hacia allá de los dioses
al provenir de Dios, incuestionada.

Así vino:
Milagro de sí mismo
y adjetivo de su propio milagro.

Desde lo alto de su fiebre.
Para decir al hombre en su paisaje.

José de San Martín y bendecido.

SAN MARTÍN EN LA ARGENTINA



EL testamento, nuestro sucedáneo de la inmortalidad, es siempre cosa seria, y más aún si hecho al final de la vida por un gran hombre habituado a que el público deduzca consecuencias de sus menores actos.

Ninguno de estos requisitos faltan en el de San Martín, redactado de su puño y letra seis años antes de su muerte. Abundan las pruebas, especialmente en su correspondencia, de que el viejo General estaba bien advertido de su papel en la Historia y confiaba en el juicio de la posteridad. Hombre, al fin y al cabo, del siglo XVIII, tenía el candor necesario para imaginar el futuro como un progreso creciente, sin democracia, comunismo ni bomba de hidrógeno, donde prevalecería la razonable opinión de las gentes de bien.

Por lo mismo reviste singular importancia el postrer acto jurídico para una interpretación de sus sentimientos, no siempre puestos en claro durante la agitada y cambiante actuación revolucionaria, ni bien interpretados por la a menudo sectaria hermenéutica de los historiadores. Tiene el documento una llaneza íntima y convincente de sinceridad, a la que contribuye en cierto modo la carencia del in-troito tradicional; aquella conmovedora pero ampulosa profesión de fe con que los españoles de la época (me refiero, claro está, también a los españoles americanos) entraban en la materia de su propia necrología, preparándose por escrito y con fecha cierta a bien morir.

Comienza con una breve invocación a "Dios Todopoderoso a quien reconozco como Hacedor del Universo". Y luego pasa a enumerar jerárquicamente los títulos que le ganó su espada: en primer término, los conferidos por el Perú de "Generalísimo de la República... y Fundador de su Libertad"; después, el de "Capitán General de la de Chile"; y finalmente, el de menor importancia: "Brigadier General de la Confederación Argentina", que fué nuestro grado máximo entonces, porque los argentinos conservamos algunos años la austeridad republicana de evitar la bambolla en los honores.

Pero nos interesa sobre todo saber a qué cosas y personas reservaba el General su predilección y afecto cuando en el silencio del gabinete disponía su última voluntad. Pues bien, fuera de las lógicas manifestaciones de cariño y confianza para su hija y yerno; del legado de mil francos anuales de pensión a su hermana María Elena (española de España) y a su sobrina Petronila; y aparte de la breve referencia al "bravo español don Francisco Pizarro", "cuyo estandarte tremoló en la conquista del Perú", San Martín sólo incluye dos frases estremecidas de contenida emoción: una dirigida al General Rosas, a quien legó su sable, con elogio que ya es célebre; mientras la otra dice:

"Desearía que mi corazón fuese depositado en Buenos Aires."

En la América española, las diversas nacionalidades surgidas a raíz de la independencia crearon situaciones extrañas. El señor Pérez, de Chile; el señor Rodríguez, de Colombia, o el señor Martínez, de Montevideo, son "extranjeros" en la Argentina, aunque desciendan de conquistadores y sus abuelos hayan peleado por la Independencia; pero el señor Cohen, oriundo de Varsovia, por nacer en la aljama bonaerense, es "argentino".

En la primera mitad del siglo pasado no se habían exacerbado todavía las quisquillosidades localistas y conservábase el hábito de la antigua unidad de los reinos de Indias bajo la común corona de Castilla. Así, el venezolano Bolívar constituirá su capital en Bogotá, y

colombianos o altoperuanos le aclamarán como su héroe nacional; García del Río será ministro y diplomático peruano y sanmartinista, aunque nacido en Colombia; y Rondeau, Director Supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata, quince años después se le acreditará como diplomático extranjero en Buenos Aires, representando a la nativa Banda Oriental. Artigas, "Jefe de los orientales", lo fué al mismo tiempo de cordobeses, santafesinos, correntinos y entrerrianos, y sobran, en fin, los ejemplos como el del porteño Blanco Encalada, Almirante en Chile, o del chileno José Miguel Carrera, inventor de la divisa colorada y no sé si del federalismo argentino; pues en aquel apasionante ajedrez de las guerras por la Independencia y la Organización, las piezas conservaban su valor cualquiera fuese el escaque del vasto tablero americano.

Con la antigua terminología, por cierto más exacta que la moderna, San Martín habría sido considerado *natural* de Palencia en el Reino de León, aunque nacido en las Misiones Guaraníes. Sus padres y sus cuatro abuelos, y presumiblemente también los demás antepasados desde tiempo inmemorial, provenían de dos pueblos palentinos: Cervatos de la Cueva y Paredes de Nava. Nació en Yapeyú porque el hado que dispone el destino de los militares trasladó allí a su familia un año antes, que si se demora el pase hubiera visto la luz en Las Vívoras, cerca del Carmelo, en la actual República oriental, y sin duda hubiese sustituido a Artigas en la veneración oficial de los uruguayos.

Criado desde los cuatro o cinco años en Málaga; de guarnición más tarde, casi todo el tiempo, en Melilla, Ceuta, Sevilla y Cádiz, su acento y sus maneras eran seguramente más bien de andaluz que de castellano norteño. Y en su breve pero fulgurante acción americana, que duró en conjunto diez años (desde su desembarco en Buenos Aires el 9 de marzo de 1812 hasta su dejación del mando en el Perú el 21 de septiembre de 1822), sólo residió en la Argentina los primeros cinco; o sea hasta aquel enero de 1817 en que emprendió el paso de los Andes. Si le añadimos su estancia en Mendoza, al regreso de Lima, y antes de alejarse para la Europa en 10 de febrero de 1824, más su primera infancia rioplatense, no sumaremos arriba de diez años, en setenta y dos de vida, como gran total de su permanencia en el suelo patrio.

Parece poco tiempo para asentar un arraigo afectivo y justificar su predilección porteña. Y sin embargo, sólo piensa al testar en rendir homenaje al "General de la República Argentina", que la defendió contra los extranjeros "que pretendían humillarla", y desea que su corazón "repose en Buenos Aires".

Esa declaración terminante de argentinismo y porteñismo solemnizada por esa especie de diálogo con la muerte que es el testamento de los viejos, y por esa especie de diálogo con la Historia que es el testamento de los hombres célebres; ese amor manifiesto por el lugar que era ciertamente el de su nacimiento ("su país, Buenos Aires", rezan las hojas de servicios al Rey), pero al que conocía poquísimamente, como él mismo confesaba, y por cuya ciudad capital había pasado sin detenerse en ninguna ocasión más de un año; esa distinción notoria que el Protector del Perú y Capitán General de Chile hace a la Argentina, no se debe a que ésta fuese el teatro principal de sus hazañas.

Porque la gloria la ha conocido en Chile; el poder, en el Perú; la educación y la juventud, en España; el reposo, en Francia, y aparentemente, lo menos importante de su vida pública transcurrió en

Por HECTOR SAENZ QUESADA territorio porteño, aun considerando como tal la amplia jurisdicción del antiguo Virreinato de Buenos Aires.

Es verdad que ha tenido alguna acción bélica, pero pequeña para el que conoció la jornada de Bailén; si bien en San Lorenzo, para demostrarse el azar imprevisible de las armas, casi pierde la vida. Pero no es sin duda la actuación guerrera lo que distingue su rápido paso por la tierra nativa.

Aquí ha tenido sobre todo el trabajo oscuro y paciente de formar militares: crea el escuadrón, más tarde regimiento de "Granaderos a Caballo"; reorganiza el Ejército del Norte y pone al día su enseñanza táctica; aconseja a Güemes el plan de defensa de la frontera con las Provincias Altas, y monta, por último, la máquina eficaz del Ejército de los Andes. Trabajo de oficina, que no de campo de batalla; esfuerzo silencioso y sin relumbrón de Estado Mayor, pero indispensable, claro está, para los futuros éxitos.

También se mueve, y aun con mayor actividad, en el plano político. Pero permanece retraído en las logias y en los despachos gubernativos sin asomarse a las cadilejas. No olvidemos que, como militar revolucionario, es ante todo un político que gusta situarse donde se manejan los resortes del poder. Interviene en la revolución de octubre de 1812; tiene sus adictos en la Asamblea del año 13, y más tarde, siendo Gobernador de Cuyo, depuesto por Alvear, sabe organizarse una asonada mendocina contra su reemplazante, al que amedrenta; y probablemente ve con beneplácito, si no coopera, la sublevación de Fontezuelas. Cuando el Congreso de Tucumán, será de los que instan a los diputados más resueltos y de mayor relieve (Saenz, Paso, Anchorena, Castro Barros, etc.) a la declaración del 9 de julio de 1816. Y mientras tanto, se gana voluntades para el gran proyecto de la expedición a Chile y Lima, y consigue la ayuda sin regateos de Pueyrredón.

Pero si la Historia juzgase solamente al Coronel Mayor José de San Martín antes de que se empinara sobre el pedestal de los Andes, nos contaría de un militar de tantos, sin duda contraído a su profesión, a la vez que hábil en los vericuetos políticos, pero sin relieve especial.

Vistos superficialmente, sus cinco años de vida pública en la Argentina podrán haberle dado satisfacciones, pero no hay nada en ellos que parezca comparable con el triunfo de Chacabuco, con la trascendencia de Maipo, con el simbolismo de la entrada en Lima ni con la apoteosis del "Protector del Perú y Fundador de su Libertad".

Buenos Aires, que era entonces la más hispánica de las ciudades de América, con sus blancas casas de azotea y "torres" a la gaditana, que llamábamos "miradores"; con su puerto, frecuentado por todas las banderas y asomado a las novedades del mundo; con su población preponderantemente de raza española, pero vestida y amueblada a la inglesa (como también ocurría en Cádiz, según Alcalá Galiano); con la gracia tartesiana de sus mujeres y el empaque de sus chisperos; con un cielo de Europa Meridional, refrescado por las virazones del río y el pampero acerado, y con el bienestar de una importante capital civilizada y rica, pudo, sin duda, atraer, con reminiscencias hogareñas, a quien había pasado treinta años en tierra andaluza. Quizás también la familia, pronto formada aunque también pronto deshecha por las andanzas de la guerra, pudo dejar placentera añoranza en el recuerdo del General.

Pero es probable que no fuese tan sólo la similitud del ambiente con el español, al que estaba acostumbrado, ni tampoco el encantamiento de la amable vida porteña lo que movió a San Martín, en 1814, a recordar únicamente Buenos Aires y la Argentina. Medió una consideración más alta y de justicia distributiva.

Porque al fin de cuentas, San Martín debía todo a la capital del Plata; no solamente el feliz arranque de su actuación americana, sino la gloria, la fortuna y la satisfacción, tal vez superior a todas, de la obra bien cumplida.

Pues un ejército no es otra cosa que lo que son sus oficiales. El jefe aislado, aunque posea extraordinarias aptitudes, no puede infundir su espíritu al material humano, a la masa inerte de la tropa, sin ese a manera de sistema nervioso que es el cuerpo de oficiales. Y éstos, en la cantidad y con las calidades requeridas, los encontró San Martín entre la muchachada porteña.

Juventud de a caballo reclutada entre la "Gente Decente", deportivamente capaz de domar un arisco o de torear en el ruedo como le gustaba a San Martín lo hiciera. En la destreza campesina de una sociedad de estancieros jinetes seleccionó felizmente los que podían conducir un escuadrón a la carga o aguantar a pie firme el fuego enemigo. Entusiastas y audaces; tal vez un sí es no es demasiado jaques y presuntuosos, como correspondía a "porteños pintores", pero valientes, aguantedores y desprecupadamente generosos, sólo ellos pudieron cumplir la ardua odisea y enfrentarse, con la victoria de su lado, a sus réplicas los primos de ultramar.

Juventud porteña que dió a Mariano y Eugenio Necochea, a Félix y Manuel Olazábal, Juan José y Juan Isidoro Quesada, Juan Lavalle, José Olavarría, Manuel Isidoro Suárez, Manuel y Mariano Escalada, Manuel Rojas, Máximo Zamudio y muchos otros, sin contar los "mayores de treinta años", como Soler, Zapiola y Gregorio de Las Heras. Pues el Ejército de los Andes, a pesar de sus dos mil negros africanos; de sus granaderos a caballo, paraguayos o puntanos; de sus voluntarios de todas las provincias y aun extranjeros como Brandzen, O'Brien, Miller o Viel, era en realidad porteño en su núcleo inicial; porteño de corazón y porteño hasta por el garbo aristocrático de sus mejores oficiales.

Aquella juventud de Catedral al Norte y Catedral al Sur fué dividida más tarde por las banderías de la guerra civil. Pero aunque militasen en bandos opuestos, muchos supieron conservar los principios disciplinarios de su origen y la apostura de la escuela sanmartinista aun entre las turbas demagógicas y transmitir a las nuevas generaciones, cuando soplaban otros vientos políticos, la admiración por la gesta romántica que los llevó más allá de la gran Cordillera.

Buenos Aires fué aliento de la causa e impulso de la guerra, y sin ella no habría triunfado San Martín. Buenos Aires le acogió cuando, desconocido y sin parientes, volvía después de treinta años en Europa; y en la Argentina lo interpretaron y valoraron. Ella le dió hombres y recursos, la sangre de sus hijos y el estímulo del aplauso. La Argentina fué la peana para el heroico esfuerzo, y aun después del año 19, cuando nuevas dificultades e incomprensivos gobernantes abandonaron en Chile al conductor de ayer, la muchachada porteña que se enroló en el cuartel del Retiro siguió las banderas de su General. Y es por eso que cuando éste escribió su último diálogo con la posteridad tenía sólo presente a la Argentina y quiso que su corazón reposara en Buenos Aires, allí donde había encontrado los puntales firmes y duraderos de su obra hispanoamericana.



al Virrey. Sin embargo, San Martín hubiera permanecido menos tiempo en Pisco si no hubiera sido porque Pezuela le propuso esas negociaciones, que ya el general patriota esperaba, lo que hizo que retardara su salida, pero que de ninguna manera sirvieron de retraso a sus planes, sino al contrario.

Por otro lado, al saberse el desembarco de la expedición, a instancias de un oficial peruano se había proclamado independiente la provincia de Guayaquil, formando un gobierno provisional, a cuya cabeza se puso el famoso poeta José Joaquín de Olmedo, interponiéndose así los patriotas entre Quito y Lima. También contribuyó a perturbar los ánimos de los gubernamentales la captura de la *Esmeralda*, surta en El Callao, que fué tomada al abordaje después de fuerte lucha, y que Guise, el fundador de la Marina peruana, sacó de su fondeadero muy hábilmente.

San Martín estaba resuelto a no comprometer la suerte de la expedición en encuentros de dudoso éxito. En su campamento de Huaura esperaba también el alzamiento de Trujillo, cosa que no tardó en suceder al declarar el intendente de ella, D. José Bernardo

Tagle y Portocarrero, marqués de Torre Tagle, la independencia en cabildo abierto. Lambayeque le imitó, y Piura, con Juan Jerónimo Seminario a la cabeza, hizo otro tanto; de esta manera toda la costa norte peruana obedecía a las órdenes sanmartinianas.

En el campamento, si bien era azotado por las enfermedades propias de la zona, era raro el día en que no se recibían adhesiones a la causa patriota, desde el batallón Numancia hasta niños como Salaverry, futuro presidente de la República; así, los cuadros de su ejército se llenaban donde se presentaban sus tropas y su afianzamiento se confirmaba con noticias como la capitulación de los últimos barcos españoles *Prueba* y *Venganza*.

Por otra parte, Arenales había cumplido su consigna; de las poblaciones del interior había conseguido nuevos elementos, en hombres, dinero y víveres; había logrado atravesar el valle serrano del Mantaro sin sufrir derrotas, hasta que en Cerro de Pasco se encontró con el irlandés O'Reilly, que le cerraba el paso, y que después de un sangriento combate quedó derrotado. Sin embargo, sus triunfos iban a ser debilitados por la marcha de las tropas de Ricafort, que trataron de someter con mano dura los pueblos insurrectos. Arenales, mientras tanto, se reunía con San Martín; pero ya los hechos de la sierra habían causado la separación de los americanos del cabildo de Lima, que pedían al Virrey una capitulación con San Martín, del resto de la sociedad, que rechazaba todo pacto.

Pezuela creía que la guerra no sería favorable a España si no se le enviaban recursos, y tampoco se decidía por un ataque por temor de perder Lima; por esta indecisión sus propios jefes determinaron separarlo del mando, siendo el general D. José de la Serna proclamado Virrey del Perú por sus compañeros, lo que más tarde fué confirmado por el Rey de España. Sin embargo, esto no modificó la situación bélica del Perú, el bloqueo de Lima continuaba y la presencia de los montoneros se hacía sentir.

La penetración al interior fué encargada esta vez a Miller y se hizo efectiva por el Sur, en tanto que Gamarra y Arenales distraían por el centro al ejército español. Mientras esto sucedía se intentaban nuevas negociaciones de paz, pues en España se pensaba que bastaría la noticia del advenimiento del régimen liberal para obtener la pacificación de las colonias rebeldes. Por esta razón enviaron comisionados con facultades de ofrecer la conservación de rangos y poderes a los sublevados, siempre que se jurase la Constitución española y se mandasen diputados americanos a las Cortes. Llegado uno de estos enviados desembarcó en Huaura, siendo recibido por el general San Martín, pasando luego a Lima. El Virrey propuso entonces entrar en negociaciones. En Puncbauc se planteó el establecimiento de una monarquía independiente y la regencia momentánea del Virrey, otro de sus partidarios y el nombrado por San Martín; pero esto implicaba el reconocimiento de la independencia por España y el ejército realista rechazó otros puntos, a pesar de que el propio San Martín se ofrecía a venir a Madrid, como delegado, para explicar al Rey las causas de su determinación por la libertad. El fracaso de las conferencias dió por resultado el retiro de La Serna a la sierra, dejando el gobierno de la ciudad al peruano D. Pedro José de Zárate y Navía, marqués de Montemira. Mientras tanto, Jaén de Bracamoros, independizándose, se ponía a las órdenes de la Intendencia de Trujillo y la Comandancia general de Mainas hacia lo mismo.

* * *

Abandonada Lima crecieron los temores de verse atacados por la indíada, que merodeaba en las cercanías, lo que hizo que los notables, de acuerdo con el de Montemira, solicitaran a San Martín la protección de la ciudad. El jefe patriota se hallaba a bordo de uno de los barcos que bloqueaban el puerto, y ante el requerimiento de entrar en la capital ordenó la suspensión de las operaciones de los montoneros, al mismo tiempo que trasladaba su ejército y lo situaba entre Lima y Callao. San Martín se posesionó de Lima, aunque por su natural modestia no quiso hacerlo con el ceremonial propuesto, entrando de noche y acompañado por un solo ayudante.

EL Perú, como los demás países, estaba imbuido a principios del siglo XIX por las ideas que produjeron la revolución casi simultánea en el continente; si bien, debido a la mayor organización española existente en el país, fué posible contener por algún tiempo las manifestaciones de esas ideas, pero era un hecho que la masa social estaba agitada por las mismas causas e influida por los mismos propósitos. La atmósfera que se respiraba desde principios de siglo era revolucionaria, y fueron vanos los esfuerzos que las autoridades llevaron a cabo. El Perú no podía permanecer al margen de la situación general del Continente. La sociedad peruana se hallaba dividida en dos bandos: los llamados "godos", que apoyaban al régimen español, y los insurgentes, partidarios de la independencia. Los clubs de conspiradores que estos últimos habían formado enviaban al Gobierno de Santiago y al cuartel de San Martín todos los datos sobre los planes virreinales. Al mismo tiempo desde el extranjero se sublevaba la opinión del país por medio de agentes, muchos peruanos, que recorrieron el territorio durante los tres años precedentes a 1820. Así pudo San Martín, ya instalado en el Perú, iniciar su campaña más eficaz: la de cartas y proclamas, pues su verdadero campo de acción fué la mesa en la que redactaba las comunicaciones, que luego se repartían por las tierras peruanas.

* * *

Los independientes tenían a su favor el ambiente americano y sus buenas relaciones internacionales. La inferioridad de sus fuerzas y recursos estaba compensada por ser las tropas veteranas de otros encuentros con los gubernamentales, de los que habían salido victoriosas. A esto se unía su rigurosa disciplina, pero también su desconocimiento del terreno y de las gentes. El saber que una vez batido aquel puñado de hombres la formación de otro ejército patriota era imposible constituía un contrapeso. De aquí que la táctica de San Martín fuera esencialmente la guerra de zapa, como al mismo la denominaba, combinación de astucia y de prudencia, de sagacidad y de calma, que refleja bastante la índole de su espíritu. Por eso se ha dicho que "San Martín llevó al Perú más que un ejército una idea, y que se esforzó por agrupar en su contorno los elementos que podrían secundarla". Su táctica fué la de fomentar el descontento y la desertión, y su ejército sirvió de estímulo y de punto básico a que se acogieron las tendencias revolucionarias. No era hombre que confiase el éxito a combinaciones poco meditadas ni al afán de obtener glorias militares; él era ante todo un hombre de despacho. Al pisar tierra peruana se encontró con el difícil problema de jugarse su ideal a una sola carta, atacando con su poco numeroso ejército, o asimilar el Perú a la causa de la emancipación; San Martín prefirió lo último.

Fué así, acompañado de sus generales, veteranos de la independencia argentina (Arenales, Las Heras, Alvarado, Lavalle, Necochea, el inglés Miller y Cochrane, como almirante de la escuadra), y con numerosos chilenos y los peruanos partidarios de esas ideas que se encontraban en esas regiones, cómo desembarcó el 8 de septiembre de 1820 en la bahía de Paracas, cerca de Pisco, donde instaló su cuartel general. Allí San Martín puso en práctica su plan de campaña: aumentar sus fuerzas, tanto de hombres como de pertrechos, constituyendo las célebres guerrillas o primeras montoneras, que fueron un factor principalísimo en esta guerra. Allí conoció el estado de la opinión predominante en el Virreinato; allí recibió y aceptó del Virrey Pezuela el intento de resolver por vías pacíficas la contienda pendiente con las colonias americanas, tal como ordenara Fernando VII a su representante. Negociaciones que, por lo irreconciliable de sus puntos, estaban desde an es de empezar destinadas al fracaso. Desde allí también cumplía uno de sus objetivos: internar a Arenales en la sierra, el que provocando levantamientos en las poblaciones adictas amenazara por el centro a Lima, mientras él se reembarcaba para establecerse en Huaura, al norte de la capital, donde debía organizar el ejército libertador y hostilizar

Una vez ocupada la plaza no perdió el tiempo, inició la organización del ejército, dispuso lo necesario para el pronunciamiento de la opinión. Declarados por la libertad el Cabildo y las instituciones, determinó San Martín que se jurase la independencia, y convocados éstos, el clero y los hombres más destacados se reunieron en cabildo abierto, presididos por el Arzobispo, redactando el acta solemne, en la que poniendo a Dios por testigo se juraba defender la independencia del Perú, ofreciendo en el altar de la Patria la vida y la propiedad. Pocos días después ese documento guardaba más de tres mil firmas de los vecinos, que tanto nacionales como españoles, no habían podido concurrir. El sábado 28 de julio, con la mayor solemnidad, se proclamaba y juraba la independencia, ante el pabellón del nuevo Estado que San Martín enarbolaba, pronunciando estas palabras: "El Perú es desde este momento libre e independiente por la voluntad general de los pueblos y por la justicia de su causa, que Dios defiende. ¡Viva la Patria! ¡Viva la Libertad! ¡Viva la Independencia!"

* * *

Una jefatura general era necesaria y San Martín asumió el mando político de los departamentos adictos, con el título de Protector. Le ayudaban en su labor Juan García del Río, como ministro de Estado y RR. EE., encargado de gestionar los planes monárquicos sanmartinianos; D. Bernardo Monteagudo, cuyas medidas iban a proporcionar odios que culminarían con su asesinato, y como ministro de Hacienda el sabio peruano don Hipólito Unanue.

No tardaron en presentarse dificultades, siendo la mayor de todas la retirada de Lord Cochrane, aunque por otro lado se obtuvieran victorias como la capitulación por la mar de los castillos del Callao, que llegó a hacer pensar a San Martín que el final de la guerra se acercaba, dedicándose por esto a labores más pacíficas, como la elaboración del estatuto provisional, la libertad de esclavos, la creación de la Biblioteca Nacional, la libertad de imprenta y la adopción de un himno patrio. Además, muy caras a San Martín eran sus ideas monárquicas; de aquí que junto con las nuevas medidas propugnara otra, como la creación de la Orden del Sol, formando así una clase privilegiada cuyos favores alcanzaban hasta la tercera generación, y el reconocimiento de los títulos de Castilla, pues San Martín pensaba que dando por forma definitiva la monarquía aseguraba la estabilidad de las nuevas instituciones y terminaba con la anarquía, que ya empezaba a aparecer. Así, como un refuerzo a estas ideas, y con el objeto de acostumbrar la opinión, creó la "Sociedad Patriótica", pero con resultado contraproducente, pues para estos pueblos monarquía era sinónimo de colonia, y república, de libertad, sin discernir más allá de tales conceptos.

Mientras tanto, en la sierra las tropas virreinales se rehacían y obtenían triunfos, de gran importancia moral, sobre los patriotas, dominando el centro y el sur. Fue en estos momentos que San Martín se convenció que la guerra tomaba un carácter desfavorable para la nascente República y que era necesaria la cooperación colombiana. Delegando sus poderes en el marqués de Torre Tagle, que no era más que un instrumento en manos de Monteagudo, fué a reunirse con Bolívar en Guayaquil, donde iba a tener lugar la histórica entrevista, pero sabedor que no lo encontraría regresó al país.

El desastre de la Macacona que acababan de sufrir sus tropas le probó ampliamente que la reorganización realista era un hecho y que la inacción en que se habían mantenido los patriotas había dado lugar a divisiones y rivalidades, al ver que las medidas draconianas de Monteagudo producían gran descontento so-

cial; a tal punto pesaba esto sobre la opinión, que se llegó a pensar que la independencia real era un hecho bastante lejano.

Esto originó que se firmara en Lima un acuerdo con Colombia para ayudarse en la guerra contra las tropas gubernamentales, y por segunda vez San Martín se dirigió a Guayaquil, donde se encontró con que el general norteño había entrado ya triunfalmente en la ciudad y tenía ganados los ánimos para la incorporación de esta provincia a la Gran Colombia. Así, es a entrevista, en la que San Martín hizo despliegue de generosidad, llegando aún hasta ofrecer su espada a órdenes del Libertador, consiguiendo tan sólo la negativa de éste, lo convenció de que Bolívar ansiaba para sí solo la gloria de la liberación definitiva. San Martín pudo ver entonces cómo se perdía Guayaquil y la ayuda colombiana al mando de Bolívar mientras su presencia se mantuviese en el Perú. La conferencia en que se cifraban tantas esperanzas terminaba con la única ventaja de incorporarse a las filas patrióticas una división colombiana.

San Martín fuera del país y deportado Monteagudo por los excesos cometidos en su ausencia, el primer Congreso, que debía tener lugar en mayo de 1822 y que daría al Perú la forma de gobierno definitiva y la Constitución que lo rigiera, no pudo ser reunido hasta el 20 de septiembre del mismo año. Sólo ante él podía San Martín despojarse de las insignias del mando, que momentáneamente se había visto precisado a ejercer, despidiéndose del país con palabras que revelan la rectitud de su conciencia, la nobleza, la modestia y la sinceridad de su desprendimiento ante la causa de la independencia. El Congreso lo nombró Generalísimo de las armas del Perú, pero su determinación era irrevocable, pues bien claro lo había expresado ya: "... la presencia de un militar afortunado, por más desprendimiento que tenga, es temible a los Estados que de nuevo se constituyen...". Sólo aceptó el título y al día siguiente se alejaba rumbo al Viejo Mundo en busca de reposo, dejando su querido ejército, que más tarde figuraría brillantemente en Junín y Ayacucho, a las órdenes del jefe venezolano.

La guerra de emancipación de las colonias de la Madre Patria, que todavía empezaba para el Perú, era algo incontenible. Un fenómeno que a través de la Historia se repite, sólo podía retardarse para nuestro país por las circunstancias que rodeaban al Perú.



REMEDIOS DE ESCALADA

Y

JOSE DE SAN MARTIN

POR MARIA ELENA RAMOS MEJIA

AÑO de 1812. Era una mañana del mes de marzo; aun abrasaba el sol en ese fin de verano en la Plaza Mayor de Buenos Aires. A lo lejos, el río reverberaba, y había un vuelo de palomas en el aire. San Martín conversaba junto a los soportales del Cabildo con su amigo Alvear. En ese momento, en un revuelo de faldas y un frufú de enaguas almidonadas, pasó, acompañada por dos criadas negras, la "niña" Remedios de Escalada. Iba a misa a la catedral; una de las criadas llevaba el almohadón para que su amita se hincase a rezar sus oraciones.

"El óvalo fino, el cutis sonrosado, la boca deliciosa, los ojos grandes y como absortos en un sueño lejano", tal es como la describe Ricardo Rojas. Pasó, pero su mirada quedó prendida en esos ojos negros e imperiosos, que en ese momento demostraban admiración y quizás asombro. San Martín quedó absorto; ante su extraño mutismo, Alvear pregunta: "¿Qué tienes?" "¡Miedo!—contesta San Martín—. ¡Esa mujer me ha mirado para toda la vida!..."

Seis meses más tarde se efectuaba el matrimonio de doña María de los Remedios de Escalada y de la Quintana con el coronel de Granaderos D. José de San Martín y Matorras. Las campanas de la catedral fueron echadas a vuelo aquel 12 de septiembre de 1812. La novia tenía quince años.

Breve fué la luna de miel; en enero del año siguiente la batalla lo llamaba a San Lorenzo. En su primer combate en tierra americana estuvo a punto de perder la vida: una bala de cañón mató su caballo, arrastrándolo y apretándole una pierna en la caída; en el momento que un soldado iba a matarle con su bayoneta, Baigorria, un granadero puntano, le mató hundiéndole la lanza en el pecho; en ese momento el soldado Juan Bautista Cabral consiguió libertar a San Martín de su peligrosa situación, muriendo luego de las heridas recibidas en el lance.

En 1815, acompañada de su pariente doña Encarnación Escalada de Lawson y de doña Benita de Merlos y Basavilbaso de Corvalán, emprendió Remedios un arriesgado viaje a través de la pampa, hasta llegar a Mendoza, para reunirse con San Martín, que había pedido ser nombrado gobernador de Cuyo, "no porque apetezca el poder civil, que siempre ha desdeñado; es militar y acaricia la gloria; tiene su plan y quiere estudiar los Andes, cuyos imponentes macizos lo atraen con pasión irresistible".

Cuál no sería la emoción de esta jovencita de diecisiete años, que llegaba casi podemos decir a una segunda boda. Dos años habían pasado. Las distancias existían entonces en esa inmensa tierra argentina; las comunicaciones eran difíciles. El viaje de Remedios, acompañada por dos señoras, era en realidad una verdadera aventura; pero esta mujer criolla, que tenía diecinueve años menos que su marido, sintió que su misión estaba junto al que la había elegido por compañera.

Al año siguiente, 1816, nació el 24 de agosto Mercedes Tomasa de San Martín y Escalada. Tres años tenía su hija cuando San Martín las envía de retorno a Buenos Aires. La salud de Remedios era precaria. San Martín iba a iniciar la campaña de los Andes y creía conveniente para seguridad de su familia que ésta volviera a Buenos Aires. Remedios se resiste; quién sabe qué extraño presentimiento le da fuerzas para oponerse a la voluntad del marido; pero el cóndor debe emprender su vuelo solitario, el héroe debe sacrificar al hombre y San Martín se despide por última vez de su mujer.

Remedios se siente enferma, teme al viaje, y como supremo favor le pide a su tío, el general De la Quintana, que un ataúd la siguiera a lomos de mula.

Este temor se cumplía cuatro años más tarde, el 3 de agosto de 1823, a los veinticinco años de edad, sin haber vuelto a ver a aquel que por tan poco tiempo fué su marido. En la lenta agonía de la tisis sus pensamientos se remontaban a esa provincia de Cuyo, donde había sido tan breve pero tan profundamente feliz.

Aun la muerte los mantiene separados, pues mientras el general San Martín descansa en la catedral de Buenos Aires, los restos de su mujer yacen en el cementerio de la Recoleta, de la misma ciudad. En su tumba se puede leer el sencillo y lacónico homenaje del marido:

"Aquí yace Remedios de Escalada,
esposa y amiga del general San Martín."

Tal vez algún día la patria una en la muerte a estos dos seres, que ella separó en la vida.



LA MAGNANIMIDAD DE SAN MARTÍN

(LOS PRISIONEROS DE MAIPÚ)

POR CARLOS IBARGUREN

A mediados de febrero de 1819 San Martín fué a San Luis y se enteró allí de la tragedia ocurrida seis días antes, el 8 de ese mes: la conspiración y el fusilamiento de los prisioneros españoles de la batalla de Maipú, que aquél había confinado en esa ciudad. El Capitán, de alma siempre nobilísima en todos los momentos de su vida, quiso a raíz de la victoria de Maipú hacer llevadero el infortunio de los jefes enemigos rendidos, algunos de los cuales habían sido sus camaradas en España. En vez de tenerlos cautivos en una prisión resolvió mandarlos a San Luis, villa dormida y pequeña entonces en la desierta llanura argentina. Escribió al Teniente Gobernador de esa localidad, D. Vicente Dupuy, pidiéndole que atendiera con el mayor esmero y cordialidad a los vencidos, quienes debido a esa recomendación fueron tratados con las más delicadas atenciones. El brigadier Ordóñez, agradecido a San Martín por sus infinitas bondades, le escribió: "Debo inmensas atenciones a mi finísimo Jefe, Sr. Vicente Dupuy, teniente gobernador de San Luis; mis compañeros de armas con igual motivo así lo preconizan y todo refluje en mí satisfacción". Y el coronel Morla, otro prisionero, le decía: "La más ingrata de las criaturas sería yo si no manifestara a usted el cordial agradecimiento de mi corazón por multitud de beneficios a que le soy deudor. A usted le debo una nueva existencia, respirar un aire puro y gozar, en fin, una suerte feliz en medio de mis desgracias".

La vida deslizábase así placentera y el amor había convertido, para algunos de los militares españoles, a la pobre aldea puntana en el más dulce rincón de la tierra. Las bellas niñas Margarita, Ursula y Melchora Pringles, hermanas del alférez argentino que fué después el denodado coronel Pedro Pascual Pringles, tenían seducidos a varios de los confinados, y Melchora se había comprometido para casarse con el joven oficial prisionero Juan Ruiz Ordóñez, sobrino del brigadier. Esas horas felices se trocaron pronto en sombrías: Monteagudo, que poco antes había llegado allí, convenció a Dupuy de la necesidad de imponer a los españoles un régimen severo, y le arrancó un decreto en que se les prohibía salir de sus viviendas y visitar las casas de familia. Ello trajo un vivo malestar entre las autoridades y los confinados, quienes sabiendo que España enviaría una expedición al Río de la Plata y creyéndose favorecidos por la guerra civil desencadenada y la anarquía consiguiente, proyectaron sublevarse, asesinar a Dupuy y a las autoridades y huir para incorporarse a la montonera acaudillada por José Miguel Carrera. El complot estalló el 8 de abril y fué ahogado en sangre por el pueblo. Los jefes Ordóñez, Primo de Rivera, Morgado, Morla y más de veinte oficiales y gran número de clases y soldados españoles murieron en la refriega, y los que quedaron con vida en ese momento fueron fusilados, previo dictamen de Monteagudo. El único de los condenados cuya muerte fué aplazada, a imploración de su novia, la niña Melchora Pringles, fué el joven Juan Ruiz Ordóñez, que presenció la ejecución de sus compañeros y quedó engrillado hasta que llegara San Martín, que era esperado en San Luis en esos días.

El vencedor de Maipú llegó consternado por la tragedia. "Al verme el general San Martín"—escribió muchos años después Juan Ruiz Ordóñez a D. Mariano Balcarce—conoci que se afectó al presentarme yo, tan joven, estropeado, con una cadena tan larga que me cruzaba la cintura y tan pesada que no podía con ella. Me hizo sentar en una silla, me acarició y con dulces palabras me preguntó por lo acontecido; llamó a un ordenanza para que viniese un herrero y en su presencia me quitaron el grillete del pie con la cadena, y mandando al gobernador Dupuy, que estaba presente con mucha sumisión de pie, que inmediatamente se me vistiese con la decencia que me correspondía y el trato consiguiente y quedase hasta nueva disposición arrestado en el cuartel. A las dos horas vino al cuartel el gobernador Dupuy dándome la mano y diciéndome:—Está usted perdonado de la vida por la patria y por el Excmo. Sr. D. José de San Martín". La magnanimidad del Libertador permitió que la sangrienta tragedia de los prisioneros de Maipú, en la que se mezclara el amor y la muerte, tuviera su fin en un idilio.



San Martín en Chile

Por JAIME EYZAGUIRRE

ALGUNOS años habían corrido desde la muerte del General San Martín, cuando un chileno trotamundos y de gran ingenio, D. Vicente Pérez Rosales, llegó hasta la casa que habitara el héroe en las inmediaciones de París y junto a las aguas del río Marne. Todo estaba allí dispuesto por los deudos del capitán andino como si éste estuviera aún realizando su vida normal. Ni un solo pueblo, ni un solo objeto habían sido removidos de su sitio, y en el "cuarto del Padre", como le denominaban con reverencia el verno Balcárcel y su mujer, se hallaba el catre de campaña donde rindió el postrer suspiro, y a su lado, en un velador, hasta los restos del último cigarro fumado por el triunfador de Maipo. La atmósfera era de recuerdo, de unción. Parecía que en ese sitio el tránsito del mundo se hubiera detenido para depositar su silencio y su respeto.

Pérez Rosales recorrió el cuarto con inmensa emoción y su vista se detuvo frente a los objetos más evocadores: el proverbial sombrero de hule y el sable corvo, con cadenilla. Allí estaba recogido un trozo de la historia de Chile. De esa historia aun fresca, cargada de azares y dolores, de alegrías y triunfos.

La conocía él como pocos, pues su edad se confundía casi con la de la patria independiente. Cada paso del Chile nuevo estaba ligado a su sangre y a su existencia. Desde el año 1810, en que su abuelo don Juan Enrique Rosales integró la primera Junta Nacional de Gobierno, la calma había huído del hogar para dejar sitio a las inquietudes del espíritu revolucionario. Los agitados debates del Congreso de 1814, los pronunciamientos de Carrera, las sucesivas invasiones de Pareja, Gainza y Osorio y el desastre de Rancagua, estaban presentes en su memoria. Después del fracaso de las armas patriotas, él, niño de siete años, vió sacar a su abuelo de su lecho de enfermo para ser conducido al presidio de Juan Fernández y arrastrar a su madre, doña Mercedes Rosales, a la cárcel, como a un delincuente común. Era el apogeo de la violencia política, y entonces para los vencidos no se alzó más que una esperanza: el ejército que tras los Andes preparaba con incansable tesón don José de San Martín, con el concurso generoso del modesto O'Higgins.

Estos nombres, musitados al principio en el secreto de las alcobas como conjuros mágicos, fueron corriendo de boca en boca y acabaron tomando cada vez más contorno, hasta transformarse en una realidad vigorosa y aplastante. El 12 de febrero de 1817 las armas del Rey eran vencidas en Chacabuco y las puertas de la ciudad de Santiago se abrían a los triunfadores San Martín y O'Higgins. Pocos días más tarde Pérez Rosales contemplaría por primera vez la faz morena y curtida del capitán de los Andes. Un suntuoso sarao ofrecido por doña Mercedes Rosales para festejar a los vencedores, congregó en su casa a lo más granado del ejército argentino-chileno y el jefe aguerrido pasó a ser, como era natural, el centro de toda la reunión. Sus brindis alegres, su cordialidad en el trato y el conmovedor acento de esa su voz baja y bien afinada con que al término de la fiesta hizo oír el himno de su patria, quedaron grabados para siempre en el recuerdo del joven Pérez Rosales.

Pasaron los años. San Martín ha marchado al Perú a encender allí la llama de la revolución. En Chile se siguen con apretado interés todas sus actuaciones, y luego se habla de sus triunfos, de sus dificultades y de sus desengaños. Pérez Rosales lo hallará de retorno en 1822 y lo verá también partir para siempre de la tierra que ayudó como nadie a libertar, con la amarga resolución de buscar en el voluntario ostracismo en Europa una paz para el espíritu que le negaban los nuevos pueblos soberanos de América. Como Bolívar, su heroico émulo del Norte, el capitán andino había comprobado muy pronto que tras la dulce palabra libertad se escondía la ensangrentada noche de la anarquía. Y sus ojos, que no tuvieron valor para contemplar el tremendo espectáculo fratricida, huyeron a refugiarse en el paisaje de Europa.

Un día del año de 1829, de paso por París, la melancolía le llevó a visitar el colegio que en la calle de Montreuil regentaba el liberal español D. Manuel Silvela, y donde recibían educación numerosos muchachos hispanoamericanos. Vestido de levita gris y apoyado en un grueso bastón, el vencedor de Maipo se abrió paso entre los rostros curiosos de los estudiantes, muchos de ellos hijos de amigos y de compañeros de armas. Habló con unos y con otros en su idioma afable y cautivador. Preguntóles sus nombres e inquirió con interés noticias de sus padres y de las patrias lejanas. Sólo uno de los jóvenes no esperó el turno, sino que se abalanzó a su encuentro con los brazos abiertos, gritando: "¡Mi General!" Era Vicente Pérez Rosales. Fué un momento de emoción incontrolable. En el rostro curtido del soldado brilló una lágrima de ternura. Chile le había salido al encuentro en el destierro, prodigándole su cariño.

Desde entonces, y a lo largo de todo el año de 1830, era frecuente ver pasear a San Martín acompañado del estudiante santiaguino bajo los hermosos árboles de las Tullerías. El pasado y el presente se daban allí cita estrecha y afectuosa. Sólo el regreso impostergable a la patria del mozalbeta paralizó el caudaloso diálogo. Veintinueve años después, el ya maduro Pérez Rosales vendría a reanudar con los objetos evocadores del héroe el hilo de una confidencia que superaba a la muerte.



LARA.

FORMACION ESPANOLA DEL GENERAL SAN MARTIN

Por Luis BERMUDEZ DE CASTRO
(General del Ejército Español y general del Ejército Peruano)



Las figuras militares, como las civiles, que intervinieron poderosamente en los grandes acontecimientos de la historia del mundo, inspiran, además de la admiración que merecen sus altos hechos, sentimientos de indiferencia o simpatía más o menos profunda y extensa según sus condiciones personales, porque el genio es independiente de las virtudes; la virtud es un imán que atrae quizá con menos fuerza que el genio, pero que dura mucho más la atracción y rodea al genio de una aureola más cariñosa, más íntima.

El ejemplo de Napoleón I no puede ser más claro; nadie niega su genio militar y político, pero también nadie ignora que tras Napoleón había un pícaro, un egoísta, un hombre vulgar en sus sentimientos poco delicados y un ambicioso personalista, maestro en despreocupaciones morales; sabido es que el honor y la vergüenza son bagajes muy pesados para escalar las cumbres, y hay genios que los arrojan antes de subir y otros que por llevarlos encima no llegan a la cúspide; pero éstos son más dignos de ser admirados y comprendidos.

Una de las características de la formación espiritual española es que aunque la honra pesa mucho, la lleva siempre consigo y la utiliza como fuerza impelente en el cumplimiento del deber.

En toda la historia del General D. José de San Martín se transparenta constantemente el freno que ejerce la propia estimación, sacrificando el metro individual a la conveniencia colectiva, representada por las ideas de Patria y Honor.

La conferencia en Guayaquil entre San Martín y Bolívar nadie la presencié, no hubo festigos; para la historia es un secreto, pero el resultado de ella pone de manifiesto que uno de los dos tenía que sacrificarse a sí mismo, y éste fué San Martín; si de esta histórica conferencia no hubiera salido ninguna decisión, en las filas de los independientes habría surgido la guerra civil.

Aquellos sucesos no podían llevar en sí un sello más español, porque españoles eran todos; en el campo realista andaban a la greña constitucionales y absolutistas; no había tampoco mucha cohesión ideológica en el republicano; Bolívar pensaba de una manera muy diferente a como pensaba San Martín; aquél, más radical; éste, más conservador y rozando el realismo; las tropas de cada uno les hubieran seguido hasta la muerte (muy español también esto); San Martín renunció a la polémica embarcando para Europa.

Tiene el soldado de España justa fama mundial de ser un excelente soldado, y efectivamente lo es y lo ha sido siempre; ¿a quién lo debe?; al Cuerpo de Oficiales, que reúne condiciones únicas: valor, serenidad, amor al peligro, alegría, resistencia moral y física, abnegación, espíritu de sacrificio, destreza en el mando y saber hacerse querer; la tropa española, lo mismo que la que luchaba contra ella, obedecía a los Oficiales por cariño más que por obligación; un ejemplo: los llaneros de Bobes pelearon, mientras éste vivió, por España; muerto su Jefe y sustituido por el indio Páez, segundo de Bobes, Páez se pasó a los republicanos, y con él y por él, todos los llaneros se pasaron también. La disidencia práctica entre Bolívar y San Martín habría partido en bandos al ejército republicano, despertando el espíritu regional, que es igual al espíritu de cabilas—gotitas de la sangre árabe que criollos y peninsulares llevamos todos en las venas—, tendencia centrífuga que cristalizó terminada la guerra, al crearse y organizarse las naciones independientes unas de otras del inmenso territorio hispanoamericano. El sueño de Bolívar no se realizó porque ni siquiera la Gran Colombia llegó a ser una realidad. Quizá San Martín, de formación tan española, previó esta disociación en la conferencia de Guayaquil.

Hay que bendecir nuestro espíritu provincial. El buen alcalde de Móstoles, declarando por su cuenta y sin consultar a nadie la guerra a Napoleón, es un símbolo, y las Juntas regionales y provinciales, levantando sus propios ejércitos para guerrear por la independencia, son un efecto del espíritu de cabila, que asimismo ha creado el exaltado y ardiente patriotismo de las naciones hispanoamericanas, capaces de defender sus patrias hasta la última gota de su sangre. Demostraciones vivas, palpitantes, de su carácter racial, eterno e inmovible. Todas las reacciones de estos países son idénticas en el fondo y en la forma, y no las cambiará jamás ninguna influencia extraña.

Que la formación espiritual de San Martín sea específicamente española no puede extrañar, porque además de venir de natura se fué reforzando y ambientando en su educación. Hasta los ocho años de edad vivió en la Argentina; su familia era de calidad noble (según se consigna en su hoja de servicios y se ratifica—ya en España—por su ingreso en el Seminario de Nobles, colegio donde los niños desde los doce años recibían educación militar). A la edad en que San Martín dejó el país se olvidan las primeras impresiones de la vida, y como allí no dejó familia ni en sus pocos años amistades ni recuerdos profundos, y además la ausencia y el olvido son hermanos, el ambiente español y militar del colegio fueron su primera teta, que según el refrán no se digiere nunca; la patria chica de Buenos Aires debió desvanecerse pronto para dar origen a las nuevas amistades y vida nueva. En el hogar familiar oíría a su padre—Capitán de Infantería—hablar del cuartel y del servicio, familiarizándose con las prendas militares, y sus primeros juguetes serían el sable de hojalata, el palo con cabeza de caballo de cartón y el sombrero de papel con plumas del plumero de limpiar; en seguida, el primer pantalón largo y la casaquilla azul con botones dorados del uniforme del colegio; a los catorce años, Caballero Cadete de un Regimiento, haciendo servicio un año de soldado, otro de Cabo, el tercero de Sargento, y diez meses de prácticas de Oficial; después, campañas y vicisitudes de la guerra.

Pero yo no voy a hacer la biografía de San Martín en un artículo, cuando exigiría un grueso volumen; voy a demostrar que irremisiblemente la formación del futuro General americano tenía que ser reciamente española; ni siquiera es posible reconstituir punto por punto su historia militar en los veinticinco años que sirvió en el Ejército español, porque su hoja de servicios no aparece completa, sino dos folios, uno de los cuales—el que más detalles consigna—se reproduce en estas páginas de MVNDO HISPÁNICO. Tras una búsqueda minuciosa han aparecido los dos pedazos de la hoja de servicios en el Archivo General Militar, situado en el Alcázar de Segovia, donde se guarda como una verdadera joya; es de su época de Capitán del Regimiento de Infantería de Murcia, cuando contaba veintisiete años de edad; en el dorso del folio aparece su concepción, firmada por el Jefe del Cuerpo y el Inspector General, que estampan las notas de "valor, acreditado; aplicación, mucha; capacidad, mucha; conducta, buena, y estado, soltero"; la concepción particular del General Inspector es concisa y rotunda, conforme a las locuciones militares, y dice así: "Este Oficial sirve bien". Tres años después, es decir, a los treinta y un años, San Martín había ganado dos empleos por méritos de guerra y era Teniente Coronel. ¿Cómo, según la historia de la batalla, aparece en Bailén de Comandante de Infantería, mandando dos escuadrones del Regimiento de Caballería de Borbón? Téngase en cuenta que el Ejército, organizado de prisa y corriendo por el General Castaños, estaba compuesto de trozos de Regimientos, rebañaduras de las tropas de Andalucía, paisanos voluntarios, contrabandistas, algunos trabucaires que vivían en Sierra Morena a espaldas de la ley, jinetes garrochistas en las ganaderías de toros bravos, más los guerrilleros llegados de todas partes; como núcleos veteranos no existían más que dos Batallones del Regimiento de Ordenes Militares y dos Escuadrones del Regimiento de Caballería de Borbón, cuyo Jefe natural debió inutilizarse por alguna causa o accidente y lo sustituyó el General con el Comandante San Martín, a quien conocía, y del que debió tener un elevado concepto, que en la batalla se justificó, demostrando San Martín que no en vano era inmejorable su fama de valiente y de buen táctico.

Se le encomendó dirigir, guiar, aquella masa abigarrada de jinetes, evitando la posible dispersión de tan bisonas tropas, y siendo él su firme apoyo en el combate. La carga de la Caballería española contra la francesa, formada en su mayor parte por coraceros—poco vulnerables a los cuchillos y navajas atados a la punta de las garrochas—fué heroica, pero no hubiera obtenido el resultado que obtuvo sin el empuje y el coraje de los lanceros de Borbón; admirable estuvo la Artillería española, que desmontó todas las piezas enemigas, y no menos lo fué la Infantería, resistiendo y rechazando los ataques frenéticos de los marinos de la Guardia y los cazadores franceses; pero quizá la mayor parte de la gloria posiblemente correspondiera a la Caballería, cuyo Jefe, San Martín, recibió sobre el mismo campo de batalla su ascenso a Teniente Coronel y un abrazo muy largo del viejo General Castaños.

Estaba, pues, el argentino en el ápice de su reputación militar; el porvenir que se le ofrecía no podía ser más esplendoroso; siguió algún tiempo en campaña, cosechando siempre laureles, y de repente apareció en América, y no en las filas de los soldados de España. ¿Qué secreto hay en la vida de San Martín que le hizo cambiar radicalmente la trayectoria de su brillantísima carrera? No se ha traslucido nunca; se ignora que le alcanzara alguno de esos disgustos que impulsan a romper el porvenir, por muy brillante que sea; su

INFORME DEL INSPECTOR.

Este oficial sirve bien

NOTAS DEL COMANDANTE.

Valor. *Acreditado*
 Aplicación. *Mucha*
 Capacidad. *Y dem.*
 Conducta. *Y dem.*
 Estado. *Soltero*

REALES LICENCIAS Y PRORROGAS QUE HA USADO ESTE OFICIAL.

conducta militar y privada continuaron siempre impecables. ¿Qué misterio encierra la determinación de San Martín, hombre algo reservado, serio, formal, absolutamente dueño de sí mismo, incapaz de ligereza ni de llevar a cabo una acción sin pensarla y estudiarla antes concienzudamente?

Pero, en fin, ello sucedió, y el antiguo Oficial español llevó al Ejército americano su experiencia, sus virtudes militares y su formación espiritual española, infundiendo a sus nuevas tropas la severa disciplina y hasta el uniforme que él había vestido siendo Capitán de Granaderos en los Regimientos de Infantería de Burgos.

Su emigración en Francia fué, como todos los actos de su vida, discreta y ejemplar; frente al Océano, que era el rumbo a su Patria, se extinguió aquella vida que dejó en la Historia del Ejército español y del Ejército hispanoamericano un ejemplo imborrable y una estela de gloria que la posteridad premia con dos sentimientos inmarcesibles: el de la gratitud de un pueblo que le dedica estatuas y el de la admiración de otro que no le regatea el elogio a sus cualidades; su cuerpo yace en la Patria donde nació, y allí, junto a él, ha llevado España el de su padre, noble y viejo Capitán de Infantería española, para que en la misma tumba queden juntos eternamente el homenaje de la Argentina a su héroe y el cariño de la vieja Patria, nunca ausente de América.

BATALLON DE INFANTERIA LIGERA-
VOLUNTARIOS DE CANPO MAYOR.

El *Capitan Segundo D. José de S. Martín y Marrocas* su edad *27* años,
su Pais *Buenos Ayres en America* su calidad *Noble, hijo de Capitan* su salud *Buena*.
sus servicios, y circunstancias los que se expresan.

Tiempo en que enpezó á servir los empleos. || Tiempo que ha que sirve, y quanto en cada empleo.

ENPLEOS.	Dias.	Meses.	Años.	ENPLEOS.	Años.	Meses.	Dias.
<i>Castro</i>	<i>21</i>	<i>Julio</i>	<i>1782</i>	<i>De Cadete</i>	<i>5</i>	<i>10</i>	<i>28</i>
<i>Segundo Subteniente</i>	<i>19</i>	<i>Junio</i>	<i>1793</i>	<i>De Segundo Subteniente</i>	<i>1</i>	<i>1</i>	<i>8</i>
<i>Primer Subteniente</i>	<i>28</i>	<i>Julio</i>	<i>1794</i>	<i>De Primer Subteniente</i>	<i>1</i>	<i>9</i>	<i>10</i>
<i>Segundo Teniente</i>	<i>8</i>	<i>Mayo</i>	<i>1795</i>	<i>De Segundo Teniente</i>	<i>7</i>	<i>7</i>	<i>12</i>
<i>Segundo Ayudante</i>	<i>26</i>	<i>Diciem.</i>	<i>1802</i>	<i>De Segundo Ayudante</i>	<i>1</i>	<i>10</i>	<i>6</i>
<i>Capitan Segundo</i>	<i>1</i>	<i>Novi.</i>	<i>806</i>	<i>De Capitan Segundo</i>	<i>2</i>	<i>1</i>	<i>22</i>
Total hasta fin de <i>Diciembre de 1806.</i>				<i>17</i> <i>5</i> <i>10</i>			

REGIMIENTOS DONDE HA SERVIDO.

En el de Murcia Trece años cinco meses y cinco dias, y lo restante en este.

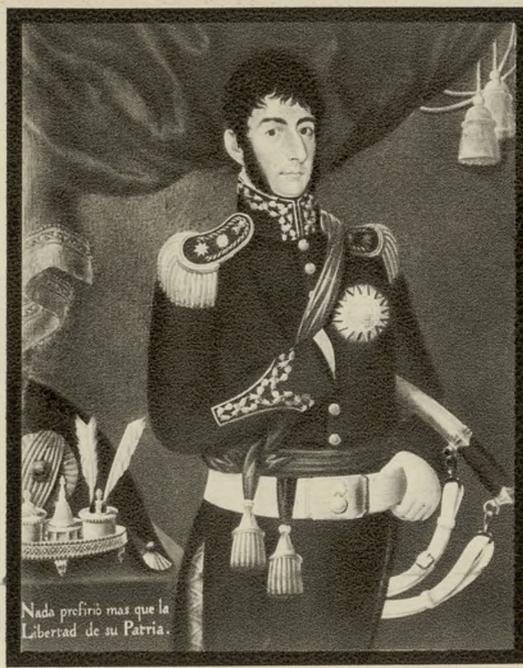
CANPAÑAS, Y ACCIONES DE GUERRA EN QUE SE HA HALLADO.

Ha hecho un Detachamento de 12 dias en Melilla: se halló desde 23 de Junio de 80, suscitándose el fuego que hicieron los Moros en los 33 dias de Ataque contra la Plaza de Orán, haciendo el servicio contra Comp.^{ta} de Granaderos: En el Exito de Otragon ocho meses de donde pasó al Rosellon, y concurrió a la toma de Torre Basteras y Cruz del Tercero; Ataque de las Alpujarras de Mombolo y S.^{ta} Marta y Baterías del Villalongor; en el de Bédouil, y en 1794 Alpujarras, Vicharo a los Enemigos por segunda vez; hizo una salida a la Hermita de S.^{ta} Luc, estando en el Ataque que dieron los Enemigos en Barbentore el dia 2 de Julio de 80, en el que se dio una Bateria el S.^{ta} Subsistiendo en la Defensa hasta la Rendición de Colliubri el 26 del propio mes; Estubo en la Fragata de la Real Armada la Dorotea un año y veinte y tres dias, y con ella se halló en el combate que sostuvo el dia 17 de Julio de 80, contra el Navio de Guerra Ingles, el Lion: En la Campaña contra Portugal desde el 22 de Mayo de 80, hasta la Paz, y en el Comisio que sufrió la Plaza de Cadix en 801.

Josafael Navarro



Litografía de Teodoro Gérica.

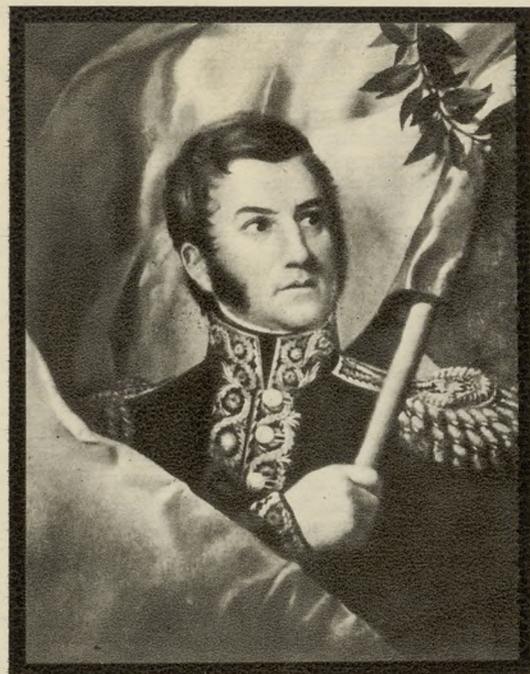


Óleo del peruano José Gil de Castro.



Grabado de Núñez de Ibarra.

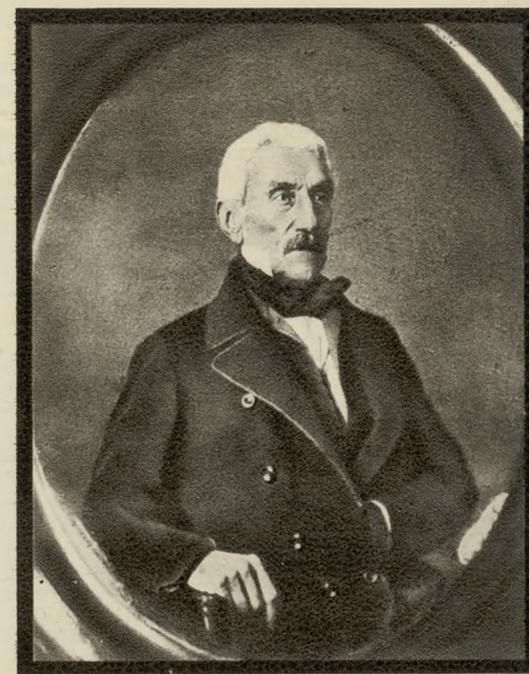
SAN MARTIN EN EL ARTE



Óleo del maestro de pintura de la hija de San Martín.



Litografía de Juan Bautista Madón.



Daguerrotipo realizado en 1848

I
CON su idea de San Martín, nuestro pueblo ya ve al héroe arriba, muy en alto, trasponiendo los Andes con su ejército libertador, por el mismo filo dentado de las cordilleras, al borde del abismo. El pueblo no precisa ni puede saber de otro modo la historia.

Y sin embargo todo fué así, a tanta altura, tan peligroso, tan audaz tan calladamente sereno y tan abnegado en la vida y en los hechos del héroe. Su abandono de España y su celada incorporación de hombre desconocido al grupo patriota de Buenos Aires; el milagro de vencer y conservar la vida en su bantismo americano de sangre en la batalla de San Lorenzo; su sacrificador cruce de las cordilleras, en el que sólo en monturas y mulas de carga la montaña le devoró las dos terceras partes; su triunfo de Chacabuco, donde en esa sola suerte jugó el destino de la Revolución; su noche de Cancha Rayada, amargo abono de su voluntad libertadora que preparó su victoria de Maipú, definitiva en la guerra de Sudamérica; su posesión y su Protectorado del Perú; su solución paternal del trágico conflicto de Guayaquil; su segundo destierro, el de su esperanza, el de su espíritu, cuando, en 1829, quiso volver a su patria, y llegó hasta el puerto de Buenos Aires, para retornar al destierro. En fin, todo; su vida, su salud, su matrimonio; todo, hasta la paz de su muerte, anduvo así, al filo del abismo; todo fué así, fructificado de lo imposible, en la historia del héroe. Él mismo lo dijo en esa contradictoria frase

hecha, pero estrictamente autobiográfica en su doble sentido, con que selló la agonía de su existencia: «c'est l'orage qui mène au port».

II

Los trabajos, los triunfos y la muerte del hombre, que el pueblo conoce siempre a su modo y a pesar de pesares, pues son sus trabajos, sus triunfos y su muerte, hacen historia psíquica en el curso permanente de la vida popular. Y lo que de esta historia viviente—distinta de la razonada y escrita—, se decanta por sí mismo en el espíritu del pueblo, como valor ético para afrontar los trabajos, los triunfos y las muertes que vendrán, es el culto, el culto y la cultura.

Sólo cuando la vida del hombre y el espíritu del pueblo se han unido en este plano cultural, el arte, que es testimonio de la unión de la vida con el culto del valor ético y forma expresiva de cultura, sólo entonces el arte puede dar fiel y cumplida cuenta de sus medios y del fin que los mueve, pues sólo entonces también son una misma cosa letra y espíritu.

III

Con su segunda batalla libertadora, la victoria de Chacabuco hizo cuerpo la primera consecuencia artística de la actividad histórica de San Martín. Fué un par de retratos pintados por el peruano José Gil de Castro, residente en Chile. Luego,

traído por el triunfo de Maipú y la visita del guerrero a Buenos Aires, en busca de apoyo para la prosecución de la campaña, se agregó el grabado de Núñez de Ibarra, efigie ecuestre complementaria de los honores que el Director Supremo, Pueyrredón, y la ciudad prepararon en recibimiento del héroe, pero que el hombre dejó adrede en blanco, pues que los eludió entrando de incógnito a refugiarse en su casa.

Ya definidos el caso heroico y la independencia sudamericana con la suerte de Maipú, nuevos retratos de Gil de Castro acompañaron a los anteriores y otra efigie ecuestre, ésta litografiada por Teodoro Gericault, primera publicación artística sanmartiniana de fuera del Continente, vino a agregarse a su modelo, el grabado de Núñez Ibarra. Poco más tarde llegaron, ya en su plástica de masas y movimiento, el teatro y los hechos mismos de la guerra, es decir Chacabuco y Maipú. De ambas batallas, sendas litografías de Gericault, y de la de Maipú, golpe definitivo en la suerte de Sudamérica, también un óleo de Mauricio Rugendas y otro de Apolinario Fran.

Está dicho pues que lo primero fué lo iconográfico y lo segundo las batallas en el arte pro San Martín. Tiempo romántico aquél, en el que Europa entera sentía la afición de representar, como una inmensa compañía teatral, las históricas antigüedades de Occidente, y en que el hombre común se tuteaba o creía tutearse con el espíritu, los legendarios oficios y los hechos del héroe, todo o casi todo el arte era heroico de afición. De ahí nos quedó a los sudamericanos el estilo declamatorio y grandilocuente que hasta hace poco no se nos despegaba. Y de ahí viene, por lo menos de ahí le vino a todo el siglo XX, que comenzó a mediados del XIX y hace treinta años ha terminado, el arte de homenaje, de puro homenaje a que en el arte se estuvo reduciendo lo heroico y lo histórico.

En tal estilo, fácil le fué a Gericault dibujar en Francia sus respectivas litografías de las batallas de Chacabuco y Maipú, como imposible se le hubiera hecho a Rugendas sustraerse a él en su hermosa batalla de Maipú, ello a pesar de la composición classicista y la airosa signación caracterológica del soldado chileno. Pero y con todo, los retratos pintados por Gil de Castro son caso aparte. Con su poder de documentación fisonómico-psicológica y la heredada grandilocuencia romántica, dosificada por el primitivismo sintetista de su espíritu y de su incipiente oficio, Gil de Castro ha transmitido a la historia una imagen de San Martín sin duda tan retratísticamente cierta y tan cumplida en cuanto a la personalidad heroica cuanto llena de sugerencias sobre lo que fueron entonces héroes, guerra, cultura y pintura de tierras de Sudamérica.

IV

El arte de los recibimientos, las proclamaciones y los homenajes, que aparece cual un eco inmediato de los hechos y los pasos del héroe, y que aquí y entonces, como siempre y en todas partes, tomó su inflexión de la de los modelos históricos y los legendarios, acompañó a San Martín hasta el día de su destierro voluntario y estratégico, resuelto a raíz del desacuerdo de Guayaquil, pues está aclarado que en bien de una armónica independencia americana el capitán de los Andes suspendió su empresa y la cedió a quien la deseaba. Pero también le siguió hasta el día de la partida y aún hasta la soledad del exilio, el otro coro, el del derrotismo, de las execraciones y las calumnias, el que igualmente sigue como eco inmediato de sus propios hechos y de sus propios pasos a todo héroe que de verdad lo sea y, asimismo, toma su modelo de la eterna maldición terrena.

Si por un lado alrededor de las presencias iconográficas y las efigies ecuestres cantaban las poesías cultas oficiales o de privada voluntad y por otro las coplas populares en las cuales también las había del bando contrario.

V

Así llega el guerrero a su destierro en Europa, en el que pasan años y años



«Revista de Rancagua», óleo de Juan Mauricio Rugenda.

de soledad y agonía espiritual. Pues, ¿quién es él ahora? Ahora, ni el heroico coronel de España, ni el que volvió a América para independizarla, ni el que murió y resucitó en San Lorenzo, ni el que cruzó, enfermo, ocho veces los Andes y así libertó medio Continente, ni el General San Martín, ni el niño de Yapeyú. ¡Qué extraño todo aquello!... ¿Y su patria? ¿Y América? El único vínculo civil con ellas eran la carta de tal cual amigo, a través de los meses y al cabo de los años, la visita de algún conocido o de una alma de paso que se creía llamada a la piedad.

Tan ralas, cartas y visitas, le confirmaban, en los detalles de los sucesos, lo que él había visto y previsto en esencia y por lo que había clamado desde mucho antes de ocurrir: la América de la Independencia era corroída por las ambiciones personales y las pasiones de banderías; las Provincias Unidas, el trozo mismo de vida que fué la patria de nacimiento, destrozado y ensangrentado por los caudillismos regionales y por el despotismo. Todo y lo único que había sido y era «el destino», en trance de perderse, a poco que algunos gobiernos europeos lo quisiesen perder. El otro, el héroe del Norte, muerto en el destierro y en el desprecio... «¿Valía la pena?»...

Fueron los años del peregrinaje por Inglaterra, Bélgica, Francia, y de las largas estancias de crónico convaleciente espiritual, sin trato con los demás hombres, sin fin conocido ni destino, en Bruselas, Grand Bourg, Boulogne sur Mer. Los años de «la educación de Mercedesitas», su hija; de «la juventud» y «la preparación» de Mercedesitas «para la vida»; del casamiento de Mercedesitas con el hijo de otro guerrero argentino, Balcarce; de la ausencia de Mercedesitas, ya

casada y ahora residente en Buenos Aires y los años de la presencia y el crecimiento de las hijas de Mercedesitas, sus nietas, todos muy plausibles pretextos, por cierto, para que también el héroe fenecido quisiera burlar a la historia, él en la forma de seguir viviendo y ocupándose de su difícil subsistencia y de su precaria salud. Fueron, tan confusos cuanto despreciados por sus sentimientos y su personal cronología, los años de los retratos de Juan Bautista Madou y del de la profesora de Mercedesitas, en Bruselas.

Se ha dicho que el desterrado aborrecía posar. Que él también opinó que Madou lo había sacado muy parecido en el retrato que le hizo (el de uniforme militar, no hablemos del otro), y que era su preferido el que le había mandado hacer Mercedesitas, pues que lo tuvo siempre colgado en su cuarto. Como para veras efigies de héroe estaba el hombre. Pero ¿qué había de hacer? ¿No era un signo del amoroso entendimiento de su hija respecto de aquel escondido llanto de años y años este retrato en posteridad que ella le había hecho pintar, donde él demoraba envuelto en la bandera argentina que estaba sosteniendo en el destierro, ausente del todo y por fin en ese después, mucho después de muerto? Y ¿qué tenía que hacer con las dos litografías de Madou? ¿Había pensado él en esos retratos de prócer, ni en otros, ni le importaba alguno? ¿No era igualmente un inopinado y temprano testimonio de la posteridad el retrato de Bolívar que también se mostraba en su cuarto? ¿Qué tenía que juzgar él? Además, como para glorias de héroe triunfal, envuelto en la bandera de todos, estaba la patria.

También eran esos, esos y otros, que vinieron después de la muerte del des-



«Batalla de Maipú», óleo de Juan Mauricio Rugenda.

terrado, los años decisivos de las batallas y los abrazos en el arte sanmartiniano. La de Chacabuco, la de Maipú; el abrazo de San Martín y O'Higgins en Maipú, el de los dos guerreros en Chacabuco. Más realistas y menos de pura ficción convencional éstos, más clásicos y artísticos aquéllos, más románticos los otros, el hecho es que, a pesar de todo, la historia que tiene su madre en las evocaciones colectivas comenzaba, aunque lenta, a imaginar históricamente a los hombres y la revolución de la independencia, y echaba ya una mirada política sobre el país, donde estaban sucediendo otros hechos, dignos también de llamar después su atención, precisamente a fuer de tremendos.

Descendieron entonces de la pintura de batallas y abrazos los documentales históricos al modo de «el combate de San Lorenzo», «el paso de los Andes», «San Martín en la cuesta del Portillo», «la revista de Rancagua», «el campamento del Plumerillo», transportados al arte por Villanueva, Subercaseaux, Pandori, Blanes, Boneo, Ballerini, Boucher, Blanqué, Coppini, y acompañados siempre de algún nuevo retrato, como el tan sugestivo que Rugendas dibujó en Chile, en líneas de apunte y los que provinieron ya del daguerrotipo, como el óleo de Mercedesitas y las aguafuertes de Castán.

Pero, sumergido siempre en su destierro, nada de todo eso vió ni supo jamás el héroe. Al comienzo por hallarse separado de las consecuencias de sus hechos por el sello que él mismo puso tras el exilio; después por el de rechazo y de olvido con que su tierra ratificó la ausencia. La muerte puso el tercer sello.

Sí, eran los contradictorios años en que casi todo hervía junto, aunque no había sido puesto junto por el tiempo: la guerra civil y los odios internos; los ataques y los intentos de invasión desde el exterior; la unidad y la organización; el deslumbramiento del modelo extranjero y del progreso. Los años del lento autorreconocimiento histórico y del homenaje historicista en el arte sanmartiniano.

VI

Consumado el sacrificio, muerto el héroe, muertos los héroes, pues fueron numerosos los de la Independencia, muertos los héroes y saldadas con su muerte las cuentas de las ingratitudes, las traiciones y los destierros, tocó el turno histórico a los agradecimientos de los favorecidos, que es uno de los modos del cargo de conciencia, y a su expresión típica, el arte conmemorativo.

Como es natural, antes nacieron los monumentos ecuestres de los estados primitivos de la conmemoración, la conmemoración de necesidad, y después los de la prosperidad. Está claro que el héroe es el hombre del tiempo difícil. Por lo tanto es fatal que traiga tras sí, inmediata o mediata, una época de prosperidad. Nos parece que siempre ha sido de tal suerte. Con la prosperidad y la veneración, con la paz pues, con la cosecha en el granero vinieron los monumentos ecuestres conmemorativos a San Martín, los bustos, las medallas, las estampillas, la pintura alegórica a la manera de los cuadros que le dedicaron Servi y Alice, y todo ese arte clásico conmemorativo de la prosperidad al héroe. Porque el arte conmemorativo tiene un momento clásico y éste es el de la prosperidad. Y el estilo de sus obras es también el estilo de la vida civil en prosperidad, cualesquiera sean los nombres de los otros estilos, los estéticos puros, con que aquél esté compuesto.

Todos los países del Continente y, salvo excepciones, todas las ciudades argentinas, aún las de menor cuantía, han levantado monumentos conmemorativos al héroe de la independencia americana. Los más importantes están en Mendoza, en cuyo Cerro de la Gloria se alza el Monumento al Ejército de los Andes; en Buenos Aires, Santiago, Washington, Boulogne sur Mer, la ciudad francesa donde el guerrero terminó los días de su existencia. Dentro de la catedral de Buenos Aires se encuentra el mausoleo que guarda los restos del libertador y ante los cuales se venera su memoria.

Y así rinde homenaje conmemorativo a San Martín el arte de una vida civil en paz y prosperidad.

«Batalla de Chacabuco», gran óleo del pintor chileno Pedro Subercaseaux.



«El abrazo de Maipú», óleo del citado pintor chileno P. Subercaseaux.



En Yapeyú, localidad Argentina en que nació San Martín, las ruinas de su casa natal han sido encerradas en un templete que las resguarde de los elementos.

HUELLAS SANMARTINIANAS

Aspecto exterior que ofrece en la actualidad el templete que resguarda las ruinas de la casa natal del General San Martín, en Yapeyú.



En una capilla interior de la Catedral de Buenos Aires este artístico y suntuoso mausoleo guarda los restos mortales del General San Martín.



Casa en que murió San Martín. (Boulogne-Sur-Mer.)



Quinta de Pueyrredón donde San Martín organizó con sus colaboradores el primer ejército de los Andes.



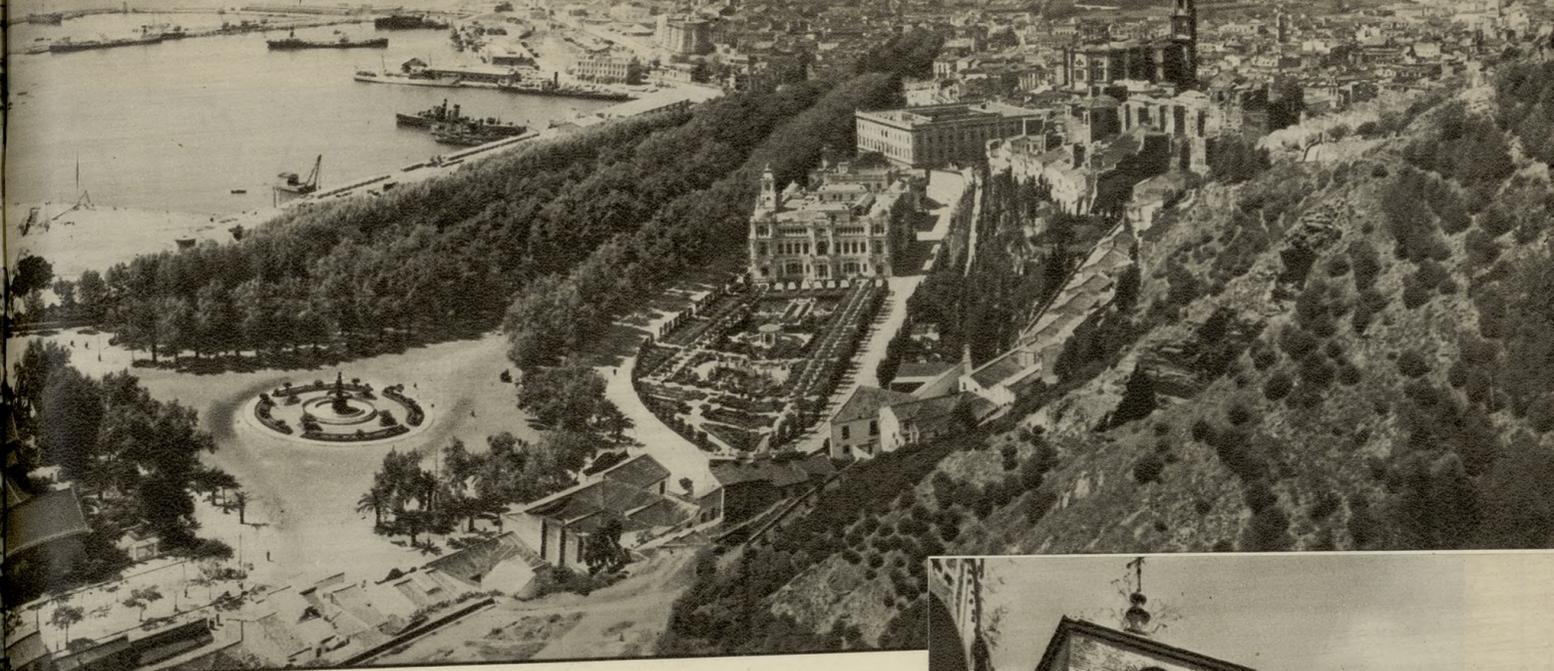
San Lorenzo.-Celda del convento que ocupó el General San Martín, con algunos de los objetos que utilizó.



Campo de combate de San Lorenzo, donde luchó San Martín, en las inmediaciones del río Paraná.



Buenos Aires.-Monumento ecuestre al General San Martín que se alza en la gran Plaza de su nombre.



MÁLAGA LA TIERRA DONDE VIVIÓ LA FAMILIA SAN MARTIN

POR SEBASTIAN SOUVIRON

CAPITAN era y sólo capitán. Y por mucho que eruditos de hogaño quisieran buscarle tres pies al gato, jamás pasó de ser eso: capitán de la Española Infantería. Que no es poco y en ocasiones fué mucho. Había nacido en Paredes de Nava, tierra de Palencia. Ella era de Cervatos de la Cueva, en León y se llamaba Gregoria.

Juan y Gregoria se casaron y tuvieron cinco hijos. La única hembra se llamó María Elena. Esto no es más que una historia de familia, una de esas historias que no tienen más que un mínimo, menudo y humilde interés. Pero vamos por partes. De los cinco hijos, dos fueron para la milicia. En la corte borbónica arcos de Sabatini, puertas de Villanueva, y Carlos III armando la marimorena municipal Justo y José de San Martín y Matorras pasean sus galones de guardias del Real Colegio de Nobles.

Y ahora, hacia 1785, Málaga. Aquí les trae el destino. ¿Sabéis lo chico que es el mundo? Porque resulta que desde la calle de Pozos Dulces hasta Yapeyú había distancia. Distancia y galeones, singladuras de meses y trópicos cambiados. Y sin embargo Don Juan de San Martín vino desde Yapeyú junto al Uruguay, desde la línea fronteriza del virreynato de la Plata con su mujer y sus crios. Vino a Málaga, agregado de capitán del Estado Mayor de la fortaleza del Gibralfaro. Once años. Los primeros de capitán, los otros de jubinado del Ejército. Durante los últimos ¿qué hace Don Juan de San Martín en su casa de la calle de Pozos Dulces? ¿qué, después en la Alcazabilla, donde posteriormente traslada sus muebles coloniales y sus recuerdos de la tierra del Plata?

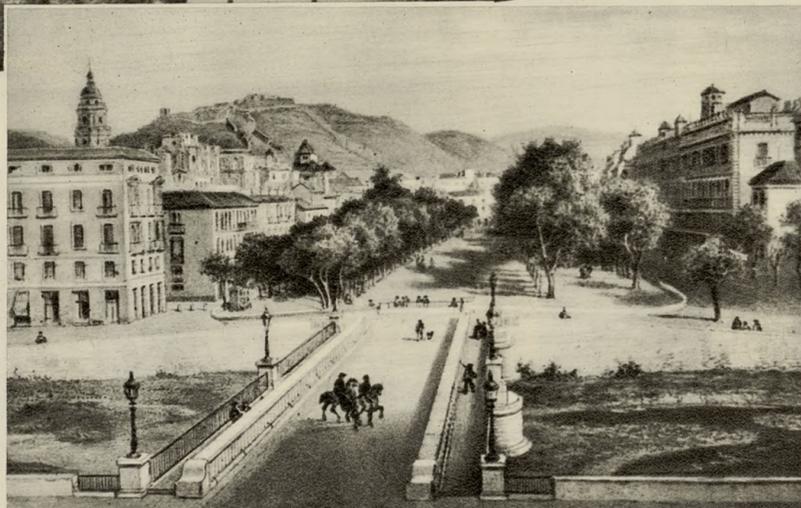
Hoy sabemos poco pero el tiempo por venir quizás sea generoso en noticias. Por lo pronto sabemos que el cadete de los Madriles —uno, José— está aquí, de guarnición en el Regimiento de Murcia. Sabemos también lo que gasta el cadete en su unidad. Seis reales de vellón diarios. Con ello el Regimiento le mantiene y le viste. Las tardes que no hay cuartel pasea la familia San Martín por los muelles de Levante, por la muralla del Faro o sube por las callejas de la Alcazabilla. Por aquí se llega a la plaza de la Merced, donde está el convento antiguo de la Madre de Dios. La plaza es amplia, rumorosa. Hay bancos de piedra, y por las tardes la gente principal de la ciudad se reúne aquí. Los árboles son aún jóvenes y apenas dan sombra. Pero ni los cadetes la necesitan ni las damas tampoco. A la hora del Angelus la plaza se llena de una sinfonía de campanas. De la catedral vienen las limpias notas que repiten las campanas de la torre de Santiago, las de las torres de la Merced, las de la espadaña de Santa Ana.

En 1795 Don Juan de San Martín tiene ya temblón el pulso y el corazón marchito. El primero lo muestra en las firmas que rubrican los protocolos notariales. Una letra indecisa, en zig-zag que contrasta con el vigor empleado en firmas de años atrás. En cuanto al corazón ¡ay corazón de los días de Yapeyú! se desgrana en preparar las cosas de familia para que todo esté en orden. A su mujer, Doña Gregoria Matorras le dejará el encargo de que teste por él. A su hijo Justo, el que cobre rentas y créditos que tiene en Palencia y en Madrid. A otros amigos del Reino de Indias —Nadal, Salinero— la cobranza de los frutos que producen sus bienes raíces en la orilla del Plata. Aquella orilla que fué escenario de su juventud, donde vivieron los tiernos años de José y de María Elena —los hijos predilectos—. Aquella orilla, sí, tan cerca en la nostalgia y tan lejana en la realidad.

Ahora estamos en 1796. Diciembre, es en esta tierra de paraíso ya lo dijeron los árabes adelantados del poeta moderno —una tierra para vivir más que para morir. Sin embargo las cosas son como son. El cuatro del mes amanece con un sol radiante que viene a despedir sobre la orilla del mar horaciano, del mar de muchas voces a un capitán español que dice en este día su adiós a las algas y a los geraneos, a los recuerdos y al pasado. A la vida.

Aquella tarde ya la casa de la Alcazabilla —¿cuál sería, cuál?— estalla en lamentos la viudez de Doña Gregoria; comienza a ver la desolación del lugar deshecho. Los hijos andan en batallones de milicias, en tierras del Plata donde nacieron, o en la sombra de la catedral de Palencia paseando con el racionero Matorras mientras se habla de la cosecha de las tierras, hogaño. Sólo María Elena San Martín, está hasta última hora arropando con su gracia y su donaire, los viejos muebles amados, aquella guirnalda de flores que un cadete del Regimiento de Murcia —compañero de su hermano José— le regalara dos primaveras atrás y los chineros cargados de finas porcelanas. Ya entrada la noche y trasladados a la Iglesia de Santiago los restos del capitán, Doña Gregoria y María Elena quedaron gimiendo su soledad mientras las campanas de la torre morisca les acompañaban en su dolor. Al filo de las once las vecinas que habían estado en el duelo se despidieron con palabras de circunstancias.

Después anduvieron juntas comentando como se hace en tales casos, las virtudes del difunto y lo bien que oían los jazmines de Santa Ana a pesar de estar en Diciembre. Y lo estrellada que estaba la noche.



...hay bancos de piedra y por las tardes la gente principal se reúne aquí... (Estampa de Málaga en 1830).



En una casa de esta manzana, aún no localizada, vivió la familia San Martín.



La tumba de D. Juan San Martín—padre del General—tal como se encontró el 24 de Julio de 1947.



Iglesia de Santiago en que reposan los restos de Don Juan San Martín



La gran sala del Gobierno Civil y Jefatura Provincial del Movimiento, donde se exponen trabajos de engrandecimiento social, presidida por un retrato del Jefe del Estado.



Un rincón de la Sala del Gobierno Civil y Jefatura Provincial en la exposición de la obra realizada en doce años de labor por el engrandecimiento cultural y económico de Málaga y su región.



La Obra Sindical de Artesanía de Málaga, expone algunas muestras de sus actividades. Entre las que figuran las importantes obras sanitarias.

MÁLAGA

MARAVILLA DE ESPAÑA

DETRAS DE LAS COSTAS MAS BELLAS DE EUROPA. SE ALZA UNA OBRA GENIAL DE RECONSTRUCCION, DE ENGRANDECIMIENTO SOCIAL Y DE ORDENACION ECONOMICA.

EN nuestra idea de ir dando a conocer al mundo algunos de los inmensos valores que atesora España, iniciamos hoy en las páginas de esta revista el primer paseo por las provincias españolas: primer paseo que tiene que ser por Málaga, porque de esa maravillosa provincia nos llegó el eco, la resonancia, de una exposición que allí se estaba celebrando, y que causaba admiración profunda al enorme contingente de turistas que llegaban a la bella ciudad mediterránea. Y a Málaga fuimos para iniciar nuestra ruta, con el prólogo de una visita a la exposición de la obra realizada.

El campo andaluz nos recibió con el cálido silencio de su verano, invitándonos a ir hasta el mar; suave, delicado, acariciante, que parece que nos brinda en su calma un sereno reposo admirativo. Porque hay mucho que merece admiración en el campo y en el mar malagueño. Monumentos históricos únicos en el Mundo, insospechados destellos de arte, un clima ideal para todas las estaciones y las costas más bellas de Europa limitando con el agua aquellos pueblos blancos como de azúcar de Estepona, Marbella, Fuengirola, Torremolinos...

Detrás de estas costas de ensueño y maravilla, que deleitan al más exigente catador de paisajes, se alza una obra genial de reconstrucción, de engrandecimiento social, de ordenación económica. Se alza una provincia hermosa, con su tradición de riqueza recuperada gracias a la obra de unos hombres que se desvelan por recrear lo perdido, por mantener lo existente y por construir lo necesario para un bienestar espiritual y humano.

LOS PRIMEROS ATISBOS. Y en un atardecer plácido de la ciudad fuimos de visita a la exposición de la obra realizada. Milagro de dinamismo andaluz, en efecto. Hondamente emocionados ante aquellas maquetas, frente a aquellos signos evidentes de entusiasmo creador que el incansable trabajo de los hombres había llevado a feliz término. Porque todo lo que allí se expone está hecho; es la voz de la verdad plasmada en edificios, en talleres, en repoblaciones forestales, en obras de beneficencia, en saltos de agua, en exaltación del sentimiento religioso. Allí están para evidencia de todos los que se acercan a la exposición, instalada en los Salones de la Sociedad de Ciencias, la Escuela del Magisterio y la Sociedad Económica de Amigos del País, los frutos nacidos de la mente bienhechora que los ha ideado. Todos los artistas de Málaga se movilizaron para este certamen; y la aridez de las cifras se convirtió en sugestivos carteles que nos entran por los ojos, ya en vigencia absoluta, lo que a cualquiera le parecería una ilusoria aspiración.

Se abrió la exposición el 18 de Julio. En la sala del Gobierno Civil y Jefatura Provincial del Movimiento hay un grueso libro de visitas plagado de firmas de visitantes donde, a veces con un simple grito patriótico se expresa lo que aquello conmueve a quien lo ve. Es exposición aquella oportuna y eficaz; erigida con empaque de soberbia belleza, y ante la cual la reacción del pueblo ha sido entusiasta. El propósito y origen de esta exposición hay que buscarlo en un espíritu exquisito, en un temperamento fuerte, en un carácter terco para finalizar victoriosamente las causas nobles.

Todas estas virtudes se concentran en un hombre que es el alma propulsora de esta exposición. El Gobernador Civil y Jefe Provincial del Movimiento de la provincia de Málaga. El pueblo malagueño se ha entregado fervorosamente a su Gobernador porque tiene inmensos motivos de gratitud para ello.

PRESENCIA FISICA DEL PROMOTOR DE LA EXPOSICION. Nosotros quisiéramos acercarnos a él porque la exposición de la obra realizada en doce años de labor por Málaga exige que se conozca de cerca a su promotor, en la seguridad de que hemos de descubrir un hombre que tiene el orgullo de hacer patria con un reconocido españolismo.

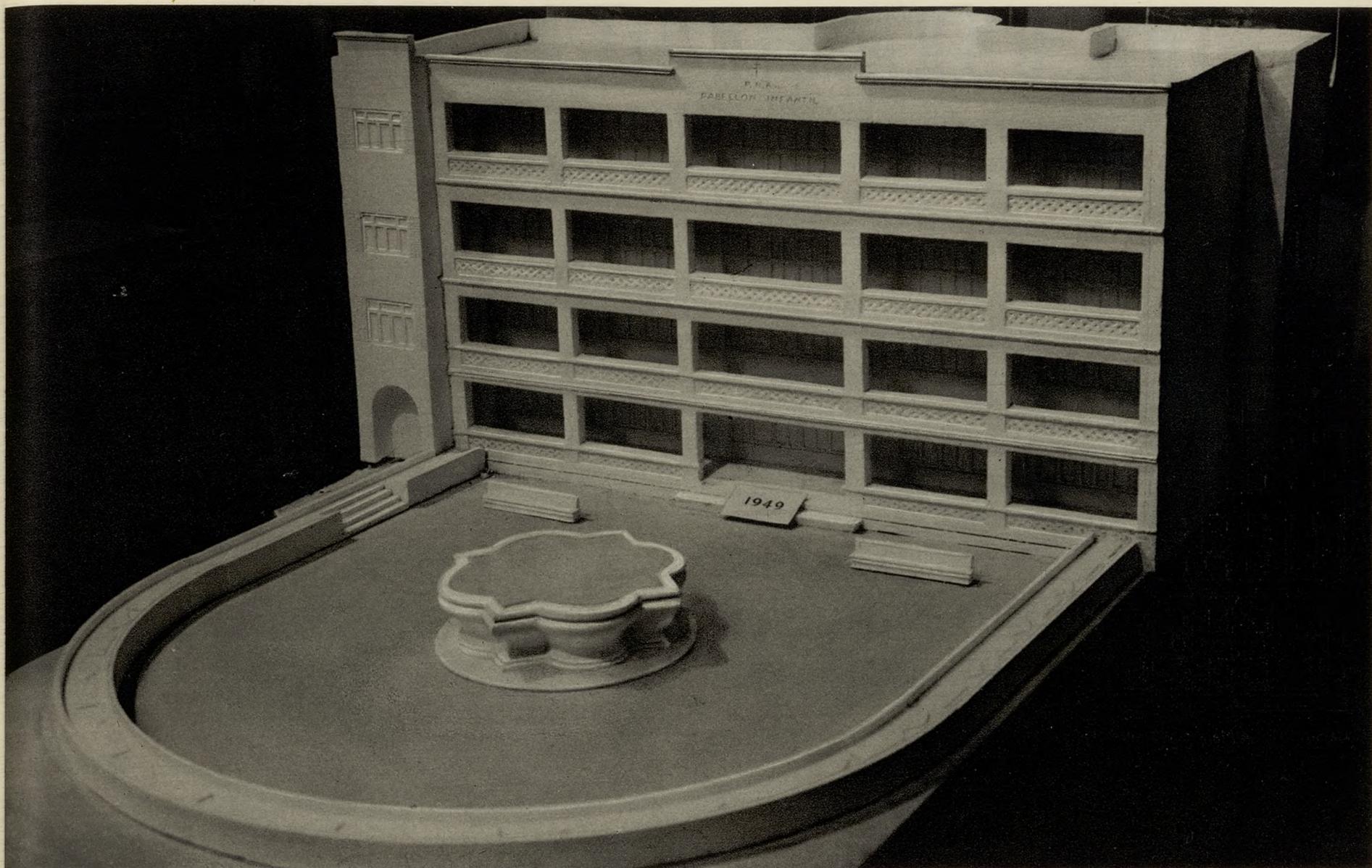
Una mañana fuimos al Gobierno Civil. Breves minutos de antesala y pronto nos encontramos cara a cara con don Manuel García del Olmo, Gobernador y Jefe Provincial del Movimiento. Hombre vivo, de una inteligencia extraordinaria que se descubre en su semblante, de una espléndida capacidad de trabajo; que se levanta a las ocho de la mañana y se acuesta a las dos de la noche; que vive para su provincia y que nunca se encuentra satisfecho de lo realizado porque aspira a más continuamente. Así nos lo expresó en las primeras palabras cuando nos dijo:

—Esta Exposición es un recuento hecho en forma expresiva, muy sencilla y gráfica, de lo que el Movimiento Nacional realizó en Málaga y su provincia durante doce años. De lo realizado solamente, o de lo que está en trance de ejecución. No se ha nutrido de proyectos, ni de promesas, sino de realidades bien concretas o de las que van a convertirse en realidades en un plazo breve porque ya están iniciadas.

—¿Cuál es su meta final?—le preguntamos.

—No puede existir meta final, en nuestra tarea. Es mucho lo que hay que hacer para que podamos fijarle un final. La meta es trabajar y trabajar, cada uno en su puesto, siguiendo el ejemplo y las consignas del Jefe del Estado, para ejecutar proyectos que durmieron muchos años en los archivos; para llevar a la práctica la doctrina social del Movimiento, en casas, en Escuelas, en Patronatos para ayudar a los trabajadores; en preventorios para los enfermos, en alumbrar nuevas fuentes de riquezas y de vida para los pueblos. El interés de la exposición radica precisamente en esto: que en ella se ha recogido para ponerlo con evidencia irrefutable ante todos los ojos, la verdad de lo que se ha trabajado en este espacio de tiempo.

El Gobernador es impetuoso y sencillo hablando. Se le adivina en el tono



Maqueta del Preventorio Antituberculoso infantil de Campanilla, creación del Gobernador Civil y una de las principales obras a que dedica su actividad.

su dinamismo inagotable. Habla con una convicción que arrastra al oyente. Cuando se inauguró la Exposición pronunció unas palabras, en las que al final, nosotros queremos ver una síntesis de su diario batallar por Málaga y su provincia.

«Termino ofreciendo esta labor de doce años—dijo— a una fe, a un Capitán, a unas consignas. A una fe, que es una religión sentida, pensada y servida lealmente, de pies a cabeza, sin otra consideración que la propia idea de creer en Dios y en su Santa Religión. A un Capitán que nos guía y que hace años predijo lo que hoy pasa, único punto lleno de razón en todo el mundo. Y a unas consignas que nacieron en la sangre de mártires, que luchó e inundó a España entera».

VUELTA A LAS SALAS DE LA EXPOSICION. Cuando conocimos las actividades que habían animado a esta demostración de lo hecho, volvimos a la Exposición en nueva visita con más tiempo, con antecedentes técnicos, con minutos de sobra para apreciar en su más íntimo palpar lo que representa aquella magna obra. Y nos detuvimos en la sala segunda que es del Gobierno Civil.

Hay una maqueta que representa el Preventorio Antituberculoso Infantil de Campanillas. Puede ver cualquiera en la escayola la representación de lo que es el edificio; pero no puede darse una idea exacta de su importancia, de este avance profiláctico para prevenir del mal terrible a los niños. En aquella residencia suntuosa por sus detalles para la salud, en sus jardines saludables, van cambiando los pequeños la palidez de sus rostros que apenas al verlos llegar el primer día, por una sonrisa alegre y un color que denota la fortaleza física que van adquiriendo. Hay hoy en el Preventorio setenta camas, pero muy pronto se va a doblar su número; y se construyen actualmente dos plantas más en el edificio para incrementar la noble lucha contra enfermedad tan terrible. Este preventorio ha costado un millón seiscientos ochenta mil quinientas cuarenta y cuatro pesetas.

Junto al Preventorio de Campanillas, el Gobierno Civil atendió también otras necesidades sanitarias; mejorando los servicios en el Sanatorio del 18 de Julio, construyendo nuevos quirófanos, pabellones de maternidad, dispensarios múltiples en la capital.

Otra de las creaciones de enorme importancia es el barrio de casas ultrabaras de El Palo. Principalmente se destinan a familias de pescadores y tienen la particularidad de que con ella se regalan los muebles a los beneficiarios. Así se ha liberado de la miseria, del hacinamiento y desamparo a aquellas gentes que vivían en cuevas a veces sin luz y sin ventilación. Son ciento setenta casas que forman una verdadera colonia limpia, saneada, en la barriada pescadora de El Palo. Las entregas se hicieron en Julio del año 1946, Julio de 1948 y Diciembre de 1949. Casas alegres, sencillas, decorosas, con las que se entregaron mobiliario con un retrato de Franco y una estampa de la Virgen del Carmen. Las cifras empleadas fueron: en muebles, doscientas diez mil cuatrocientas veintiocho; en adquisición de terrenos, doscientas ocho mil quinientas cincuenta y dos con cincuenta y nueve. Las casas costaron tres millones sesenta mil pesetas, pero la alegría de esas familias pescadoras, liberadas del turgurio, de la infección y de la sordidez, no tienen precio.

RECONSTRUCCION DE IGLESIAS. El problema de reconstrucción de templos destruidos constituyó para Málaga tema importante de cuidados y atenciones. En la exposición hay una muestra magnífica de este desvelo constante en forma de maquetas o de fotografías que nos muestran lo hecho ya en el campo religioso. El testimonio gráfico nos dice de la obra realizada, de la que es una prueba excelente la reconstrucción de la cripta de la Iglesia de la Victoria, que se hallaba medio derruida y sumida en el abandono de muchos años. Millón y medio de pesetas invertido en estas obras y en la reconstrucción de la Portada de San Pablo, de los altares del Sagrado Corazón de Jesús, el altar de San Rafael en la Catedral, el de los Caídos, en la misma basílica, y de las capillas de San Lázaro, de donde sale la Virgen del Rocío, y de la Zamarrilla, la de la famosa leyenda del bandido que se escondió entre los pliegues del manto de la Virgen.

Toda esta obra portentosa que hemos relatado es una magnífica realidad que disfrutaron los malagueños en sus diferentes actividades; una obra de engrandecimiento excepcional en todos los aspectos, pues el Gobierno Civil y la Jefatura Provincial del Movimiento llevaron a cabo para beneficiar al pueblo. Al salir de la sala de la Exposición, dedicamos una mirada de gratitud hacia la representación gráfica de todo aquello que ha sido posible por el continuo desvelo de la primera autoridad de la provincia.

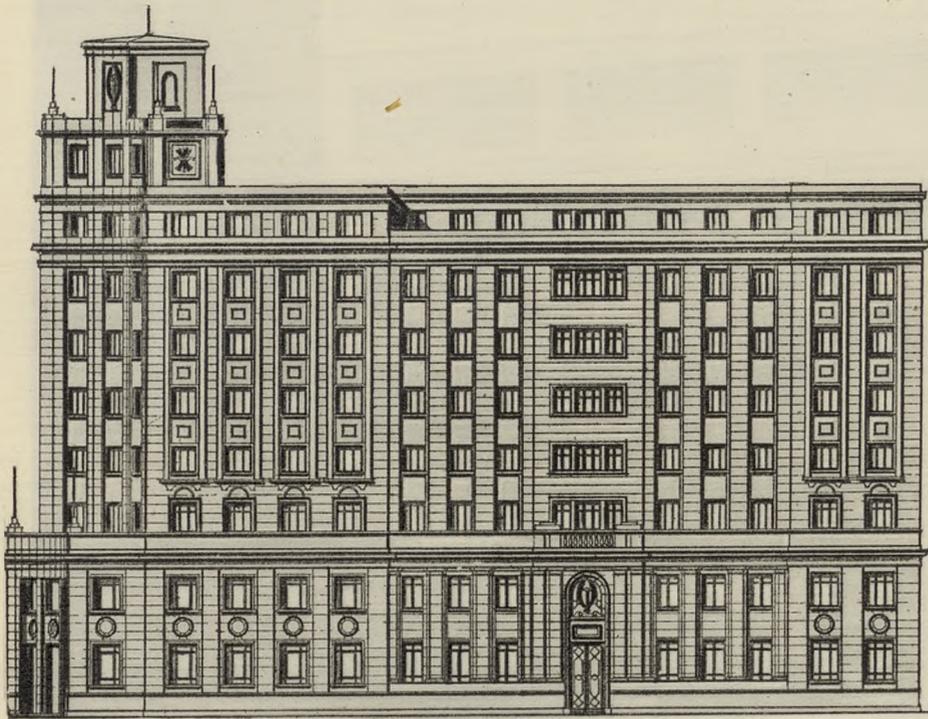
Y vamos a ocuparnos ahora de dos importantísimas obras proyectadas y que ya están en marcha. Una de ellas es la repoblación forestal y de viñedos en la provincia. Una gran riqueza de Málaga ésta de los viñedos que se ha perdido con la invasión de la filoxera a fines del siglo pasado. Hay presupuestados diez millones de pesetas y una comisión provincial constituida para el fomento del establecimiento y reposición de viñedos, almendros, algarrobos e higueras, para que adquiera el máximo esplendor la riqueza que a la provincia de Málaga proporciona sus afamados viñedos, la pasa moscatel, los higos y algarroba. Con ello, además de robustecer su economía, proporciona una bastante mano de obra que se origina por las plantaciones correspondientes. El propósito del Gobierno Civil es poner en máxima tensión los resortes económicos y favorecer al comercio exportador de la pasa moscatel y del vino de Málaga. Ya en este mismo año, los agricultores de Torrox y Alameda han recibido las cantidades precisas—cifradas en unos dos millones de pesetas— para comenzar esta labor de reposición.

Otro de los importantísimos problemas que ocupan actualmente es el Patronato de Pesca de altura de Nuestra Señora de la Victoria.

Se creó el Patronato el 10 de Julio de 1950 para realizar una obra social del más alto interés en favor de los pescadores de las costas malagueñas. El Patronato funciona como Organismo dependiente de la alta inspección del Ministerio de Trabajo, aunque tiene autonomía para distribución de fondos y administración de los millones concedidos por el Ministerio. La presidencia de este Patronato la tiene el Gobernador Civil, y su inmediata obra ha de consistir en la adquisición de tres clases de barcos; de arrastre, traíñas de altura y traíñas pequeñas que se dediquen a pescar sin salir de las costas. La intención es crear una flota pesquera que libre al pobre pescador del anticuado y antieconómico «copo».

UNA OBRA SINDICAL MODELO

LA DELEGACION PROVINCIAL DE SINDICATOS DE MALAGA Y SU MAGNIFICO IMPULSO



La Casa Sindical de Málaga, actualmente en construcción, sobre un área de 1.315 m.²



Vista parcial de uno de los numerosos bloques de viviendas protegidas.



Grupo de viviendas protegidas construidas por la Delegación Provincial de Sindicatos de Málaga.

Si la labor asistencial que la organización sindical realiza es de gran importancia dentro del total de las misiones que los Sindicatos se han impuesto, en Málaga puede decirse que ha llegado a la cúspide. La Obra «Formación Profesional», con su grandiosa escuela; las del 18 de Julio, con el magnífico sanatorio y las policlínicas; «Educación y Descanso», con su residencia y campo de deportes, etc., son un modelo entre las mejor montadas.

El visitante de la Exposición de la obra realizada en doce años, se queda sorprendido ante la Obra Sindical «Formación Profesional». Es la primera prueba que obtiene de la Institución Sindical «Francisco Franco», la Escuela orgullo de Málaga y de la Organización. El edificio y la maquinaria han costado más de trece millones de pesetas. Tiene una capacidad de mil plazas, y se cursan en ella diversas especialidades de los ramos Metal, Textil, Artes Gráficas, Electricidad, Construcción y Madera.

A pesar de su grandiosidad, hay ya proyectadas ampliaciones, entre ellas la construcción de una capilla y un internado. Los alumnos en régimen de medio pensionistas, reciben sus enseñanzas teóricas y prácticas, así como el almuerzo diario y traje de trabajo. Todo ello gratuitamente. Se les da una amplia formación moral y religiosa, física, deportiva y de espíritu nacional.

OBRA SINDICAL DEL HOGAR.—Posiblemente será la provincia de Málaga la que mayor volumen de construcciones tenga en su haber la Obra Sindical del Hogar. Las maquetas, gráficos, planos y cifras presentes en la Exposición lo demuestran.

En la capital hay construidas 508 viviendas, en una extensión superficial de 70.000 metros cuadrados, en la zona de ensanche y en los terrenos denominados Haza del Campillo Alto, dándosele a la barriada el nombre de su propulsor «José Luis de Arrese». Están divididos en dos grupos: «Nuestra Señora del Carmen» y «Nuestra Señora del Pilar». La citada barriada la integran 292 viviendas.

En 1947 quedaron terminadas las obras del grupo «Nuestra Señora de la Victoria», con sus 526 viviendas, casas de baños y un espléndido grupo escolar para niños y niñas. El presupuesto de contrata se elevó a dieciséis millones de pesetas.

Simultáneamente con el grupo indicado, se iniciaron las obras de construcción, en régimen de empresa, de un grupo de viviendas protegidas, denominado «Sociedad Financiera y Minera».

Posteriormente, la CNS de Málaga, ha multiplicado la creación de nuevos grupos de viviendas protegidas, no limitándose a la edificación de los mismos en la capital, sino que ha llevado sus realidades constructivas a todos los rincones de la provincia, a Coín, Marbella, Torre del Mar, Vélez Málaga, Fuente Piedra, Sierra de Yeguas, Arriate y Villanueva de Algoidas. El importe de las 1.249 viviendas entregadas asciende a treinta y cinco millones de pesetas, y en la actualidad se construyen 8 en Villanueva del Rosario; 10 en Villanueva del Trabuco; 12 en Cuevas de San Marcos; 15 en Antequera; 47 en Archidona y en Málaga 422 en la carretera de Cádiz y 50 en Ciudad Jardín.

En proyectos aprobados y pendientes de subastar se encuentran cinco grupos, por un total de diez millones de pesetas.

LA CASA SINDICAL.—En el salón de la Exposición donde se exhiben las realizaciones sindicales destaca, presidiéndolo, la maqueta de la Casa Sindical, en construcción actualmente.

El magnífico edificio costará alrededor de siete millones de pesetas y se alzará en un solar que mide 1.315 metros cuadrados de superficie. El inmueble tendrá treinta metros de altura y dos puertas de acceso, una por el Paseo de Heredia y otra por la Alameda de Colón. En la Casa Sindical han de quedar albergados todos los organismos y servicios sindicales de la capital malagueña, así como el Hogar del Productor, con bar, sala de juegos, biblioteca y salón de espectáculos.

Orgullo de la Organización es el sanatorio «Francisco Franco», de la Obra 18 de Julio, donde se realiza una eficientísima labor de asistencia médica con colaboradores del Seguro de Enfermedad. Desde la fundación del Sanatorio hasta fin del año 1949 se practicaron un millón novecientos mil curas; nueve mil quinientas intervenciones quirúrgicas; ciento tres mil servicios de rayos X; se asistieron dos mil ochocientos tres partos y hubo ciento seis mil doscientas noventa estancias sanatoriales.

CULTURA, ARTE Y ARTESANIA.—En estos momentos está en construcción el gran Hogar del Productor, anejo a la Casa Sindical, que tendrá un salón-teatro, salas de ensayo, clases, etc. Ya está construido el Hogar Torre del Mar, dedicado a los pescadores. En fase avanzada de construcción se halla el campo de deportes de Málaga, instalado en terrenos de la Rosaleda. Tendrá campo de fútbol, frontón, campo de baloncesto y pista de atletismo. Otro campo de deportes en Vélez; funciona ya el de Marbella. Se ha construido la residencia «José Luis Narbona», de Torremolinos, que tiene capacidad para cien plazas. Por ella han desfilado ya unos seis mil productores; y funciona dos meses en primavera para mujeres, y en verano para hombres. Es una de las residencias preferidas por los trabajadores por su situación, la excelente comida que se sirve y las continuas distracciones.

Prueba de la eficiente misión tutelar de la Obra Sindical «Artesanía» en Málaga son los siguientes datos: Fueron concedidos varios préstamos sin interés. La Jefatura Nacional lleva concedidas varias becas a los artesanos para ampliar estudios, principalmente en la Escuela Mayor Textil. Pero la labor de la Obra en Málaga culmina con la organización de los seis importantes Concursos-Exposiciones, celebrados desde 1943, en los que se distribuyeron más de cuarenta mil pesetas en premios.

Ciertamente, no hay propaganda mejor que la que se apoya en la evidencia de las pruebas. Así hemos visto que detrás de las costas más bellas de Europa se alza una obra genial de reconstrucción, de engrandecimiento social y de ordenación económica. Ello está patente en esa maravillosa Exposición de la obra realizada en doce años de laborar por Málaga, creación e iniciativa de su Gobernador Civil y Jefe Provincial del Movimiento.

Aspecto de la alcazaba malagueña, reconstruida con la aportación estatal y del Ayuntamiento de Málaga



DESVELOLOS Y REALIDADES DEL AYUNTAMIENTO DE MÁLAGA

MÁLAGA tiene un alcalde dinámico, sonriente y poeta, cuya labor al frente del Ayuntamiento es un reflejo exacto del amor que siente por su pueblo. Y don José Luis Estrada Segalerva ha infundido a la ciudad un ambiente alegre y decorativo con las mejoras que se efectuaron por iniciativa suya. Bajo el mandato de este Municipio se ha logrado una de las aspiraciones más sentidas en la capital andaluza, la unión de la Alameda con el Parque. Un hermoso paseo con más de dos mil árboles separa el casco de la población del mar.

Como prueba de lo que era Málaga antes de subir a la Alcaldía don José Luis Estrada, basta recordar lo que fue antes la «coracha», sitio inmundo, y hoy orgullo de la ciudad, con sus jardines de Puerta Oscura y un túnel, con el embellecimiento logrado en todo aquel contorno.

La Alcazaba, uno de los monumentos más importantes y representativos de Málaga, es una antigua fortaleza árabe de principios del siglo XI, con numerosas murallas, torres y puertas, que se hicieron en otro tiempo inexpugnables. Cuando el Ayuntamiento se dedicó a reconstruirla, se hallaron en su recinto abundantes restos de la civilización árabe, entre ellos una de las mejores colecciones de cerámica doméstica hispano-musulmana, de los siglos IX al XV. Ahora, por iniciativa del Alcalde, la Alcazaba vuelve a ser lo que en un tiempo originario fuera y no faltan más que sus primitivos moradores para dar el ambiente auténtico de lo que fue el palacio musulmán.

Sobre la Alcazaba está el Castillo de Gibralfaro, otra fortaleza árabe que tenía comunicación con la primera. Desde sus torres y murallas se disfruta de unas bellísimas vistas panorámicas que abarcan la ciudad entera, con sus costas, su puerto y su vega. En aquellos alrededores ha plantado el Ayuntamiento más de doscientos mil pinos, ha trazado nuevos caminos que conducen desde la ciudad al castillo, y una carretera para que suban los coches hasta lo alto de la montaña.

A la exposición de la obra realizada en doce años de laborar por Málaga ha contribuido el Ayuntamiento con fotografías y maquetas donde se compendian todos los servicios municipales con su mejora e innovación. Allí vemos la maqueta del Mercado de mayoristas, suntuoso edificio situado a los pies del paseo de Colón, y la de una escuela unitaria con vivienda, la de un puesto de arbitrios que sustituyen a las antiguas casetas de «consumos», otra que nos muestra el paso superior sobre el ferrocarril, por la Ronda Intermedia, obra que ha costado muchos años y que es de gran utilidad para la comunicación directa entre la carretera de Cádiz y la de Antequera.

Un significativo gráfico nos da idea clara de las mejoras habidas en el alumbrado. Las reformas eléctricas y en los servicios mecánicos, suponen un gasto de ocho millones de pesetas, y las que afectan a los servicios municipales, pasan de los veinticinco millones.

Dos planos, tres perspectivas y una gran colección de fotografías explican al visitante las mejoras importantes que se han hecho en pavimentación, en puentes, como el magnífico del Carmen en Málaga y Torremolinos. Nuevos alcantarillados, abastecimientos de aguas y otras atenciones del Ayuntamiento, que, en este aspecto solamente, ha gastado más de veintinueve millones de pesetas.

Como la exposición que comentamos trata exclusivamente de la obra ya conseguida, la aportación del Ayuntamiento a ella es cuanto hemos mencionado. Pero hay muchas más cosas que serán pronto una realidad con el presupuesto extraordinario que en seguida va a dar sus frutos feraces.

De los cuarenta y nueve millones y medio de pesetas que importa el presupuesto extraordinario municipal de Málaga, la principal aportación es del Banco de Crédito Local, que contribuye con treinta y ocho millones.

Persona autorizada del Ayuntamiento malagueño nos informa del destino que se ha de dar a ese dinero que constituye el presupuesto extraordinario. En abastecimientos de aguas, reformas y mejoras de servicios, se emplearán trece millones doscientas mil pesetas. Para la expropiación de derechos de particulares para utilización de agua, se dispone de siete millones setecientas mil pesetas. En la construcción de grupos escolares se van a invertir once millones trescientas mil pesetas. Para mercados de barrio, tres millones doscientas mil pesetas. En mejoras del Servicio de Incendios, con la construcción de un nuevo parque de bomberos, ochocientas mil pesetas. En alumbrado público, medio millón de pesetas. En reformas y engrandecimiento del matadero, un millón doscientas mil. En el cementerio, un millón. En casas de Socorro de barrio, quinientas mil pesetas. Como aportación al nuevo Palacio de Justicia, el Ayuntamiento entregará un millón de pesetas. Y el resto del presupuesto extraordinario se va a emplear en pavimentaciones, alcantarillado y otros servicios. Hemos visto los cinco lugares en que se van a emplazar los mercados de barrio, las Casas de Socorro en las barriadas, los grupos escolares, las escuelas graduadas y las escuelas unitarias con viviendas para maestros.

Hasta aquí la obra realizada y la obra por realizar de este Municipio malagueño que, activamente, se preocupa por el engrandecimiento de la ciudad, para que todos sus servicios hagan grata la vida de las gentes que allí residen y de los millares de turistas que visitan Málaga durante el año.



Nave del Mercado de Mayoristas construido en la bella ciudad andaluza.

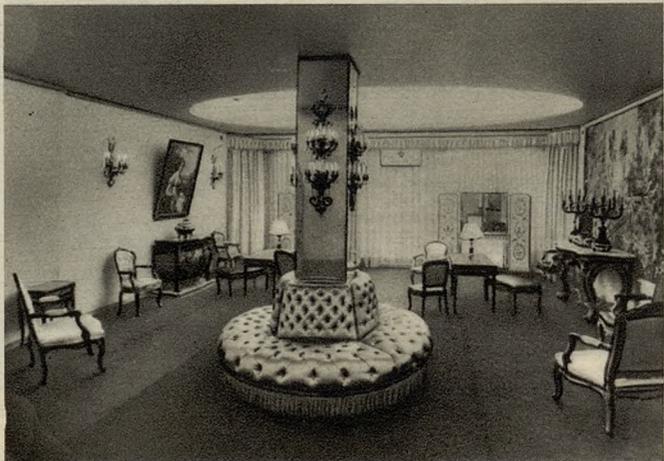
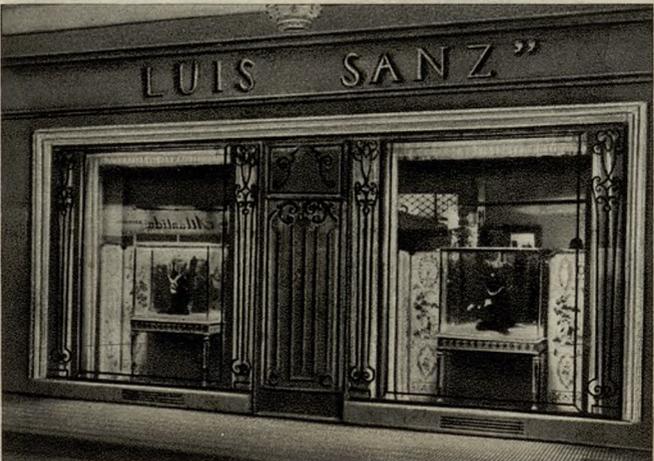


Bella y sencilla arquitectura de los nuevos puestos de recaudadores de arbitrios.




LUIS SANZ
 SOCIEDAD LIMITADA
JOYEROS
 650, FLORIDA, 654
 ENTRE TUCUMAN Y VIANONTE
 BUENOS AIRES

PROVEEDORES DE LA REAL CASA ESPAÑOLA
 MADRID: MONTERA, 48 - T.º 219806
 SAN SEBASTIAN: AVENIDA, 45 - T.º 12221





Epistolario de San Martín

La personalidad del general San Martín interesa no sólo en el aspecto militar, sino también en el de las ideas y principios que informaron su vida. Para este "bosquejo moral", nada mejor que su correspondencia; si en muchas ocasiones los textos recogidos repetirán ideas y conceptos, todos ellos, en su conjunto, son el reflejo más fidedigno de la ideología sanmartiniana.

Uno de los que más sañudamente atacan en sus Memorias al general es el contemporáneo de éste, Riva Agüero, Presidente del Perú hasta que, declarado culpable de alta traición, fué destituido. El motivo del odio a San Martín lo explica la viril respuesta de éste a la invitación de Riva Agüero de que interviniese en la guerra civil que sus ambiciones habían desencadenado.

Hace dos días he recibido de Chile, por extraordinario, su comunicación del 22 de agosto; en ella me invita usted a que sin pérdida de momento me ponga en marcha a unirme con usted, asegurándome es llegado el caso de cumplir mi oferta de prestar mis servicios al Perú...

Al ponerme usted semejante comunicación, sin duda alguna se olvidó que escribía a un general que lleva el título de Fundador de la libertad del país, que usted solo ha hecho desgraciado. Si a la junta gubernativa y a usted ofrecí mis servicios, con la precisa circunstancia de estar bajo las órdenes de otro general, era en consecuencia de cumplir al Perú la promesa que le hice a mi despedida, de ayudarle con mi esfuerzo si se encontraba en peligro, como lo creí después de la desgracia de Moquegua. Pero, ¿cómo ha podido usted persuadirse que los ofrecimientos del general San Martín (a los que usted no se ha dignado contestar) fueron jamás dirigidos a un particular, y mucho menos a su despreciable persona? ¡Es incomprensible su osadía grosera al hacerme la propuesta de emplear mi sable con una guerra civil!

¡Malvado! ¿Sabe usted si éste se ha teñido jamás en sangre americana? Y me invita a ello usted, al mismo tiempo que en la "Gaceta" que me incluye, de 24 de agosto, proscribiste al Congreso, y lo declaras traidor, al Congreso que usted ha supuesto tuvo la principal parte en su formación; sí, tuvo usted gran parte, pero fué en las bajas intrigas que fraguó para la elección de diputados, y para continuarlos en desacreditar por medio de la Prensa...

Dice usted que iba a ponerse a la cabeza del ejército que está en Huaraz; y ¿habrá un solo oficial capaz de servir contra su patria, y más que todo, a las órdenes de un canalla como usted?

¡Imposible! Escribo al coronel Urdinenea, pero haciéndole un fiel retrato de la negra alma que usted alberga... ¡Eh!..., basta; un pícaro no es capaz de llamar por más tiempo la atención de un hombre honrado.

Una de las acusaciones contra San Martín es la de haber pretendido apoderarse del puerto de Guayaquil e incorporarlo al Perú. Pero la imputación no paraba ahí, sino que se le atribuyó la ambición de restaurar la monarquía en el Perú, para lo cual la posesión de Guayaquil por este país sería fundamental. La carta transcrita a continuación nos exime de más pruebas sobre los verdaderos designios que San Martín abrigaba al respecto. Está fechada en Lima, el 23 de agosto de 1821, y dirigida al presidente de la Junta Gubernativa de Guayaquil:

Desde que recibí las primeras noticias del feliz cambio que hizo esa provincia de su antigua forma, me anticipé a mostrar al gobierno que entonces existía, por medio de mis diputados el general Luzuriaga y el coronel Guido, cuáles eran las ideas que me animaban con respecto a su destino. Mi grande anhelo era entonces, y nunca será otro, que ver asegurada su independencia "bajo aquel sistema de gobierno que fuese aclamado por la mayoría del pueblo, puesto en plena libertad de deliberar y cumplir sus votos". Consecuente con estos principios debo repetir a U. S., en contestación a su nota oficial del 29 del pasado, que invariable en el plan que me he propuesto, "yo no tomaré otra parte en los negocios de ese país que la que convenga al cumplimiento de la resolución heroica que adoptó el día de su regeneración"...

Por lo demás, si el pueblo de Guayaquil espontáneamente quiere agregarse al departamento de Quito, o prefiere su incorporación al Perú, o si, en fin, resuelve mantenerse independiente de ambos, yo no haré sino seguir su voluntad y considerar esa provincia en la posición política en que ella misma se coloque.

Los diversos paralelos que se han hecho sobre San Martín y Bolívar han servido para que los autores expresasen sus simpatías por uno de los héroes, arrojando sombras sobre el otro. Yo no quiero valorarlos comparativamente; sólo intento decir cómo era San Martín, y si incidentalmente surge la



comparación será porque se haga inevitable; de hecho surge con sólo reproducir la carta de San Martín a Bolívar en que aquél reafirma su posición ante el incidente de Guayaquil ya mencionado. Es del 3 de marzo de 1822, y está dirigida al libertador de Colombia:

Excmo. señor:

Por las comunicaciones que en copia me ha dirigido el gobierno de Guayaquil, tengo el sentimiento de ver la seria intimación que le ha hecho V. E. para que aquella provincia se agregue al territorio de Colombia. Siempre he creído que en tan delicado negocio el voto espontáneo de Guayaquil sería el principio que fijase la conducta de los Estados limítrofes, "a ninguno de los cuales compete prevenir por la fuerza la deliberación de los pueblos". Tan sagrado ha sido para mí este deber, que desde la primera vez que mandé mis diputados cerca de aquel gobierno me abstuve de influir en lo que no tenía una relación esencial con el objeto de la guerra del continente.

Si V. E. me permite hablarle en un lenguaje digno de la exaltación de su nombre, y andogo a mis sentimientos, osaré decirle que no es nuestro destino emplear la espada para otro fin que no sea el de confirmar el derecho que hemos adquirido en los combates para ser aclamados por libertadores de nuestra patria. Dejemos que Guayaquil consulte su destino y medite sus intereses para agregarse libremente a la sección que le convenga, porque tampoco puede quedar aislada sin perjuicio de ambos. Yo no puedo ni quiero dejar de esperar que el día que se realice nuestra entrevista, el primer abrazo que nos demos transigirá cuantas dificultades existan, y será la garantía de la unión que ligue a ambos Estados, sin que haya obstáculo que no se remueva definitivamente. Entre tanto, ruego a V. E. se persuada de que la gloria de Colombia y la del Perú son un solo objeto para mí, y que apenas concluya la campaña en que el enemigo va a hacer el último experimento reuniendo todas sus fuerzas, volaré a encontrar a V. E. y a sellar nuestra gloria, que en parte ya no depende sino de nosotros mismos.

Acepte V. E. los sentimientos, etc.

En esta carta está explícita la manifestación de los principios de buena política y de ética militar que informan toda la carrera de San Martín en América. "El placer del triunfo para un guerrero por la felicidad de los pueblos sólo lo produce la persuasión de ser un medio para que gocen de sus derechos", dice su proclama de Lima del 20 de septiembre de 1822. Ellos le llevan a retirarse del mando "porque dividiría la opinión de los pueblos y disminuiría la confianza que sólo puede inspirar el Congreso con la absoluta independencia de sus decisiones".

Cartas posteriores corroboran sus manifestaciones con respecto a la intervención en la vida política de los recientes Estados americanos. En 1827 recibe en Bruselas la noticia de que Bolívar abriga el proyecto de federar a Bolivia, Perú y Colombia.

Vuestra obra está terminada—le escribe desde aquella ciudad el 28 de mayo—como lo estuvo la mía; deje que los pueblos libres de América se den el gobierno que más convenga a su estructura política y retorne V. E. a la vida privada con la inmensa satisfacción de haber sido el Libertador de todo un Continente...

Si tal no hicierais, la libertad de América viviría horas de verdadero peligro y tragedia, "pues los pueblos no podrían aceptar el someterse a la voluntad de un hombre al que ellos consideran el abanderado de las libertades ciudadanas".

La triste situación de América es una constante obsesión para San Martín. Felicita a Bolívar y a otros jefes por la victoria de Ayacucho; felicita asimismo a O'Higgins al enterarse de que es falsa la noticia del regreso de éste a Chile ("... a pesar de que en su país natal hay muchos hombres que hacen justicia a su honradez y servicios, ¿cómo podría usted mirar con indiferencia a otros muchos malvados y desagradecidos, que se le presentarían a cada momento...?"); y, en fin, deplora en todas sus cartas la anarquía en que los nuevos Estados han caído. A la verdad—dice en la

misma carta citada a O'Higgins—cuando una nación es tanta sangre y sacrificios no han sido empleados sino para perpetuar el desorden y la anarquía, se llena el alma del más cruel desconsuelo. Y al general Miller, desde Bruselas, el 27 de enero de 1827: ¡Qué le diré a usted de la situación que presenta la América! El bosquejo que se puede hacer es bien lamentable. Yo había calculado que el desarrollo de las pasiones se experimentaría al concluirse la guerra de su emancipación: ello debía suceder así, visto los elementos de que se compone la masa de nuestra población, su atraso, huérfano de leyes fundamentales, y por agregado los enconos individuales y locales que han hecho nacer la revolución.

He subrayado este último párrafo porque a esto quería llegar: que todas las ideas que en este sentido se atribuían a San Martín nacían de su perfecto conocimiento de los problemas sociales que se originaban en la población americana. Si bien él no hubiera sabido mandarlos, conoció a los hombres de América, veía todos sus defectos y taras sociales y sabía cómo elevarlos a su rango políticamente superior.

¡Desgraciado país—dice a O'Higgins en carta fechada en París el 13 de septiembre de 1833—, que la experiencia de la guerra civil que acaba de sufrir, lejos de moderar sus pasiones y mezquinas ambiciones, han, por el contrario, tomado más extensión!... Yo estoy firmemente convencido, "que los males que afligen a los nuevos Estados de América no dependen tanto de sus habitantes como de las Constituciones que los rigen. Si los que se llaman legisladores en América hubieran tenido presente que a los pueblos no se les debe dar las mejores leyes, pero sí las mejores que sean apropiadas a su carácter, la situación de nuestro país sería diferente".

San Martín fué reclamado en América, como él lo predijo a O'Higgins. Reproduzco la carta de San Martín a O'Higgins del 5 de abril de 1829, una prueba más de que aquél sabía cómo inevitablemente reaccionan los pueblos, y de que ponía sus principios y sus convicciones por encima de su ambición. Está fechada en Montevideo:

En principio de febrero pasado avisé a usted de mi llegada a este país, como asimismo de mi resolución de no desembarcar en Buenos Aires, con el fin de esperar en ésta la terminación de la guerra civil que nos aflige, persuadido que retirado de este punto podría guardar una estricta neutralidad con los partidos en cuestión; pero la experiencia me ha demostrado no serme posible guardar esta línea de conducta, y que contra los firmes propósitos que he hecho de no mezclarme en nuestras discusiones domésticas, se me obligaría a ello. Me explicaré.

Las agitaciones consecuentes a diecinueve años de ensayos en busca de una libertad que no ha existido, y más que todo la difícil posición en que se halla en el día Buenos Aires, hacen clamar a la generalidad de los hombres que ven sus fortunas al borde del precipicio y su futura suerte cubierta de una funesta incertidumbre, no por un cambio en los principios que nos rigen, sino por un Gobierno riguroso; en una palabra, militar, porque el que se ahoga no mira en lo que se agarra. Igualmente conviene (y en esto ambos partidos) que para que el país pueda existir, es de absoluta necesidad que uno de los dos desaparezca. Al efecto, se trata de buscar un salvador que, reuniendo el prestigio de la victoria, la opinión del resto de las provincias, y más que todo un brazo vigoroso, salve a la Patria de los males que la amenazan. La opinión, o mejor dicho, la necesidad, presenta este candidato: él es el general San Martín. Para establecer esta aserción yo no me fundo en el número de cartas que he recibido de personas de la mayor respetabilidad de Buenos Aires y otras que me han hablado en ésta sobre el particular; yo apoyo mi opinión en las circunstancias del día. Ahora bien; partiendo del principio de ser absolutamente necesario y que desaparezca uno de los dos partidos de unitarios y federales por ser incompatible la presencia de ambos con la tranquilidad pública, ¿será posible sea yo el escogido para ser el verdugo de mis conciudadanos?

nos, y, cual otro Sila, cubra mi Patria de proscriciones? No, amigo mío; mil veces prefiero envolverme en los males que amenazan a este suelo que ser el ejecutor de tamaños horrores. Por otra parte, después del carácter sanguinario con que se han pronunciado los partidos contendientes, ¿me sería permitido por el que quedase vencedor usar de una clemencia que no sólo está en mis principios, sino que es del interés del país y de nuestra opinión con los Gobiernos extranjeros, o me vería precisado a ser el agente de pasiones exaltadas que no consultan otro principio que el de la venganza? Mi amigo; es necesario le hable la verdad: la situación de este país es tal, que al hombre que lo mande no le queda otra alternativa que someterse a una facción o dejar de ser hombre público; este último partido es el que yo adopto.

"La historia, la experiencia de nuestra revolución me ha demostrado que jamás se puede mandar con más seguridad a los pueblos que después de una gran crisis: tal es la situación en que quedará Buenos Aires después de esta lucha; él no exigirá del que lo mande otra garantía que la de su tranquilidad. Si sentimientos menos nobles que los que poseo en favor de este suelo fueran mi norte, yo aprovecharía de esta coyuntura para engañar a ese heroico pero desgraciado suelo, como lo han hecho unos cuantos demagogos, que con sus locas teorías lo han precipitado en los males que lo afligen."

Después de lo expuesto, ¿cuál es el partido que me resta? Mi presencia en el país en estas afligentes circunstancias, lejos de ser de alguna utilidad, no es más que embarazosa para la presente administración, objeto de continuas desconfianzas; para los federales, de esperanzas que no deben ser realizadas, y para mí de continuos disgustos.

Por lo tanto, he resuelto regresar a Bruselas, al lado de mi hija, en donde permaneceré los dos años que juzgo necesarios para que concluya su educación...

En 1838, hallándose en París, recibe noticias del bloqueo francés al Río de la Plata, en apoyo de los unitarios que luchan contra Rosas. Para San Martín no existe duda que en aquel momento su Patria está representada en el dictador Rosas, y a él se dirige desde Grand Bourg, el 5 de agosto de 1838:

... He visto, por los papeles públicos de ésta, el bloqueo que el Gobierno francés ha establecido contra nuestro país; ignoro los resultados de esta medida; si son los de la guerra, yo sé lo que mi deber me impone como americano; pero en mis circunstancias y la de que no se fuese a creer que me supongo un hombre necesario, hacen, por exceso de delicadeza que usted sabrá valorar, si usted me cree de alguna utilidad, que espere sus órdenes; tres días después de haberlas recibido me pondré en marcha para servir a la Patria honradamente, en cualquier clase que se me destine. Concluida la guerra, me retiraré a un rincón—esto es, si mi país me ofrece seguridad y orden; de lo contrario, regresaré a Europa con el sentimiento de no poder dejar mis huesos en la Patria que me vió nacer...

Rosas contestó ofreciéndole un cargo diplomático en Europa. La contestación de San Martín está fechada, como la anterior, en Grand Bourg, el 10 de julio de 1839:

... Me dice, en su apreciable, que mis servicios pueden ser de utilidad a nuestra Patria en Europa. Yo estoy pronto a rendírselos con la mayor satisfacción; pero, y fallaría a la confianza con que usted me honra si no se lo manifestase, destinado a las armas desde mis primeros años, ni mi educación, instrucción ni talento son propios para desempeñar una comisión cuyo éxito puede depender la felicidad de nuestro país; si un sincero deseo del acierto y una buena voluntad fuesen suficientes para corresponder a tal confianza, usted puede contar con ambas cosas con toda seguridad; pero estos deseos son nulos si no los acompañan otras cualidades...

SERGIO DELGADO LLAMA



GOICO AGUIRRE

DOCUMENTOS INÉDITOS SOBRE SAN MARTÍN

Por JAIMORNER

MUCHAS biografías, noveladas y fantásticas, se han escrito últimamente del General San Martín. Se han impresionado películas. Muchas versiones, historias y fábulas. Por ello, cobra singular interés el hallazgo en España de numerosos documentos relacionados con la vida de D. José de San Martín.

Es un relato totalmente inédito, histórico y anecdótico de la vida de "el hombre más brillante de América". Toda la vida del General, desde la llegada de sus padres a España; su juventud enfermiza, su actuación como soldado, la narración de los hechos curiosos y el carácter de San Martín. Incluso su vida sentimental, tan hermosa, que constituye un digno parangón de su vida militar. El relato contiene todos sus pensamientos y sus ideas, recogidas pacientemente por el capitán Graña.

Pero, ¿quién fué el capitán Graña? Fué el hombre de confianza del General San Martín. Se conocieron un año antes de la batalla de Bailén, cuando Graña era sargento y el futuro general estaba a las órdenes de Compiègne. Desde entonces, Graña no abandonó al Libertador (atención: esta denominación de Libertador la hubiera repudiado el propio San Martín, según se desprende de los documentos encontrados; debe llamársele Emancipador); juntos, San Martín y Graña, vivieron en España; en Francia y en América compartieron todos los azares.

San Martín nunca quiso escribir su propia historia. Pero se la confió al capitán Graña, que la vertió al papel, con su letra minuciosa y apretada. Sesenta y ocho folios de papel de fina, corroidos algunos por el tiempo, amarillentos, con algunos párrafos incompletos... Están escritos con tinta roja, ya algo desvaída.

Justificación del relato

En una de estas hojas encontramos una especie de justificación del relato, que comienza así:

"Estando presos para cruzar la cordillera—escribe el capitán Graña—en nuestra empresa de emancipar a las naciones hermanas, el General San Martín me dice: "Recoge todos los papeles, y los que no nos sirvan rómpelos, conservando únicamente los más imprescindibles". Comencé a hacer lo ordenado por el General, encontrándome entre aquellos papeles un cuadernillo, y al hojearlo me encontré, asombrado, ante unos apuntes hechos por el padre del General, donde enseñaba la vida del niño desde el momento de nacer hasta su entrada en las filas del Ejército de España, a los doce años de edad. Surgió en mi mente la idea de la continuación de estas notas, y conociendo la modestia que caracterizaba a nuestro General, pensé en la estratagema de escribir sus recuerdos, sin que él tomara parte alguna en el caso."

Hoy todo este relato está en manos de D. Alfonso Graña Lope, descendiente de aquel capitán Graña que lo dejó escrito. ¿Cómo llegó a manos de su actual propietario la sensacional narración? Por una serie de afortunadas circunstancias novelescas que van enlazadas al propio albur del Sr. Graña. Actualmente, don Alfonso Graña Lope, ciego ya y un poco inclinado por los años y las tempestades de la vida, trabaja en Madrid sobre los papeles del General San Martín; ha reunido una copiosa documentación relacionada con él, de la cual destaca la narración que su antepasado dejó escrita.

Otra circunstancia novelesca

Don Alfonso Graña nació en España. Pero a los dos años sus padres lo llevaron a Argentina. Visitando en cierta ocasión Salta, en un viaje profesional—es arquitecto—, encontró una familia apellidada Graña. Al entrar en contacto con ella, llegó a descubrirse que él era el sobrino-nieto de aquellas dos damas, de más de ochenta años, que con tan a cordialidad de San Martín era el tío de aquel coronel Graña, padre de las dos damas de Salta. Estas poseían los documentos, y al confiarlos al arquitecto, un jovencito entonces, creyeron cumplir con un deber.

Pero no fué todo tan fácil. En cierta ocasión, D. Alfonso Graña Lope tuvo que realizar un viaje a Yacuiba, junto a la frontera boliviana. Llevó consigo un viejo baúl-cabina, al que tenía especial afecto, y dentro del cual introdujo los documentos. Habiendo caído enfermo de paludismo, confió los papeles a su peón de confianza. Pero al regresar a Yacuiba, el capataz de sus obras hizo saber a D. Alfonso que su peón de confianza, aquél que poseía los documentos, había muerto, mordido por una víbora, el día anterior.

No se encontraron los valiosos papeles, y la desesperación de D. Alfonso—fué siempre, desde pequeño, gran admirador del General San Martín—llegó al paroxismo. Revolvió el baúl, y nada encontró. Una vez restablecido, reemprendió sus viajes profesionales por toda Argentina, de este a oeste y de norte a sur; siempre le acompañaba aquel baúl, ya muy deteriorado por el uso, que nunca quiso abandonar.

En 1948 D. Alfonso regresó a España, para oír de los oftalmólogos españoles que su ceguera no tenía cura. Un día de invierno, en que faltaba leña en Madrid, la esposa del Sr. Graña le anunció que para llenar la carbonera sería preciso romper el baúl. El no quiso presenciar el sacrificio de aquel baúl, que le acompañaba desde su juventud. Después de haber oído unos hachazos, se presentó precipitadamente su hijo: —¡Papá! ¡Papá!... ¡Mira lo que he encontrado!

Eran los documentos. Habían aparecido entre las tapas del baúl. El Sr. Graña los conservó hasta ahora ocultos.

San Martín amaba a España

No faltan en España quienes consideran aún al General San Martín como un traidor. Sin embargo, estas palabras, extraídas del relato inédito del capitán Graña, confirman su amor a España:

"En el momento en que el bergantín se alejaba de la costa del Río de la Plata, cuadrado militarmente ante la borda, el General contempla lo que sus ojos ya no ven; no se sabe si por sus lágrimas o mojados por la llovizna que lentamente cae del cielo. Me aproximé a él, diciéndole: "Mi General, ya no se ve América". Aferrándose a mi brazo, me dijo: "Parecería que el cielo quiere ayudarme en mi pena llorando por mí. Tres grandes amores tuve en mi vida: elevar la condición del humilde, servir a mi patria lealmente y mi amor a España. El primero no pude realizarlo; en mi patria no fuí comprendido y en España no se me quería. Voy al destierro, a morir lejos de mis grandes amores. Cúmplase la voluntad del Todopoderoso".

San Martín no luchó contra España. Sus palabras, pronunciadas el día antes de la batalla de San Lorenzo, dirigiéndose a sus soldados, entre los cuales hay un numeroso grupo de españoles, lo demuestran. Están recogidas en el relato del capitán Graña. Son éstas:

"No luchen contra España, sino contra aquellos malos españoles que, olvidando que esto es de todos, lo han cogido como heredad propia, no teniendo en cuenta las humanitarias y únicas leyes de los Reyes Católicos."

Se salvan lagunas biográficas

Muy densa es la relación del capitán Graña. Tan densa, quizás, como las lagunas que existen en todas las biografías hasta ahora conocidas del General. Pero quizás no tan densa ni tan copiosa como la serie de infundios e infidelidades históricas que se han aplicado a este hombre de grandes dotes militares, de gran inteligencia y de acrisolada honradez.

Dicen los biógrafos e historiadores que San Martín nació en Yapeyú, hijo de padres españoles (media mentira), y a los nueve años de edad se traslada con sus padres a la Península Ibérica, entrando a los doce años en un Colegio de Nobles (otra mentira). De su vida, militar nada dicen, hasta que lo ubican en la batalla de Bailén con el grado de comandante, y en la cual es ascendido a teniente coronel, sin que ninguno de sus biógrafos nos aclare qué hechos fueron los que provocaron este ascenso y condecoración.

San Martín nació, en efecto, en Yapeyú. Su padre fué D. Juan de San Martín, militar español. Su madre, una hermosísima mestiza, hija de padre español y madre india. A los nueve años su padre decide embarcarse hacia España, en cumplimiento de una promesa hecha antes de que naciera su hijo primogénito, de consagrarle a Dios; pero como el muchacho demostraba escasa efición al estudio, decide incorporarlo a las filas del Ejército español, haciéndolo exactamente a los doce años de edad, bajo la protección de su buen amigo el entonces teniente D. Hermenegildo de la Graña. Con él se formó el carácter de aquel muchacho, que desde su ingreso en las filas comenzó a demostrar su gran capacidad para la carrera militar.

Por una serie de brillantes hechos, contenidos en estos relatos inéditos del capitán Graña, va ascendiendo hasta el grado de teniente coronel en la batalla de Bailén, en mérito a su heroica actuación en tres acciones de guerra, diferentes, en la misma batalla.

Por qué las patillas del general

He aquí, como un pequeño ejemplo, el estilo del capitán Graña al narrar su relación. Se refiere a un trozo de los recuerdos, aquel en que, disfrazado de oficial francés, fué descubierto y recibió una herida en el parietal, que disimuló durante toda su vida con las características patillas que se dejó crecer. Todo el relato parece una novela, una apasionante novela. Su mérito, sin embargo, es que todo esto ocurrió y nunca se supo hasta ahora:

"Después del plan convenido con el general Cas'añes, el comandante San Martín y el capitán Ruiz, vestidos con la ropa de pastores, marchan en jornadas forzadas hacia Bailén, procurando distanciarse lo más posible de los ejércitos españoles. El día 10 de agosto de 1808 San Martín y Ruiz llegan a las afueras de Bailén, apéandose ante un ventorro cuyo dueño, apodado el Jac'ata, había sido fusilado por las tropas francesas al tomarlo prisionero, creyéndolo espía de las tropas españolas. Su viuda, y una hija llamada Margarita, de veinte años, reciben alegremente y con los brazos abiertos a su antiguo amigo, que en aquel entonces era capitán y hoy, después de cuatro años, luce los galones de comandante. Beben un vaso de vino, mientras la viuda le cuenta, ante la desagradable sorpresa de San Martín, de que el general Vedel, con cerca de cuatro mil hombres, está fuertemente atrincherado en el pueblo de Bailén. Hecho tal destruye y echa por tierra todos los planos preconcebidos por el general Castaños y su Estado Mayor.

Aquella noche en Bailén

"Aquella noche San Martín visita a sus amigos, vecinos del pueblo, y confiando a un amigo, lo envía a comunicar a Castaños la desagradable noticia. Al día siguiente, por la tarde, San Martín piensa introducirse en el pueblo de Bailén y procurar ponerse en contacto con las tropas francesas. Al salir del ventorro él y el capitán Ruiz son casi atropellados por un teniente de dragones franceses, que entra gritando:

"—¡Vino! ¡Vino! ¡Vino!
"Mientras se aproxima al mostrador, San Martín, con aquella rápida intuición, don maravilloso de estrategia, hace señas a Ruiz, indicándole al teniente, y sacando su nava'a, como lo mismo Ruiz, coge fuertemente del brazo al dragón, haciendo brillar ante los asombrados ojos de éste el acero de su sevillana. Ruiz rápidamente lo ha maniatado y lo introduce en la trastienda, donde piensan interpellarlo. Tienen que darse vuelta ante un grito dicho en francés; dos soldados dragones que acompañan a su jefe han visto la escena anterior y entran con el sable desenvainado, tratando de salvar a su jefe. San Martín desenvaina el sable del oficial dragón, haciendo frente valientemente a los dos soldados, que han cargado sobre Ruiz, resistiendo los embates de ambos sin poder contar con la ayuda de su compañero, que yace en el suelo con la cabeza ensangrentada de un sablazo.

"La situación de San Martín es cada vez más angustiosa. No encuentra el momento decisivo, a pesar de su maestría en el manejo del sable, de deshacerse de alguno de aquellos demonios, que lo acosan con rabia y furore. Cuando más difícil se torna la situación, entra como un bolido un hombre, que, cogiendo un taburete del suelo, lo estrella sobre la cabeza de uno de los soldados franceses, que cae al suelo gimiendo, mientras el sable de San Martín atraviesa de parte a parte al otro dragón."

San Martín, «dragón» francés

Sigue de esta forma el relato del capitán Graña: Los cuerpos de los soldados franceses pasan a la trastienda. El oficial francés explica a San Martín la misión que le llevaba al general Vedel: el mariscal Dupont ordena a Vedel hacerse fuerte en Bailén y no abandonar bajo ningún pretexto la posición. San Martín ordena a las gentes del ventorro custodiar bien al prisionero. Más tarde San Martín se dirige al Cuartel General de Vedel, haciéndose pasar por el oficial francés. El capitán Graña prosigue así:

"El capitán de guardia, enterado de las órdenes que trae del general Dupont, le indica le siga. Penetran en una habitación y el capitán francés, desenvainando rápidamente su sable, cosa que imita San Martín preveyendo una celada, le dice en francés:

"—Tú no eres quien dices. Casualmente él era amigo mío. Entrégame, pues, tu sable, y ríndete.
"Sin contestar una palabra, San Martín se pone en guardia, comprendiendo que en su decisión está su salvación, atacando decididamente al francés, que es un espadachín. Poco a poco, San Martín le va arrinconando contra la pared, pero al parar un mandoble en quinta, la punta del sable del francés roza su frente y le hace un fuerte corte en el parietal derecho. Aprovecha San Martín una indecisión del francés para atravesarle de parte a parte, y que le hace caer muerto al suelo al francés.

"Nadie se dió cuenta. San Martín corre por el patio en dirección a un grupo de oficiales que se ve al fondo.

"Ante el general francés—prosigue el capitán Graña—, le indica ejecute rápidamente lo ordenado por Dupont, y al inquirir Vedel la causa de la sangre que se ve en su cara, San Martín le contesta:

"—Los causantes de esto ya pagaron sus cuentas. Mi misión es volver ante Dupont y transmitirle vuestra conformidad en abandonar Bailén.
"Prométele así Vedel, aunque de mala gana:
"—Decídselo así al Mariscal. Esta misma tarde abandonaremos el pueblo para dirigirnos a cubrir la entrada de la Sierra."

Este gesto de San Martín, el cual no se conocía, fué uno de los eslabones más fuertes, casi pudiera decirse el principal, del primer gran triunfo que obtuvieron las tropas españolas sobre Napoleón. Ahí ha quedado una muestra del estilo del capitán Graña. Pero, claro, no es el estilo lo más nuevo del relato. Son, justamente, los cientos de frases del General San Martín, recogidas en su pureza y exacta intención.

Uno de los infundios mayores lanzados contra San Martín ha sido el decir que era un gran masón y que la independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata se debió a la ayuda de la masonería, principalmente a la logia Lautaro. Según la Historia argentina, durante las invasiones inglesas se formaron regimientos de patricios, gallegos, arriberos y negros, pero nadie dijo jamás que se organizaran regimientos de masones para ayudar a los patriotas. De la relación del capitán Graña se desprende que el General San Martín nunca pudo ser masón.

En una de sus frases, dirigiéndose a su ayudante, Alfonso de la Graña, dice San Martín:
"—Deja que los hombres sacien su maldad en mí; yo lo ofrezco al Todopoderoso en procura de la salvación de mi alma."

Como si presintiera "el Emancipador" cuántas leyendas se forjarían sobre él. Esta relación del capitán Graña, hallada ahora en España, restablece la verdad.



Tertulia de MUNDO HISPANICO

Curiosidades que dan las escrituras antiguas cuando hay paciencia para leerlas, que es menester no poca.

ORTIZ DE ZÚNIGA, *Anales de Sevilla*, lib. 2, página 90.

Pues con esvelado estudio acatad las cosas pasadas por ordenanzas de las presentes e providencia de las verdaderas, que quien las cosas pasadas no mira, la vida pierde, y el que en las venideras no prevee, entra en todas como un sabio.

DIEGO DE VALERA, *Tratado de Providencia contra fortuna*, 1462.

UN VIAJE AL MES

Ya en enero de 1513 Vasco Núñez de Balboa escribió al rey desde el Darien las noticias que tenía de estar a pocas leguas de la otra mar. Descubierta toda Centroamérica, la existencia del estrecho o paso incógnito de que se empezó a hablar aun en tiempos de Colón, se iba desvaneciendo por estas latitudes, y, sin duda, Balboa recibió el rayo de luz de buscar a través de tierra la otra mar, cierta para él después de oír de las de los caciques Careta y Pocososa, cerca de ella.

Exploró en enormes caminatas las selvas y montes del Darien, y en tratos de alianza con Comogre partió por mar con 190 españoles, por septiembre, alcanzando las tierras de Caretam, en el istmo. En lucha con los naturales se adentró en la espesura, y en la cumbre de la sierra, el 25 de septiembre de 1513 contempló por vez primera la mar del Sur, así denominada porque la avistó hacia esta dirección.

Descendió al otro lado y encomendó a Pizarro y a otros el encontrar caminos de mejor acomodo para alcanzar la mar.

Alonso Martín y Blas de Atienza lo encontraron los primeros, y lo fueron en estar en ella, navegando en canoas por el golfo; Balboa se les unió el 29, día de San Miguel, que sirvió para bautizar aquel enorme seno.

Y cuentan que Vasco Núñez entró en la mar salada hasta las rodillas, exclamando recio y alborozado: ¡Vivan los muy altos e muy poderosos reyes don Fernando y doña Johana, reyes de Castilla e de León e de Aragón, en cuyo nombre e por la corona real de Castilla tomo e aprehendo la posesión real e corporal e actualmente de estas mares e tierras e costas e puertos e islas australes con todos sus anexos e reynos e provincias que les pertenecen e pertenecer pueden en qualquier manera e por qualquier razón e título que sea o ser pueda, antiguo o moderno, e del tiempo pasado e presente o por venir, sin contradicción alguna. E si alguno otro príncipe o capitán pretende algún derecho a estas tieras o mares, yo estoy presto e aparejado de se lo contradecir o defender en nombre de los reyes de Castilla presentes o por venir, cuyo es aqueste imperio o señorío de aquestas Indias, islas e tierra firme septentrional e austral, con sus mares, así en el polo ártico como en el antártico.

UN LIBRO CADA MES

Entre las obras raras de Náutica, figura a la cabeza ésta del bachiller Fernández de Enciso, abogado en la Española, primero que después trocó la garnacha por la espada del conquistador, con Ojeda, por tierras de Urabá y del Darien, siendo uno de los fundadores de Santa Marta.

La *Suma de Geografía* presente vió la luz en Sevilla, en 1519; es interesante, por ser la primera descripción de la América entonces conocida, que llegaba ya por el Sur al Río de la Plata; pero, sobre todo, porque fué el primer tratado español de náutica, precedido sólo por uno portugués (1509).

Esta *Suma* se volvió a editar, también en Sevilla, por 1530 y 1546; de la primera de éstas hubo otra edición, cuyo único ejemplar existe en el British Museum.

En 1578, Roger Barlow la publicó en inglés, como hace muy pocos años (1932) la profesora Taylor, de la Hackluyt Society. La *Suma* de Enciso alcanzó precios superiores a las 100 libras.



PRIMERA NOVELA

La primera novela de Baroja, *Vidas sombrías*, la costeó él mismo: quinientos ejemplares, quinientas pesetas. Se vendieron ciento veinte ejemplares. (No fué posible cobrárselos al administrador del negocio.)

INDIRECTA

El célebre virrey de Méjico conde de Revillagigedo, XLVII de estos gobernantes (1789), dejó fama de incansable actividad.

Parece ser que en cambio el señor arzobispo Núñez de Haro era algo comodón y le molestaba un tanto el confirmar.

Un día éste manifestaba su admiración al virrey por su celo y carácter inquieto, y pudo responderle Revillagigedo:

—*Todavía no hago lo que quisiera. Si en mi mano estuviese, también haría confirmaciones.*

Al día siguiente se fijaron edictos anunciándolas.

BOTANICA

La expedición científica que el conde de Mapox mandó realizar (1800) por Cuba enriqueció al imperio de la ciencia en más de 4.000 especies nuevas de plantas.

TAUROFOBO

Don Félix Berenguer de Marquina, jefe de escuadra y quincuagésimo virrey de Méjico (1800), que por cierto, por mor de ciertas prevenciones sin fundamento, no fué muy bien recibido su nombramiento por la opinión, al enterarse del enorme gasto que ocasionó su entrada y recepción en la capital, envió de su bolsillo 7.000 pesos al ayuntamiento para ayuda de costas y negó autorización para celebrar las acostumbradas corridas de toros, por considerarlas espectáculo bárbaro, desmoralizador y ruinoso para las familias poco acomodadas.

En cierta ocasión fué a inspeccionar Veracruz, y como al regresar supiera que en el entretanto se había celebrado una corrida, montó en cólera y dictó un decreto declarando que los toros eran nulos por haberse corrido sin su permiso.

Un precedente sin duda del actual y tonito pleito taurino entre mejicanos y españoles.

SANTO Y SEÑA

Santo Toribio de Mogrovejo, que ganó los altares por sus virtudes en la silla metropolitana de Lima, que ocupó por 1581, era de natural tan sencillo que desde su palacio de la bella plaza de Armas fué a pie al del virrey.

Era algo entrada la noche y la centinela le dió el «¡alto!, ¿quién vive?».

—Toribio—respondió el señor arzobispo.

—¿Qué Toribio?—volvió a preguntar el soldado.

—El de la esquina—aclaró el santo prelado.

Acudió amoscado el oficial y halló que Santo Toribio llevaba a cuestas a un moribundo.

AZUCAR

Cuenta Fray Bartolomé de las Casas que por 1505 ó 1506 un vecino de la Vega llamado Aguilón fué el primero en la isla que hizo azúcar.

Para ello empleó ciertos instrumentos de madera que exprimía el zumo de la caña;

cómo diez años después en Santo Domingo el bachiller Velosa mejoró el azúcar y lo logró más blanco por medio del trapiche que usaban por Valencia, movido por caballos.

El motor de sangre fué sustituido por un artificio que ingeniaron fuese movido por agua, con lo cual se aumentó la producción y hasta el diccionario... con la voz ingenio.

BRINDIS

Brindar sucesivamente todos los comensales es práctica que introdujo en América don Martín, segundo marqués del Valle, hijo de Hernán Cortés.

Y al que no lo hacía le acuchillaban públicamente la gorra.

PERIODISMO

En octubre de 1805 apareció el *Diario de Méjico*, decano de la prensa de aquel país; lo fundó el alcalde del Crumen don Jacobo de Villa Urrutia, venido de Guatemala, que fué su director, y don Carlos María y Bustamante su editor.

En enero del año siguiente contaba ya con 507 suscriptores; por cierto que Villa Urrutia se empeñó en adoptar una nueva ortografía que trastornaba la de la Academia, al igual que Voltaire propugnaba por que el francés se escribiese como se hablaba.

Bustamante y el virrey Iturrigaray lo graron hacerle desistir de tan estúpida idea.

ELECCIONES

Hace algunos años un popular periódico de Madrid recogía el siguiente anuncio en vísperas de una jornada electoral (en ella votaban por vez primera las mujeres):

«Electoras: No os presentéis a ejercitar vuestro derecho vestidas de cualquier forma. Con un abrigo marca «El Sol Naciente» causaréis admiración en adjuntos, presidentes e interventores.»

Los pájaros metálicos

Hace algunos años, a principios de siglo, las proezas de la naciente aviación eran ofrecidas en la prensa de la forma siguiente:

«VIAJE DEL DIRIGIBLE «SANTOS DUMONT NÚMERO 10».—Con la misma encantadora y matemática precisión con que ha hecho sus experimentos anteriores, realizó el ilustre Santos Dumont su nueva salida por los aires el día 19 del corriente, guiando el nuevo y magnífico dirigible o globo-ómnibus «Santos Dumont núm. 10», vehículo de navegación área el más importante que se ha construido hasta el día, toda vez que en él pueden viajar hasta doce personas con gran comodidad, sobre todo si tienen la cabeza firme y no padecen el vértigo de las alturas.»

PINTORES

Escena: un café de París, hace bastantes años. En torno a un velador, tres pintores españoles: Rusiñol, Ramón Casas y Zuloaga. Se acerca un camarero.

CAMARERO.—¿Qué va a ser?

RUSIÑOL.—Para mí un café.

CASAS.—Yo... no sé qué tomar. Traígame una botella.

CAMARERO.—¿De qué?

CASAS.—¿De qué va a ser? De agua.

CAMARERO.—(A Zuloaga.) ¿Usted?

ZULOAGA.—Un vaso.

CAMARERO.—(A moscado.) ¿Un vaso?

ZULOAGA.—Grande. Voy a beber con mi

compañero.

Tertulia de MUNDO HISPANICO pagará 50 pesetas por cada anécdota, sucedido, etc., de interés general que publique, seleccionadas de aquellas que sus lectores le remitan. Al publicarlas se insertará también el nombre del autor y de su residencia.

Ante su propia obra: ¡Qué alegría!

*Adquiera pronto
una máquina
de coser y bordar,*

ALFA

EIBAR (ESPAÑA)



VUELE A EUROPA

MADRID es la puerta de acceso a Europa. Nuestros aviones prestan un servicio bise-manal desde **MEXICO A MADRID** (vía Miami), pudiendo enlazar en la capital de España para cualquier punto del continente europeo, con la oportunidad de visitar España, que guarda tantos recuerdos para los hispanoamericanos. Desde Miami, enlaces inmediatos y directos para Norteamérica, Cuba, Venezuela, Puerto Rico.

Pida informes a su Agencia de Viajes, o a

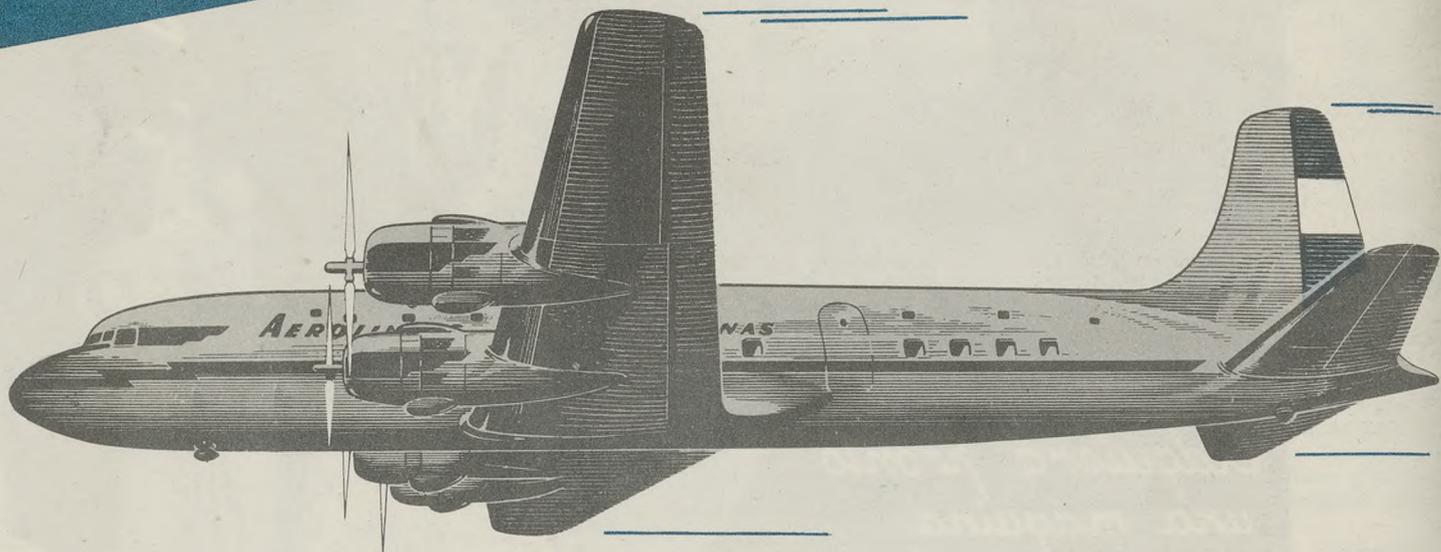
Aerovías GUEST

Paseo de la Reforma, 95, MEXICO, D. F.
Avda. José Antonio, 59, MADRID (España)

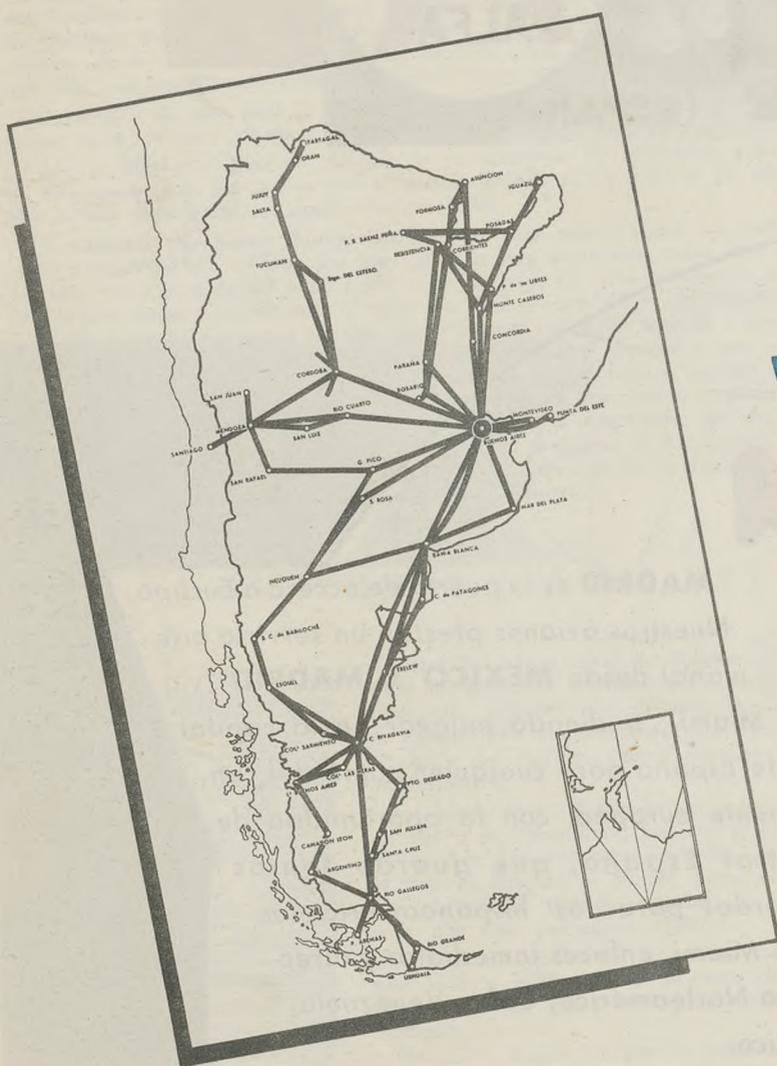


ESPAÑA

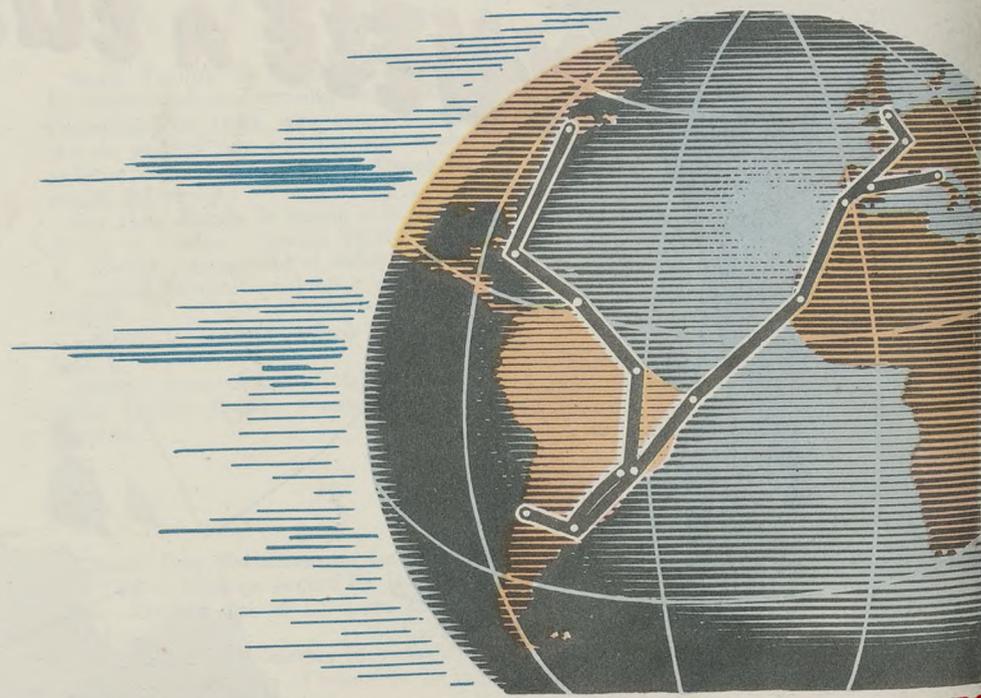
VUELE A LA AMERICA DEL SUR



y desde Buenos Aires, a todas las escalas del interior de la República Argentina, utilizando los servicios de cabotaje de "AEROLINEAS ARGENTINAS"



con DC-6



AEROLINEAS ARGENTINAS

Reservas y venta de pasajes: CALLE DEL PRADO, 29 - MADRID - Teléfono 21-82-20
o en su agencia de turismo preferida